



GISELLE

EMMA MADDEN

**SERIE
DIVAS**

2

GISELLE

Segundo libro de la Serie DIVAS

EMMA MADDEN

Se desplomó, porque no se sentó, se desplomó en el asiento del avión y se tapó la cara con la chaqueta. No quería ver a nadie, ni hablar con nadie, mucho menos firmar autógrafos o hacerse *selfies*, solo le apetecía morir, literalmente, y no pensaba mostrarse educada, ni amable, ni cercana. Ese día no.

—Es Robert... —su hermano Stellan le extendió el teléfono y ella lo miró con el ceño fruncido—. Quiere hablar contigo.

—¿Quiere hablar conmigo? ¡Déjame en paz, Robert! —gritó al móvil y Stellan movió la cabeza—. Dile que nos deje en paz de una puñetera vez.

Oyó que Stellan decía algo en voz baja, pero no quiso prestar atención, se puso el cinturón de seguridad, se acurrucó en la almohada y cerró los ojos decidida a dormir hasta llegar a Portland. El médico le había dado unos somníferos y se había tomado dos juntos, algo prohibido y peligroso, pero no le importaba, solo le importaba poder dormir y olvidarse de todo.

Sintió como el avión empezaba a coger pista e inconscientemente quiso estirar la mano y agarrar la de Robert, su entrenador, su amigo, su cómplice, su mentor, su amante. Ese hombre con el que había perdido la virginidad a los diecisiete años, cuando él ya tenía más de cuarenta, y que se había transformado en su universo absoluto desde el primer día que lo conoció.

A los doce años ya era una futura estrella del tenis sueco. Todo el mundo apostaba por esa chiquilla de Estocolmo que no hacía más que darle a la raqueta desde los cinco años. Sus padres, ambos profesores de educación física, habían criado cuatro hijos deportistas, pero solo ella había despuntado lo suficiente como para entrar en la élite del tenis, y se habían empleado a fondo en apoyarla y llevarla a los altares.

A los quince ya era número uno mundial en su categoría, ya salía en los periódicos, ya la recibía la familia real sueca para felicitarla y entregarle trofeos, ya empezaba a ser una imagen jugosa en los medios de comunicación, y empezaron a llover los contratos publicitarios. Fue entonces cuando sus

padres decidieron contratar un entrenador de élite, alguien con experiencia, para que se ocupara de su carrera en todos los aspectos. Un profesional de primer nivel que la acogiera y la convirtiera en lo que llegó a ser: la mayor estrella femenina del tenis sueco en décadas.

Cuando cumplió los dieciséis años, Robert Sarkisian, un ex número uno del circuito, apareció en su vida y prácticamente la adoptó. Él empezó a viajar con ella, él cuidaba hasta el último detalle de su vida, sus comidas, sus costumbres o aficiones, él la guiaba, arropaba, mimaba y protegía. Era un tipo increíble, un entrenador exigente y firme, pero comprensivo y cariñoso, y en cuestión de meses invadió completamente su existencia.

No era guapo, ni siquiera joven, era un estadounidense de origen armenio bastante poco atractivo, pero tan carismático, que Giselle Erikson, la chica más deseada del mundo del deporte, se enamoró rápidamente de él.

A los diecisiete empezó su locura absoluta de amor por ese hombre que le doblaba la edad de sobra, que estaba casado y era padre de tres hijos a los que ella consideraba casi sus hermanos, pero no le importó, era demasiado cría para que le importara y, muy a su pesar, porque lo lamentaría el resto de su vida, empezó a perder la chaveta por Robert Sarkisian, que cometió el terrible error de dejarse querer:

—¿Cómo puedo rechazarte si eres la chica más guapa del mundo? ¿te has mirado en un espejo, Giselle? Eres perfecta.

Decía Robert manteniéndola a raya, hasta que un buen día ella lo besó y desencadenó una locura que duraría más de diez años. Un romance prohibido con un hombre mayor, dominante y celoso, que casi acaba volviéndola loca, porque nunca quiso dejar a su mujer, ni comprometerse con ella, ni reconocer que la amaba. Nunca, a pesar de que la utilizaba como quería, y que le había impedido volar y enamorarse de otra persona, dio un paso y oficializó aquello de alguna manera, ni le dio seguridad, ni estabilidad, ni amor sincero.

Cuando perdió la virginidad fue en Dubái, durante un torneo internacional. Él dormía en la habitación contigua y se acercó para darle las buenas noches, y entonces ella lo recibió vestida solo con una camiseta de deporte, prácticamente desnuda y dispuesta a llevárselo a la cama. Él cerró la puerta con seguro, la agarró por los brazos y la tiró encima de unas suavísimas sábanas de seda para hacerle el amor con prisas y sin ninguna paciencia.

Ella lo deseaba, ella había provocado el encuentro y se sintió dichosa de poder entregarle su virginidad, pero cuando se lo contó a su hermano Stellan él a punto había estado de denunciarlo por abuso de menores, porque no solo se había aprovechado de una chica de diecisiete años, sino que, lo peor, es que había mantenido sexo con una menor a su cargo, y eso era un delito.

Finalmente, había averiguado que si las relaciones eran consentidas, y lo habían sido, no había nada que alegar en contra de Robert, convenció a su hermano y le hizo jurar que no se lo diría a nadie. Él, como siempre, cumplió su promesa, y ella se lanzó a vivir como la amante de su entrenador, con una alegría y una dicha difícilmente explicables.

Por aquel entonces empezaron a compartir habitación con normalidad, despertó a una sensualidad sin límites y se volvió adicta a él. Lo amaba, lo idolatraba, lo deseaba todo el día y esperaba cualquier momento para hacerle el amor en secreto, siempre en secreto, porque él le dejó bien claro que no pensaba dejar a su familia por ella, que era una diosa maravillosa, pero solo era una cría con la que no se pensaba casar y mucho menos formar una familia.

A los dieciocho, Robert Sarkisian ya actuaba como su padre, empezó a tomar decisiones financieras y profesionales propias, dejándola al margen de todo y tratándola con algodones, aislándola, alejándola de su familia y de sus amigos, y tomando las riendas de toda su existencia con mano firme.

Era un embaucador, un encantador de serpientes, y convenció a todo el mundo de que estaba haciendo lo más adecuado para la estrella, que él mejor que nadie sabía velar por sus intereses y era cierto, aunque su decisión de explotar su físico y sus encantos femeninos en grandes posados para revistas de moda o de deportes, empezaron a desvirtuar su imagen y a cabrearla lo suficiente como para empezar a tener conciencia de lo que estaba pasando a su alrededor.

El día que se vio desnuda de espaldas, cubierta de arena, en una revista muy prestigiosa, pero no deportiva, la cosa empezó a chirriarle, y cuando le puso encima de la mesa un contrato para hacer un desnudo integral en la revista *Play Boy*, echó el freno de golpe y empezaron los problemas.

Él quería explotar su belleza, deseada por millones de personas alrededor del mundo, y ella no quería ser carne de cañón para tipos salidos que se masturbaban mirándola y que luego se lo contaban con lujo de detalles a través

de sus redes sociales. No quería que en las pistas preocupara más hasta donde le llegaba la faldita o si al saltar se le movía el pecho, no quería que la miraran con ojos lascivos, ni que la trataran como a un trozo de carne, y se negó en redondo a realizar el desnudo, asunto que la alejó de su amante que, tuvo que reconocer, le daba mucho morbo verla desnuda en la prensa o en Internet, porque luego disfrutaba mucho más acostándose con el objeto de deseo de medio planeta.

Se iniciaron desde ese momento unos años de conflictos. En cuanto ella espabiló y tomó las riendas de su carrera todo empezó a estropearse, pero nunca dejaron de acostarse. No podía desengancharse de ese hombre, y él utilizaba esa baza para mantenerla controlada. No la dejaba ver a nadie, menos tener sexo con otros hombres (aunque eso ella se lo había saltado muchas veces), la perseguía por los hoteles y la encerraba lejos de la gente, era morboso y apasionado, y a ella le gustaba porque lo quería, y cuando una lesión tremenda en la rodilla la alejó para siempre del circuito profesional, fue él el que se ocupó de cuidarla, buscarle los mejores especialistas y ayudarla a reconducir su carrera que, sin proponérselo, siguió el cauce más natural: el mundo de la moda.

En la actualidad, a los veintiséis años, llevaba dos trabajando como modelo sin dejar de lado el tenis y el deporte, colaboraba en torneos benéficos y apoyaba muchas causas solidarias entorno al mundo deportivo y el estilo de vida saludable, y no se podía quejar. Era una chica joven que lo tenía todo, que triunfaba en lo que se proponía, que había creado cuatro líneas de ropa y a la que le llovían los contratos, pero a la que la vida amorosa acababa de darle el mayor revés posible porque Robert Sarkisian, tras diez años juntos, nueve como amantes, le había anunciado que se casaba con otra persona, su cuñada pequeña, a la que había dejado embarazada.

Hacía un mes se había presentado en su piso de Londres, le había echado un polvo memorable y luego, mientras aún seguían desnudos en la cama, le había confesado su aventura amorosa con la hermana pequeña de su mujer, Anya, también de origen armenio, a la que había dejado embarazada.

Según él, la propia Anya se lo había soltado a su hermana, lo que había desatado la tercera guerra mundial. Su mujer lo había dejado, le había pedido el divorcio y él iba a cumplir como un hombre y se iba a casar con la

muchacha, que solo tenía veinte años. Fin de la historia.

Esas habían sido sus palabras y ella lo había echado a patadas a la calle, no sin antes quitarle las llaves, las tarjetas de crédito, y todo lo que lo relacionara con ella. Lo despidió oficialmente de sus funciones profesionales y pidió a sus abogados que lo desvincularan de sus negocios y de sus actividades benéficas. Tenían muchos asuntos en común, pero en cuestión de días se lo quitó de en medio sin piedad y sin querer volver a verlo en la vida.

El disgusto casi le cuesta la salud, porque ella públicamente parecía una chica fuerte, optimista y siempre sonriente, pero en lo referente a los sentimientos era muy vulnerable, y se había hundido en una depresión horrible, eso sí, sabiendo que separarse de Robert Sarkisian era lo mejor que le podía pasar en la vida. A partir de la ruptura tenía un millón de posibilidades por delante y quería ser feliz, disfrutar de su juventud y de todo lo que había conseguido, necesitaba recuperar la autoestima y la fortaleza, y su sicóloga le había recomendado un retiro terapéutico en los Estados Unidos, concretamente en Portland, en un rancho donde podría descansar, aislarse, relajarse y empezar a rehacerse de arriba abajo.

La relación extrema y completamente insólita con Robert la había hecho feliz, pero era una historia tóxica que le había robado mucho tiempo, muchas emociones, sentimientos y mucha entereza. Necesitaba empezar de cero y estaba decidida a ponerse manos a la obra, encima no lo iba a hacer sola, porque Stellan, su hermano mellizo, se venía con ella al rancho para apoyarla en la tarea, y aquello no la podía hacer sentir mejor. Adoraba a Stellan y con él al lado todo, siempre, iba bien.

—Media hora, dormilona.

—¿Perdona? —Se incorporó y miró a su hermano,

—Falta media hora para aterrizar ¿quieres un café?

—¿He dormido cinco horas y media?

—Exactamente, qué envidia me das.

—Joder, lo último que recuerdo son las pistas de Nueva York. Caí redonda, que bien.

—Genial, pero empieza a espabilar que aún nos queda un largo trecho hasta llegar a *Green Mountain*.

1

—¿Señor y señora Erikson? —preguntó la recepcionista del rancho y los dos se echaron a reír.

—Stellan y Giselle Erikson —puntualizó Stellan apoyándose en el mostrador—. Hermano y hermana, hemos pedido dos habitaciones contiguas.

—Oh, claro, por supuesto. Un momentito, por favor —se inclinó para hacer una llamada interna y ellos se miraron a los ojos.

—Como si no nos pareciéramos un huevo —comentó en él sueco y ella asintió.

—Hay muchas parejas que se parecen ¿te acuerdas de Ingrid Löfven? Se buscó un novio que era su clon...

—¡Buenas tardes!

De la nada apareció una mujer de mediana edad muy guapa, especialmente pequeña y menuda, vestida como una hippie de los años setenta, que se acercó a Giselle y le cogió las manos antes de pegarle dos besos. Ella se los devolvió y observó con una sonrisa como repetía el saludo con Stellan.

—Bienvenidos a *Green Mountain*, os estábamos esperando. Me llamo Kirsten, Cate y yo hicimos un master en Cambridge y me dijo que eras una de sus pacientes más queridas, también me dijo que te traías a tu maravilloso hermano contigo. Cuidaremos muy bien de los dos.

—Gracias, sí, llevo con Cate prácticamente toda la vida.

—Os hemos preparado un programa de reposo estupendo. Esta es Lili, vuestra asistente personal —les presentó a una chica oriental vestida con una especie de kimono—. Ella se ocupará de toda vuestra estancia, cualquier cosa acudid a Lili, y aquí tenéis la agenda de vuestras próximas seis semanas con nosotros.

—¿Seis semanas? Imposible —cogió la carpetita y leyó un larguísimo programa lleno de terapias, talleres, visitas al sicólogo, yoga, taichi, masajes y un largo etcétera de actividades que rechazó de plano—. Lo siento mucho, solo disponemos de dos semanas de vacaciones.

—El programa dura siete semanas y por petición de Cate lo ajustamos a seis.

—Debe haber un error, yo no puedo...

—Es igual, lo importante es empezar y ya iremos hablando —la interrumpió con mucha autoridad y ella frunció el ceño—. El tiempo del que dispongas es lo de menos, todo se puede reorganizar ¿no?

—No.

—Está bien, ya iremos hablando, Kirsten —terció Stellan al ver su cara de enfado y la abrazó por los hombros—. Los dos estamos muy justos de tiempo, Cate lo sabía, pero al parecer no lo ha tenido en cuenta.

—Si Cate dice que seis semanas es lo que le conviene, será por algo.

—Voy a llamarla —hizo amago de coger el móvil, pero su hermano se lo impidió.

—Estamos cansados, parece que hace una eternidad que salimos de Londres y ahora solo nos apetece comer y dormir, ya hablaremos del programa mañana.

—Claro, podéis cenar, dormir y mañana será otro día. Necesitamos vuestros móviles.

—¿Cómo dices?

—Os los entregaremos una vez al día, por la mañana o por la noche, cuando vosotros queráis, pero solo durante quince minutos, sino es imposible desintoxicarse y desconectar.

—Me estoy arrepintiendo de haber venido —soltó Giselle moviendo la cabeza y Kirsten se echó a reír.

—Eres sincera y eso me gusta. Ya verás que dentro de un par de días ni te acuerdas del teléfono móvil.

Los condujeron directo a sus cuartos en la segunda planta y con unas vistas espectaculares hacia el famoso Monte Hood, y Chloe se tiró en la cama cerrando los ojos. Sabía que necesitaba desconectar y descansar, reiniciarse y empezar de nuevo, pero no estaba segura de poder sobrevivir sin Internet y sin el teléfono, de hecho, su agente se moriría del disgusto por no poder hablar con ella, ya bastante cabreada estaba porque se había tomado un descanso de dos semanas finalizando el mes de agosto, como para encima tener que decirle que estaría fuera de cobertura durante todo el día.

Se levantó y se empezó a desnudar mirando el paisaje esplendoroso que tenía delante. Le habían dicho que en Oregón se esquiaba de maravilla, aunque no era temporada para eso, y se acercó al ventanal que se abría a una pequeña terracita de madera para otear el horizonte y aspirar un poco el aire puro. De repente se acordó de Suecia y se soltó el pelo, se puso boca abajo y se lo revolvió antes de estirarse y localizar a un tipo moreno y desgarrado acercándose por los jardines hacia su posición.

Dio un paso atrás, porque estaba ya sin pantalones, y lo siguió con los ojos: un chico joven, de piel tostada, pelo oscuro, una altura bastante razonable y el aspecto de ser operario o encargado de mantenimiento. Eso pensó sin poder quitarle los ojos de encima, porque iba cargado con un montón de trastos, hasta que oyó la voz de Stellan a su espalda.

—¿Cuánta pasta has pagado por este lujo rural?

—No preguntes.

—Vale, me voy a duchar, en quince minutos te recojo y bajamos a cenar. He leído que los comedores son áreas de descanso y se puede hablar con los otros pacientes.

—¿Pacientes? —se giró hacia él olvidándose del chico de pelo largo y se sacó la camiseta— ¿Ahora somos pacientes?

—Ni idea, eso me lo he inventado, dice huéspedes en el folleto que encontré en mi mesilla de noche, por cierto, tienes mejores vistas que yo —se asomó a la terraza y soltó un bufido de admiración—. Menudo bombón. ¡Hola!, me llamo Stellan.

—Hola, soy Jason —saludó el chico y Giselle se giró hacia el enorme cuarto de baño estilo japonés sin bañera que también tenía vistas hacia la montaña.

—Creo que me lo voy a pasar muy bien en Portland, hermanita. ¿Has visto que tío más bueno? Ven, asómate.

—No gracias y me alegro por ti, pero yo voy a pedir que me cambien a una suite con bañera.

—No seas quejica, parece que hubieras nacido en el Palacio de Drottningholm. Deja ya de protestar, date una ducha y en paz. Creo que todas las habitaciones son iguales. Vengo en quince minutos y luego bajamos a ver si veo a ese bombón de cerca.

—Ok, ok, ok...

Repitió intentando calmarse. Lo observó salir, acabó de desvestirse y se metió debajo de la ducha caliente que, increíblemente, era deliciosa, cerró los ojos y pidió a Dios paciencia para aguantar con fortuna las próximas dos semanas que les quedaban por delante.

2

Arquitecto emocional.

Giselle leyó el folleto donde el currículum de ese hombre se desgranaba al detalle y luego levantó la cabeza para observarlo con atención: un tipo de más de sesenta años, con aspecto cansado, vestido con un pantalón de pana desgastado y una camisa de franela a cuadros en la misma línea. Llevaba gafas ópticas y se fijó que una de las patillas la tenía sujeta con celo.

Vaya por Dios, pensó, con unas ganas tremendas de salir corriendo de allí para hacer precisamente eso, correr un rato por el bosque que rodeaba el hotel, la clínica o como se llamara aquello, dónde ya llevaban dos días de actividades varias que la estaban sacando un poco de quicio.

El yoga lo tenía chupado, no le podían enseñar nada, los masajes eran estupendos, pero ninguno como el masaje sueco que le daba tres veces por semana su fisioterapeuta en Londres, las charlas sobre alimentos saludables antiestrés ya las había oído antes, y ahora el dichoso arquitecto emocional, que no tenía aspecto de ser un hombre muy feliz o satisfecho.

—¿Puedes hablarnos un poco de ti, Giselle? —oyó de repente y prestó atención—. Por favor.

—Me llamo Giselle, nací en Estocolmo, aunque desde hace unos años vivo en Londres. He jugado al tenis toda la vida y desde hace dos me dedico a la moda, a mi fundación y a algunas actividades empresariales.

—Ok, gracias, eso es lo que haces ¿puedes hablarnos un poco más de ti?

—Ya sé por dónde vas, pero no me apetece ahondar demasiado en mí misma. Tengo una vida muy ordenada y aburrida.

—Y ¿por qué has venido hasta Portland desde Londres?

—Me lo recomendó mi terapeuta.

—¿Por qué?

—Tengo fatiga emocional y un poco de depresión.

—¿Por qué? —insistió, ella suspiró, miró a las otras tres personas que la acompañaban en la terapia grupal y bajó la cabeza.

—Una relación sentimental muy larga ha acabado de forma abrupta y me he hundido un poco, pero ya me siento mejor, solo necesitaba tomar distancia y descansar.

—¿Qué sientes?

—Dolor, abandono, no sé, traición, deslealtad. Lo normal.

—¿Quieres hablar de eso más ampliamente?

—No, gracias, no quiero darle más vueltas al asunto.

—¿Prefieres no pensar en ello?

—Así es.

—Muy bien, gracias, Giselle.

Ese hombre, el arquitecto emocional, le sonrió y dio la palabra a otro de los asistentes con mucha amabilidad. El elegido se puso una mano en la boca y empezó a sollozar sin control, incapaz de articular palabra, algo que a ella la hizo sentir muy incómoda y fuera de lugar, sobre todo porque nadie lo consolaba y el espectáculo se alargó y se alargó hasta que acabó la sesión, se pusieron de pie y cada uno siguió a lo suyo como si tal cosa.

—Es un poco sádico o masoquista todo este rollo —le soltó a Kirsten en el comedor, cuando ella se le acercó para preguntar cómo se sentía.

—¿Por eso no participas en las terapias?

—Participo, he ido a tres en dos días.

—Vale, muy bien, pero al parecer no hablas, ni te abres, es importante...

—Voy al sicólogo desde los doce años, mis padres nos llevaron por norma a todos los hermanos. Sé expresarme, sé contar mis problemas, sé abrirme, pero no he venido a eso, he venido a descansar y a oxigenarme un poco. No quiero regodearme en mis problemas y hurgar más en la herida.

—Hay un programa que al venir aceptas de forma tácita.

—Genial, entonces me largo. Al parecer me he equivocado viniendo hasta

aquí.

—Como tú prefieras, Giselle.

Kirsten la dejó sola, ella asintió y buscó a su hermano con los ojos, pero no lo encontró. Seguro que ya andaba perdido con Jason por ahí. Ni setenta y dos horas en Portland y ya había ligado, y eso que tenía a su novio esperándolo en Inglaterra. Era increíble.

Se fue a su cuarto, se puso ropa de deporte, las zapatillas de *running* y decidió salir a correr por los alrededores. Lo único que solía relajarla era machacarse físicamente, el deporte claro, aunque también el sexo, porque solía ser una persona muy activa a nivel sexual y llevaba un tiempo largo sin practicarlo, concretamente desde hacía cinco semanas, más o menos el tiempo que llevaba sin ver a Robert, la *sex machine* por excelencia.

Sonrió, mirando el exuberante paisaje que tenía alrededor, y pensó en llamar a su amigo Alex, un actor sueco muy de moda con el que se había acostado un par de veces en Londres. Él era guapísimo, un dios escandinavo de dos metros de estatura que te dejaba sin habla, sobre todo en el dormitorio, pero con el que compartía pocas cosas salvo el amor por el deporte y el sueco (porque hablar en tu lengua materna siempre era un alivio y un placer) en lo demás diferían bastante porque él era muy frío, muy poco comunicativo, nada familiar, y se pasaba la vida trabajando, ni siquiera tenía casa propia porque vivía de hotel en hotel... un desastre total.

De todas formas, en cuanto recuperara el móvil, lo llamaría y con algo de suerte, si lo pillaba en los Estados Unidos, podría quedar con él y plantearle una sesión maratoniana de buen sexo en algún lugar bonito, en Nueva York, por ejemplo, o dónde él quisiera, total, si dejaba Portland de inmediato aún le quedaban diez días más de vacaciones.

—Desde luego estás en plena forma...

Oyó la voz a su espalda y vio a uno de sus compañeros de la última terapia desnudándola con la mirada. Se trataba del llorón de la última sesión, que ahora estaba tranquilo y relajado, sentado en un mirador junto al hotel. Giselle frunció el ceño y paró el cronómetro que llevaba en el brazo.

—¿Ya te encuentras mejor?

—No tanto como tú, esos pezones ponen firme a cualquiera, Giselle. Tengo un

avión privado disponible, si quieres, te llevo a París a cenar y te enseño lo que sé hacer con un cuerpazo como el tuyo.

—Ni en tus mejores sueños, chaval.

Respondió y movió la cabeza muy cabreada, puso otra vez el cronómetro en marcha y continuó su camino, no sin antes mirarlo a los ojos con desprecio.

—Si hablas a sí a las mujeres, nunca tendrás a una de verdad, so capullo.

El otro soltó una serie de improperios, por supuesto muy machistas, y ella bajó la pequeña cuesta que llevaba a la parte trasera del complejo a la carrera, sin parar, con la adrenalina a tope y pensando en por qué siempre se tenía que cruzar con gentuza así, daba igual dónde estuviera.

—¿Ha pasado algo con Greg?

—¿Perdón?

Se detuvo al oír esa voz tan bonita y se giró para mirar de frente a un chico joven vestido con vaqueros y una camisa a cuadros. Piel tostada, pelo largo recogido con una coleta *hispiter* tan de moda, y que ella tanto odiaba, y unos enormes, brillantes y dulces ojos oscuros que le provocaron un sentimiento de confianza instantáneo.

—Greg —le indicó con la cabeza hacia el mirador—. He visto que hablaba contigo. ¿Te ha dicho algo inapropiado?

—Un poco, pero ya está controlado ¿por qué?

—Es un adicto al sexo y por más que viene por aquí siempre acaba cagándola —sonrió y Giselle se echó a reír.

—Pobre hombre, fue un poco grosero, pero estoy acostumbrada y, si se hubiera pasado un poco de rosca, le hubiese dado una buena paliza. No te preocupes.

—No me cabe la menor duda. Daniel —pronunció el nombre en español y le extendió la mano—. Encantado.

—Igualmente. Giselle.

—Sé quién eres, todo el planeta sabe quién eres.

—Bueno...

—Es broma —sonrió con esos ojos tan luminosos y Giselle se obligó a mirar hacia otro lado— ¿No tienes nada a estas horas?

—¿Del programa? —él asintió agachándose a recoger unos trastos de pintor—. No, bueno, no lo sé, ya me he aburrido del dichoso programa, necesitaba salir a correr y, si todo va según lo previsto, mañana me largo sin mirar atrás.

—Vaya, ¿qué ha pasado?

—Nada nuevo bajo el sol, es aburrido y jamás debí haber venido.

—¿Y por qué viniste?

—Me lo recomendó mi terapeuta, pero está claro que ha errado el tiro. ¿Te ayudo?

—¿En serio?. Genial, gracias, mi ayudante ha desaparecido y tengo que meter estos trastos en ese cobertizo antes de que se ponga a llover.

Lo ayudó a llevar unos botes de pintura, unos papeles y otros artilugios a un cobertizo cercano, los dejó en el suelo y observó con sorpresa que el sitio era una especie de taller, un atelier de artista, y se puso las manos en las caderas antes de hablar.

—Vaya, que bonito ¿trabajas aquí?

—A veces.

—¿Cómo que a veces?

—Suelo trabajar en mi casa, en la ciudad, pero de vez en cuando vengo aquí, echo una mano, ayudo en lo que puedo y trabajo en mis cosas. En Portland no tengo un espacio tan grande como este.

—¿O sea que eres artista?

—En realidad soy diseñador de videojuegos, la pintura y la escultura son mi pasión secreta —se enderezó y se estiró mirándola con una gran sonrisa— ¿Qué?

—Que no eres un paciente como yo.

—Tú no eres una paciente, eres una huésped y no, no lo soy, solo soy un trabajador más.

—Ok, pues es impresionante —caminó por el taller oyendo cómo se ponía a llover y de repente se sintió muy bien. Le solía pasar con la lluvia y miró a su interlocutor con una gran sonrisa— ¿Por qué *Daniél* y no *Dáníel*? —susurró, diferenciando la pronunciación española de la inglesa, y él sonrió.

—Porque nací en Costa Rica.

—¿En serio? Conozco Costa Rica, estuve allí haciendo un reportaje para *Sports Illustrated*, es precioso.

—He ido muy pocas veces, llevo la mayor parte de mi vida en Oregón y sí, recuerdo ese reportaje tuyo en Costa Rica... im-pre-sio-nan-te —bromeó y Giselle fingió ofenderse.

—Muy gracioso, en fin, te dejo trabajando. Eres muy bueno —señaló los cuadros con un dedo e hizo amago de irse—. Hasta otra.

—¿Por qué no le das otra oportunidad al programa?

—Creo que ya sé de que va y, en serio, no sirvo para estar encerrada hablando de mis problemas o para hacer yoga o TaiChi, que ya los hago en casa, o para aprender recetas de comida saludable. Tengo una fundación dedicada a los deportes y la alimentación saludable ¿sabes? En resumen: no es lo que yo esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Deporte al aire libre, caminatas, escalada, paseos, meditación en la naturaleza, montar a caballo, estar con animales. Mi terapeuta me dijo que tenían una granja llena de animales y en dos días no he visto ni un gato. Solo quería descansar y desconectar, alejarme del mundo real, no sentarme delante de gente como Greg, el adicto al sexo que me mira como al pavo de acción de gracias, para hundirme en la miseria.

—Entiendo...

—¡Gigi! ¿qué haces tú aquí? —su hermano apareció de la nada y la hizo saltar y volverse hacia él con cara de pregunta.

—¿Y tú?

—Vengo con Jason.

—Ah, ok, hola, Jason —extendió la mano hacia el nuevo mejor amigo de su hermano y este le sonrió—. Encantada, me llamo Giselle.

—Lo sé, estoy enamorado de ti desde hace años, bueno, en el mejor sentido ¿sabes?

—Ok.

—¿Ya os conocéis? —Jason miró a Daniel y él asintió saludando a Stellan.

—Sí, de casualidad, pero ya me iba.

—Nuestra perra Mimi ha tenido cachorros, si quieres, puedo llevarte a verlos y de paso te enseño las caballerizas —le dijo Daniel y ella sonrió—. En serio, no te vayas sin conocer nuestros caballos.

—¿Irte?, ¿adónde? —su hermano frunció el ceño y ella le hizo un gesto tranquilizador.

—Nada, luego hablamos. ¿Dónde están esos cachorritos?

—Sígueme. Jason, tú, por favor, prepara los colores que usaremos mañana, no quiero perder toda la mañana con eso.

—Claro, adiós.

Giselle se despidió con la mano y salió directo a la lluvia, abrió los brazos y me mojé viendo como Daniel no decía nada, pero se reía con paciencia.

Era un tipo majo ese *Daniel* en castellano, encima estaba como un tren y era bastante alto, algo que le solía gustar en los hombres. Se le acercó, se le puso al lado y corrieron juntos hasta alcanzar el hotel.

3

—Sé que un clavo no saca otro, ese planteamiento es absurdo e inmaduro, solo es de gente dependiente y sin muchas luces, por supuesto que no va conmigo, pero a veces pienso que solo el amor de otra persona podría salvarme de la dependencia que siento por Robert.

—¿Y?

—¿Y? —se enderezó en la silla y miró a Kirsten a los ojos. Esa mujer era insufrible, la había presionado un montón para que se quedara allí y resulta que en la terapia individual no la ayudaba nada y la miraba con muy malas pulgas—. No entiendo.

—Supongo que hablas de esto porque ya has encontrado a otra persona.

—Hablo de esto porque me lo has preguntado tú.

—Solo te he dicho que habláramos de lo que te apeteciera.

—Y me ha salido esto porque no me apetece nada hablar contigo, ni estar aquí. De hecho, para mí se ha acabado.

—Creí que ibas a cumplir las dos semanas de estancia.

—Sí, pero no será gracias a ti, al arquitecto emocional o a todas esas chorradas que ofrecéis por aquí. Dije desde el minuto uno que venía a descansar y a despejarme y...

—Y llevas una semana haciendo vida de granjera.

—Exactamente.

—No has venido hasta aquí, pagando una fortuna, solo para montar a caballo y estar con los animales, eso lo podías hacer en cualquier parte del mundo, aquí vienes a algo más y no pienso rendirme contigo.

—¿Qué quieres de mí, Kirsten? —se puso de pie y ella no se movió.

—Quiero que te des una oportunidad, te abras, te limpies y empieces de cero

con un nuevo plan de vida donde tus dependencias y tus penas queden atrás.

—¿Y tú puedes conseguir todo eso?

—Si me dejaras al menos lo podríamos intentar. ¿Por qué no vuelves a sentarte y me dices exactamente qué te pasa?

—Ya lo sabes, mi novio, bueno, mi amante durante diez años, el hombre que ha gobernado mi vida, mi cuerpo y mi carrera durante una década, me ha dejado de la noche a la mañana por otra.

—¿Y qué te duele más? ¿el abandono o el tiempo perdido?

—Bueno —volvió a su sitio y respiró hondo—, creo que el tiempo perdido.

—El caso es que no existe el tiempo perdido. Todo lo que vivimos nos curte, nos enseña, nos hace más fuertes, y más sabios, y encima tú eres muy joven para poder empezar de nuevo.

—Perfecto, pero yo quiero olvidarlo y no puedo, y me ahoga esa sensación de añoranza que tengo por un tipo que solo me ha utilizado.

—Y ¿qué quieres hacer? —se levantó, agarró una banqueta y se le puso más cerca—. Si yo fuera Robert ¿qué me dirías?

—Ya he probado con eso...

—Vale, ahora pruébalo conmigo, por favor. ¿Qué me dirías?

—Te diría que eres un cabrón egoísta, machista, manipulador. Un hijo de puta de cincuenta y dos años que me ha absorbido hasta las entrañas solo por deporte. Que eres muy poco hombre, un inútil y un acomplejado que me ha utilizado para sentirse más macho, más joven, y más poderoso, cuando en realidad no eres más que una puta mierda.

—¿Qué me preguntarías?

—¿Por qué lo hiciste?, ¿qué te hice yo para merecerme este daño?, ¿por qué me impediste vivir mi vida si nunca te ibas a quedar conmigo?

—Y yo podría preguntar: ¿por qué continuaste tú conmigo?

—Porque me sentía segura y... —notó que estaba llorando y cogió un pañuelo de papel—. Me gustaba estar contigo.

—¿Me amabas?

—No lo sé.

—¿Te gustaba el sexo conmigo?

—Sí.

—Además del sexo ¿qué te daba?

—Nada más.

—Lo tienes muy claro.

—Clarísimo.

—Entonces estás en muy buen camino, Giselle. El sexo saludable y libre está disponible, es hermoso, y podrás conseguirlo en cuanto levantes la cabeza y mires a tu alrededor. Y si es de la mano del afecto, el amor y la amistad, muchísimo mejor.

—Eso lo sé, aún estando con Robert he tenido muchas aventuras, pero él siempre conseguía eclipsarlas y atraerme a su lado. Siempre lo hace, por las buenas o por las malas me obliga a romper con otros hombres, y yo siempre he sido incapaz de defenderme.

—¿Sigues temiendo que aparezca?

—Por supuesto, por eso necesitaba alejarme de Londres, necesitaba escapar lo más lejos posible y ponerme a salvo para ver si se olvida de mí.

—¿Ponerte a salvo? —le agarró las manos y ella ahogó un sollozo.

—Soy la persona más fuerte e independiente del planeta, lo tengo todo, una familia, a mi hermano Stellan, mis amigos, mi éxito profesional, pero con él me desvanezco, me disuelvo, me siento débil y la única forma de resistir a su acoso y derribo es poner tierra de por medio.

—Entiendo. Ven aquí.

La abrazó con mucha fuerza, aunque era increíblemente pequeña y menuda, y Giselle lloró muy a su pesar un buen rato, sin contenerse, hasta que Kirsten le dio un vaso de agua y dio por acabada la sesión, animándola a salir a correr, a montar a caballo o a hacer lo que le apeteciera antes de la cena, sin presiones y con total libertad.

Ella abandonó la consulta y salió al pasillo respirando hondo.

Estaba agotada después de haber soltado aquello, que estaba muy lejos de su

intención, porque había decidido no ahondar más en la herida de Robert, y se metió las manos en los bolsillos decidiendo qué quería hacer. Caminó hacia la terraza, aspiró el aire puro de las montañas y se decidió por lo obvio, bajó las escaleras y se fue directo al taller de Daniel, su nuevo amigo, que seguro ya estaba guardando sus trastos y preparándose para cenar.

Era un chaval estupendo aquel morenazo nacido en Costa Rica, que había propiciado que pudiera salir a montar, que pudiera estar con los perros de la casa, que la había acompañado a una jornada de caminata por el campo, siempre sereno y sonriente, como ajeno a todos los males del universo, aunque por otra parte era profundo y reflexivo.

Le encantaba y estaba segura de que a él ella le gustaba, pero no había querido saltarse las reglas de la amistad para agarrarlo por la camiseta y llevárselo a su cama.

Quería ser una buena chica con Daniel que, en realidad, era un chico muy diferente a los hombres que ella conocía, disfrutaba y desechaba sin piedad, él era de otra pasta y prefería no mezclar las cosas. Aunque se moría por un poco de contacto físico tras tantas semanas en el dique seco, estaba guardando las distancias y no le iba del todo mal.

—¿Daniel?

—Hola ¿qué tal la terapia con Kirsten?

—Esa mujer está loca, pero es buena —contestó entrando en el cobertizo.

—¿Loca?

—Tío, es un poco rara y tan sabelotodo. Parece que maneja la verdad absoluta del universo y es condescendiente, dos cualidades que no llevo demasiado bien. ¿Qué tal tú?

—Y ¿por qué hoy ha ido bien?

—No sé, tocó algo aquí dentro y me explayé, supongo que eso es bueno.

—Claro que es bueno —se agachó para recoger unos papeles y la miró de soslayo—. Ella es de las mejores en su campo, lo mismo que el doctor Hopper, el arquitecto emocional...

—¿El arquitecto emocional?, por Dios, si hasta el nombre es ridículo, pomposo... en fin... ¿cómo puede ese hombre ayudarme a construir nada si

parece más echo polvo que yo?

—No es cierto.

—Lleva las gafas sujetas con celo y va vestido como en el Oxford de los años treinta.

—¿Tanto te importan esas minucias?

—No, solo me fijo en la gente, sobre todo en la que me mira desde su atalaya de perfección y pretende ayudarme a salir de mis neuras.

—Yo solo te digo que tienes mucha suerte de tenerlos a mano, a ellos y al resto del equipo médico, deberías estar agradecida de que te hayan aceptado aquí.

—¿De que me hayan aceptado aquí?. Cualquiera con treinta mil dólares puede venir a uno de sus programas.

—Vale, pero no es solo cuestión de dinero.

—¿Tú te has tratado con ellos?

—Se podría decir que sí...

—¿Se podría decir?

—¿O sea que ha ido bien?, me alegro mucho —cambió el tema y se fue hacia el fondo del taller poniéndose unos guantes—. He reservado la pista de tenis para que juegues mañana con tu hermano.

—Muchas gracias, Daniel, eres un sol, no sé qué habría hecho si tú no estuvieras aquí.

—Ya, ya...

—En serio... —se le acercó por la espalda y observó cómo se movía concentrado en sus cosas—. He venido buscando una solución y no la he encontrado, pero te he encontrado a ti y te estás portando de cine conmigo. Muchas gracias.

—No es para tanto, y no sigas diciendo que no has encontrado lo que buscabas porque...

Se giró hacia ella con esos ojazos oscuros tan enormes y gesticulando con esa suavidad que lo hacía único, y ella sintió perfectamente cómo algo la empujaba con fuerza hacia él, cruzó la distancia que los separaba, lo agarró por la pechera de la camiseta, se le pegó al cuerpo y lo besó.

Daniel levantó las manos y no la abrazó, pero devolvió el beso cuando ella separó la boca y le lamió los labios con la lengua ansiosa. De repente lo deseaba un montón y mandó al carajo sus buenas intenciones, lo empujó contra la pared y se rozó con sus caderas sin soltarlo, hasta que él suspiró, bajó las manos y la agarró por el trasero con propiedad.

Lo siguiente fue un poco desquiciante e infantil, intentando desnudarse a manotazos para acabar en el suelo de madera encima de él, sacándose la camiseta y el sujetador de un tirón, sintiendo su erección monumental contra sus vaqueros, muy caliente, hasta que consiguió bajarle los pantalones y guiarlo con mano firme para que la penetrara sin mayores florituras.

—Eres perfecta —susurró él tocándole los pechos con las dos manos—, y tienes esta piel tan suave, tan hermosa...

—Vale, vamos...

Se inclinó en medio del balanceo para besarlo y él se detuvo, la sujetó por las caderas y la puso de espaldas sobre las tablas para colocarse encima y poseerla con una fuerza descomunal. Mordiéndola, lamiéndola y comiéndole la boca con tal ansiedad, que tuvo un orgasmo mucho antes de que él alcanzara el suyo y consiguieran llegar juntos a un clímax desatado que la hizo gritar de puro y auténtico placer.

4

—Tienes buen apetito, no sabía que las modelos podíais comer así.

La miró con los ojos entornados y ella asintió dando un mordisco a su bocadillo de pastrami, estiró las piernas y se quedó admirando el precioso paisaje que tenían bajo sus pies: el suave, verde y esplendoroso bosque que rodeaba *Green Mountain*.

—Antes que modelo soy deportista y me alimento bien. No fumo, no bebo, no tomo drogas, pero me encanta comer.

—Y yo que me alegro, es gratificante ver comer con ganas a una mujer.

—Tengo un montón de amigos varones que comen como pajaritos, y muchísimos, de ambos sexos, que no comen apenas, pero que se ponen hasta arriba de Don Perignon o de Gin Tonics, cuando están cargados de calorías vacías. Los trastornos alimenticios no son solo patrimonio femenino.

—En eso llevas razón, pero en mi mundo los tíos comen como bestias y las tías se pasan la vida a dieta.

—¿Qué mundo es ese?

—El mundo normal, el de la gente de a pie.

—¿Mi mundo no es normal?

—No como el mío, desde luego.

—Que prejuicioso —sonrió y él se quedó prendado de esos ojos tan dulces, y tan claritos que tenía—, pero te lo voy a perdonar. ¿Crees que puedo quedarme los cachorritos de Mimi?

—¿Todos?

—Sí, sería incapaz de elegir uno.

—Y sus dueños tampoco, dudo mucho que los separen, aquí hay espacio para criarlos a todos juntos.

—Ya, y lo entiendo.

—¿Tienes mascotas?

—Hace seis meses murió mi perro Toby, tenía catorce años y todavía no puedo asimilarlo.

—Vaya, lo siento.

—En Estocolmo tengo dos caballos y en casa de mi madre de todo, desde tortugas a gatos, pasando por conejos y patos, pero sobre todo cuatro perros que no me dejan llevarme a Londres. Si tuviera una casa en el campo adoptaría todos los animales que pudiera, pero, de momento, vivo en Londres, en un apartamento, y es verdad que no me puedo hacer cargo de cuatro perros, encima viajo demasiado... en fin, antes de venir aquí la gata de una amiga tuvo gatitos y cuando vuelva me quedará con uno... ¿qué? —lo pilló observándola con la boca abierta y él sonrió.

—Te lo dirán constantemente, pero eres preciosa.

—¿Tienes mascotas en tu casa de Portland? —ignoró el comentario y él negó con la cabeza.

—No, no tengo tiempo para cuidarlos y también viajo demasiado.

—Pero ¿no trabajas en casa?, ¿vas a una oficina?

—Trabajo principalmente desde casa, donde tengo un pequeño estudio, pero viajo mucho haciendo presentaciones, acudiendo a reuniones con otros creativos y diseñadores o viendo clientes.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me encanta ¿a ti el tuyo?

—En general sí. ¿Qué estudiaste?

—Oficialmente soy licenciado en ingeniería informática, pero también estudié bellas artes y diseño industrial.

—Vaya, un portento y encima con esos ojazos.

Acabó el bocadillo, dejó la botellita de agua a un lado y gateó hasta él mirándolo a los ojos. Habían salido de caminata por el bosque y llevaban una hora descansando en un claro lejos del mundanal ruido, solos y rodeados por el rumor de los árboles y el olor a tierra mojada. Un marco bucólico y muy romántico que al parecer la señorita Erikson no pensaba desaprovechar.

—Me encanta el tono de tu piel, de tu pelo, de tus ojos —le acarició la cara y suspiró—. Si algún día tengo hijos me gustaría que fueran como tú.

—Eso se puede solucionar fácilmente —sonrió y ella lo besó despacito en los labios.

—Lo tendré en cuenta.

—Tú sí que eres perfecta.

—Te deseo un montón, Daniel.

—¿No te gustan los halagos?

—¿Cómo dices? —le sacó la chaqueta y lo intentó con la camiseta, pero se detuvo para prestarle atención.

—No te conozco mucho, pero me da la sensación de que no te gusta oír lo guapa que eres, aunque la verdad es que eres una de las mujeres más increíblemente hermosas del mundo.

—Yo no pedí ser así, ni he trabajado para conseguirlo, me tocó en el reparto de la naturaleza y prefiero obviarlo. No es importante para mí y gracias, pero hay millones de chicas muchísimo más guapas que yo, lo que pasa es que son anónimas.

—Vale.

—Vale...

Repitió y se sacó la camiseta sonriendo, luego el sujetador y se puso de pie para quitarse los pantalones y las braguitas sin dejar de mirarlo a los ojos. Él tragó saliva y la observó embobado, sin saber muy bien qué hacer, hasta que ella se le montó encima abriéndole los pantalones.

—Me encanta tenerte dentro de mí.

—Nunca una chica se había quedado desnuda para mí en medio del bosque, yo...

Sintió su intimidad ardiente, soltó un quejido y se corrió antes de lo previsto, pero a ella no le importó, o eso pareció, porque sonrió y se echó sobre la hojarasca completamente desnuda, como en un cuadro renacentista, sonriéndole y acariciándole el abdomen con suavidad.

Él giró la cabeza y se deleitó en ese cuerpo perfecto, suavísimo y sensual que

tenía, en la piel inmaculada y tibia, en sus muslos redondeados y tersos... ese pubis palpitante, que lo llamaba a gritos. Sus caderas, su abdomen tenso y acogedor, el ombligo redondo, la cintura estrecha y esos pechos firmes y abundantes que se cimbreaban levemente con su ritmo respiratorio y que le ofrecían unos pezones sonrosados y erectos que lo hicieron tragar saliva... el cuello fino y delicado, esa cara perfecta, como dibujada por el mejor pintor de todos los tiempos, el pelo rubio y ondulado, la boca jugosa y esos ojos celestes, transparentes, que sonrieron al descubrir que ya estaba excitado otra vez.

—Ven aquí...

Susurró, sonriendo de oreja a oreja, y separó levemente las piernas, él soltó un gruñido, se le echó encima y la tomó con un salvajismo y una ansiedad difícilmente tolerables.

5

—¿Te acostabas con Robert Sarkisian?! —preguntó a punto de echarse a reír y ella asintió—. Si es un viejo gordo, calvo y decadente.

—No siempre lo fue.

—No, claro que no, hace treinta y cinco años, cuando era una estrella del tenis, no lo era, pero...

—El físico no es importante.

—Ok, pero ¡Robert Sarkisian!

Giselle lo observó con paciencia y salió de la cama para buscar algo de comer. Daniel la miró y movió la cabeza sin poder dar crédito a lo que le acababa de contar, su historia de diez años con Robert Sarkisian, el motivo principal del hundimiento que la había llevado a ese retiro en Oregón.

—Tú eres... eres... preciosa, no me puedo creer que yo esté ahora mismo contigo, mucho menos te veo con ese viejales calvo y...

—Ya te vale, creí que esas minucias no te importaban.

—No, pero esto es pasarse cuatro pueblos.

—Lo sé, supongo que para el resto del mundo es así, yo veo mucho más en él, bueno, veía...

—Muy bien.

—Al final me ha hecho bien venir hasta aquí y ahora estoy muchísimo mejor. Llevo días sin acordarme de él.

—Me alegra oír eso —aceptó un poco de fruta y se acercó para besarle la mejilla—. Es un alivio que ya no te quejes de todo.

—Valió la pena esperar un poco y ver cómo mejoraban las cosas. Normalmente no soy tan paciente, pero lo hice más por ti que por los terapeutas o Kirsten...

—Ok, gracias por lo que me toca.

—Solo soy sincera.

Le acarició el pelo oscuro, largo y suelto, y le sonrió satisfecha.

Finalmente, había acordado un programa de cuatro semanas con Kirsten, no siete, ni seis como ella quería, pero al menos había accedido a cuatro porque la veía mejor y más cooperadora, y había sido testigo de su mejoría, le dijo durante un paseo por el bosque las dos solas. Ese había sido un acuerdo satisfactorio para ambas partes y ya había pasado un mes en Portland, perdida en el campo y sin apenas darse cuenta.

En realidad, se sentía muchísimo mejor, más liviana, más limpia de muchas cosas, y adoraba no estar pendiente del móvil, de las redes sociales, del ordenador, del trabajo, de Robert y de todo ese mundo asfixiante que la rodeaba en Londres.

Hacía unas dos semanas que el oxígeno había vuelto a su cuerpo y era otra persona, o eso creía, pero el responsable de todo aquello era principalmente Daniel, ni los médicos, ni los terapeutas, ni los monitores, no, el mejor bálsamo había sido conocer a Daniel, que era como un ángel, un dios en la cama, y un amigo que esperaba conservar el resto de su vida, porque sabía hablar, sabía escuchar, y ella se había abierto completamente con él.

—¿Qué opinan tus padres de tu relación con Sarkisian? —interrumpió sus divagaciones y ella suspiró y se le acurrucó en el pecho.

—Ya te imaginarás, más o menos como tú. Mi padre me dejó de hablar un año entero cuando supo lo que estaba pasando. En un principio quiso denunciarlo por estupro y yo me opuse como una loca, lo amenacé con no verlos más, con no hablarle nunca más y... bueno, me porté como una idiota, pero estaba enamorada, o creía estar enamorada, y antepuse al capullo de Robert por encima de todo lo demás. Me arrepiento tanto de todo eso...

—Eh, no llores, solo estamos charlando. ¿Giselle?

—Sí, no lloro, es que me siento fatal cada vez que lo pienso.

—Eras joven y los jóvenes cometen errores. Él que debió comportarse como un adulto responsable fue el puto Sarkisian, no tú.

—Yo estaba obnubilada, pero era consiente de que estaba actuando mal acostándome con un tío casado, que me doblaba la edad y que...

—Bueno, no hablemos más de él. Que le den.

—No me has dicho qué edad tienes.

—No me has preguntado. Treinta y dos.

—¿Y tú no has tenido ninguna historia vergonzosa como la mía?

—No es vergonzosa, es insólita —estiró la mano y le acarició la cadera desnuda—. Tienes un cuerpo digno de ser pintado, Giselle, deja que te dibuje.

—Ya estamos.

—¿Qué?, ¿ya te lo han pedido antes?

—Demasiadas veces.

—¿Te molesta deslumbrar a los demás?

—Me molesta que me traten como a un objeto, yo no pedí ser así, soy mucho más que un cuerpo o una cara.

—Nadie discute eso. Eres preciosa y lo eres porque dentro de ti hay una luz que resplandece y que yo necesito inmortalizar de alguna manera.

—Eres un embaucador ¿sabes?

—Hablo en serio.

—Vale, pero no tenemos mucho tiempo.

—Solo un boceto, luego haré un cuadro y te lo enviaré a Londres.

—No, si haces un cuadro me lo tienes que llevar personalmente a Londres. Mi casa es tu casa.

—Hecho —se giró hacia la mesilla de noche y sacó un cigarrillo liado a mano, lo encendió y el olor provocó que Giselle se sentara y lo mirara con los ojos abiertos como platos— ¿Quieres una calada?

—¿Marihuana? ¿en serio?

—Sí ¿qué pasa?, ¿quieres o no?

—Por supuesto que no, soy una deportista, una que tiene una fundación dedicada a fomentar la vida sana y que lucha contra las drogas ¿Estás loco?

—No es una drog...

—¡Claro que lo es!. El consumo de marihuana está relacionado con un mayor riesgo de ataques cardíacos en adultos, irrita los pulmones, su humo contiene los mismos productos químicos cancerígenos que el humo del tabaco, sin

contar con los efectos psicológicos, porque también puede producir psicosis temporal y...

—Eso en dosis muy altas y a saber, porque los beneficios terapéuticos son mucho más altos que esos efectos secundarios tan negativos que te han contado.

—¿Qué me han contado?

—Aquí hay dos terapeutas que tratan con marihuana a sus pacientes.

—Lo sé y no por eso me convence a mí, así que, por favor, apaga eso.

—Vale, Pipi Calzaslargas, no te me pongas tan guerrera.

—¿Pipi Calzaslargas? —sonrió y él le guiñó un ojo— ¿Te refieres a Pipi Långstrump?, ¿la niñita sueca de las trenzas pelirrojas?

—Exactamente.

—Eso suena un poco racista, no porque sea sueca, soy... —la tiró encima de la cama y se le puso entre los muslos para mirarla a los ojos desde muy cerca.

—Eres mi Pipi Calzaslargas y no estoy siendo racista, señorita deportista del primer mundo nacida en Suecia. Relájate un poco y háblame en sueco, anda.

—Ingen.

—¿Qué?

—Que no... háblame tú en español.

—No sé mucho español, pero puedo decirte que estás muy *rica*...

Ella se echó a reír y él la agarró por los glúteos y la penetró mirándola a los ojos. Giselle arqueó la espalda y separó las piernas para sentirlo más adentro, hizo amago de besarle, pero él se apartó, salió de su cuerpo sin desviar la mirada, y con un movimiento muy rápido la puso bocabajo, la sujetó por las caderas y se las levantó a la par que se le ponía detrás, pegado, deslizando los dedos despacio por su abdomen hasta los pechos y los pezones, gesto que la hizo gemir y levantar el trasero de forma completamente instintiva.

—Esta es la manera más natural de follar, Giselle, porque es la más animal, la que los primeros hombres utilizaron por puro instinto ¿sabes?, y me da que te gusta mucho. ¿Quieres que te folle así?

—Sí...

—Genial.

La penetró y ella se agarró al cabecero de metal de la cama con las dos manos, sintiendo como los pezones se le irritaban con el roce feroz contra el colchón, porque aquello era feroz y potente, delicioso y muy animal, sí, muy animal, y gritó un par de veces corriéndose, mordiendo la almohada, mientras él no se detenía, al contrario, iba *in crescendo*, dominándola completamente, y llevando el ritmo que le venía mejor, hasta que eyaculó soltando un gruñido desgarrado contra su pelo.

—Eres la tía más guapa, sensitiva y sexual con la que he estado en toda mi vida.

—Espero que eso sea un halago... —se quedó inerte en la cama, sin poder moverse, y él se acostó a su lado y le despejó el pelo de la cara para mirarla a los ojos.

—Es un halago. Creo que has nacido para que te follen de todas las formas posibles. Es mirarte y desearte y tener la necesidad brutal de poseerte.

—No sé qué decir a eso... suena bastante machista, pero...

—Son cosas que se dicen en la intimidad y cuando estás a gusto con alguien, jamás en público, y lo negaré si lo cuentas por ahí.

—Y yo que pensaba compartirlo en Instagram.

Se echó a reír, ella con él y cerró los ojos sintiéndose serena y a gusto, muy segura. Se desplazó un poco y se acurrucó sobre ese pecho moreno, suave y oloroso que Daniel tenía, y que era por sí solo un remanso de paz. Se lo besó con la boca abierta, se lo lamió y lo olisqueó observando de reojo esa cara perfecta que tenía, luego cerró los ojos y se durmió.

6

—Te veo muy bien, Giselle, me da hasta pena que te marches —le soltó Kirsten observándola fijamente, como solía hacer, y Giselle sonrió.

—Lo cierto es que me siento muy bien.

—Puedes volver cuando quieras por aquí, siempre serás bienvenida.

—Muchas gracias, estoy segura de que volveré antes de lo que te imaginas, yo... —se lo pensó un poco y decidió contarle lo que estaba pasando, aunque aún no lo había hablado ni con su hermano—. He conocido a alguien, llevamos viéndonos dos semanas, así que...

—¿Has conocido a alguien? ¿dónde? ¿aquí?

—Claro, no he salido a ninguna parte.

—Vaya, creí que habíamos acordado que te tomarías un tiempo para curar lo de Robert antes de...

—No lo he planificado.

—Pero podrías haberlo evitado ¿o no?

—Imposible, ha sido muy potente, muy intenso, muy directo y no pude darle la espalda.

—Supongo que ya ha habido sexo —ella asintió— ¿Y cómo ha ido?

—Ya te lo he dicho, muy potente, muy intenso. Increíble.

—¿Te has enamorado?

—¡No! —negó con la cabeza—. Nos estamos conociendo, pero creo que podría tener recorrido y convertirse en algo importante. Es el primer hombre menos de treinta y cinco años con el que tengo una aventura, creo que ese es un buen comienzo.

—Sí, es un buen comienzo, pero ahora estábamos construyendo tu bienestar individual.

—Y seguiré trabajando con eso, encima él vive aquí, así que en cuanto me vaya tomaré distancia y veré hacia dónde sigo andando.

—¿Vive aquí? ¿en el complejo?

—En Portland.

—¿Quién es?, ¿un huésped?, ¿un compañero de terapia?

—No, trabaja para ti, así que no voy a decirte quién es, no pienso violar su derecho a la intimidad.

—No me importa que te estés acostando con un colaborador nuestro, Giselle, esto no es una cárcel, ni un internado, solemos respetar la vida privada y las decisiones de todo el mundo.

—Y yo que me alegro, pero por mi boca no sabrás nada. En fin —se puso de pie—. Tengo yoga dentro de quince minutos.

—Muy bien, dame un abrazo. Ha sido un placer trabajar contigo —la asió con fuerza y luego la cogió de las manos mirándola a los ojos—. Te veo esta noche en mi casa, a las siete, sed puntuales y ya que tienes un “ligue” por la zona, puedes traerlo si quieres.

—No, gracias —se echó a reír—. No hace falta, te veo para la cena. Hasta luego.

Salió de la consulta, dónde había pasado muchas tardes de su estancia en *Green Mountain*, y se fue directo a la terraza dónde darían la clase de yoga al aire libre, aunque hacía bastante frío. Lo del frío no le importaba, al contrario, y se acercó muy animada hasta allí, con varios minutos de antelación, calibrando la posibilidad real de anular todo lo que tenía pendiente y quedarse dos semanas más por allí. Incluso podía invitar a Daniel a algún hotelito privado y romántico lejos de todo aquello para encerrarse a hacer el amor durante horas y horas. Esa sería una buena opción, aunque la opción más realista era quedarse en *Green Mountain* y seguir alternando sus calientes y explosivos encuentros sexuales con las terapias y el trabajo de él.

—¿Estás segura? ¿dos semanas más? —preguntó Stellan cuando fue a su habitación a contárselo y ella asintió— ¿Por qué?

—Esta noche llamaré a Mary para que lo arregle, puedo aplazar casi todo lo que hay pendiente y...

—¿Por qué? —repitió y se le acercó secándose el pelo con la toalla—. Hace un mes querías salir corriendo de aquí y ahora...

—Y ahora me siento bien, he desconectado, he aprendido un montón y... en fin... me he enrollado con alguien.

—¿Qué?! ¿con quién?

—No pienso decírtelo.

—¿A mí? ¿en serio?

—Daniel.

—¿De verdad?, pero si es un pipiolo.

—Tiene treinta y dos años.

—Para ti casi es un niño.

—Lo sé y ha sido un descubrimiento, así que he pensado quedarme un poco más y dar una oportunidad a lo que sea esto.

—Estás chiflada.

—Chiflada o no, tengo derecho, ahora que vuelvo a ser yo, a pasarlo bien y a hacer lo que me apetece.

—Gigi...

—Oye, tú has tenido un rollo con Jason y yo no he dicho nada, aunque adoro a Andrew.

—Andrew y yo nos estamos tomando un descanso.

—Vale, lo que tú digas...

—Ok, quédate si quieres, pero yo me tengo que marchar mañana a Nueva York.

—Por supuesto, no pasa nada.

Se abrazaron, ella volvió a su cuarto a vestirse para la cena de Kirsten, que solía invitar a los pacientes la víspera de su marcha a un encuentro informal en su casa, y sonrió pensando en que esa mujer tan fuerte y decidida, tan a su aire, estaba casada con el famoso doctor Hopper, el arquitecto emocional. Se había enterado por casualidad esa misma mañana y seguía sin poder creérselo, porque eran como la noche y el día.

Así supo que *Green Mountain* era propiedad de los dos, aunque también

contaban con un pequeño número de promotores que financiaban ese proyecto de bienestar personal que tanto éxito tenía entre los ricos y famosos, porque estaba claro, hippies o no, con celo en las gafas o no, esa gente cobraba una fortuna por sus programas de ayuda que solo eran accesibles para gente con mucha pasta y, por lo tanto, debían estar forrados.

—¿Daniel?

Lo miró de arriba abajo cuando le abrió la puerta principal de la casa de Kirsten, y él dio un paso atrás completamente asombrado.

—¿Qué haces tú aquí? —fue su respuesta y Giselle lo miró muy confusa.

—Venimos a una cena con Kirsten.

—Pero tú no te vas hasta pasado mañana.

—Nos vamos mañana —intervino Stellan, sujetándola por la cintura para entrar en esa espectacular casa de piedra y madera, acristalada por todas partes, que estaba en la zona más alta del complejo— ¿Podemos pasar?

—No sabía... claro, adelante.

—¿Qué haces tú aquí? —le susurró pasando por su lado, pero él se calló al ver aparecer a Kirsten vestida con una túnica de seda azul cielo.

—¡Los guapos hermanos Erikson! —exclamó—. Entrad, por favor. Dani, sírveles una copa de vino, tu padre está a punto de bajar. Espero que os guste la comida mexicana, chicos.

—¿Tu padre?

Lo miró con los ojos abiertos como platos y él se escabulló hacia el mueble bar bajando la cabeza. Giselle se empezó a sentir de pronto muy mal, mareada, y entró en ese espectacular salón con vistas al Monte Hood con la clara sensación de que todo empezaba a ir muy mal.

—¡Hola! —una chica morena muy guapa apareció por su espalda con una bandeja llena de delicias y Kirsten la llamó con la mano.

—Lupe, ven, te presento a Giselle y Stellan Erikson. Se nos van ya de *Green Mountain* tras una estancia estupenda con nosotros.

—Encantada de conocerlos.

—Igualmente.

—Lupe es chef en uno de los restaurantes mexicanos más famosos de Portland, pero, como además tenemos la suerte de que es la prometida de Dani, ha tenido la deferencia de venir hoy hasta aquí para hacernos la cena.

—Es un placer, Kirsten, lo sabes. Cariño ¿puedes poner esto ahí? —Giselle siguió a la chica con los ojos y vio cómo se dirigía a Daniel así de cariñosa y acariciándole el brazo. Retrocedió y Stellan la sujetó por los hombros.

—¿Su padre? ¿su prometida? —susurró a su hermano, que movió la cabeza.

—¿No lo sabías?

—Por supuesto que no.

—Buenas noches, bienvenidos.

De la nada apareció el doctor Hopper, con su aspecto desaliñado de siempre, y les puso unas copas de vino en la mano a la par que otros pacientes, o huéspedes como se empeñaban en llamarlos, llegaban puntuales a la cena.

A partir de ese momento exacto Giselle ya no oyó nada más. Todo se convirtió en una nebulosa oscura, muy desagradable, que le impidió seguir las charlas o las risas con algo de normalidad, y que solo la hacía pensar en por qué y cómo había llegado a confiar en alguien del que no sabía ni el apellido, en alguien del que no sabía prácticamente nada, en alguien a quien que le había dicho barbaridades sobre sus propios padres, a pesar de lo cual, le había seguido ocultado quién era.

—¿O sea que tú no has estado todo el tiempo aquí? —oyó que Lupe preguntaba a Stellan y subió los ojos para mirar a Daniel, que permanecía mudo y sentado en su lado opuesto de la mesa.

—Estuve las primeras dos semanas, las otras dos no, vine este fin de semana para despedirme, recoger a Gigi y disfrutar un poquito más del rancho.

—¿Trabajas en los Estados Unidos?

—En realidad entre Londres y Nueva York.

—Es abogado y trabaja para una gran multinacional sueca —susurró Kristen y todos asintieron.

—Una de alta tecnología, incluidos los videojuegos —habló Giselle por primera vez en toda la noche y miró a Daniel—. No sé si te lo había comentado, Daniel.

—Sí, claro —respondió él mirando el plato.

—Y tú sin contarme que eras hijo de Kirsten y Bob.

—¿No lo sabías? —preguntó Kirsten y Daniel se apoyó en el respaldo de la silla muy incómodo.

—No y ha sido una tremenda sorpresa saberlo después de un mes.

—Pero ¿sois amigos? —interrogó Lupe, la chica mexicana inmediatamente en guardia y su “prometido” la miró de soslayo. Giselle observó la cara de Kirsten y sonrió.

—No, no somos amigos, si lo fuéramos habría sabido de quién era hijo.

—¿Cuántos hijos tenéis?

Quiso saber uno de los invitados y Kirsten contestó que cuatro, dos adoptivos, de diferentes nacionalidades, y dos biológicos. Que Daniel había nacido en Costa Rica y que lo habían traído a Oregón a los seis meses... que era un artista, que estaba haciendo un mural en el rancho, que tenía su taller en el complejo, pero que en realidad era un diseñador de videojuegos muy importante que trabajaba para una compañía japonesa desde Portland.

Un montón de datos que ya no le interesaban, así que se calló y siguió probando la comida sin apetito y con ganas de salir huyendo de ahí cuanto antes.

—Giselle —oyó su voz por la espalda y se giró hacia él poniéndose la chaqueta— ¿Ya os vais?

—... —guardó silencio y lo miró de arriba abajo—. No soy una mojigata, ni una santa, no me importa si tienes prometida y aun así hayas decidido acostarte conmigo como doce veces. No me parece bien, pero ese no es mi problema, sin embargo, que me ocultaras quiénes son tus padres y me permitieras explayarme y hablar pestes de ellos en tu propia cara me parece de lo peor, así que, por favor, no vuelvas a dirigirme la palabra.

—Oye, solo estábamos pasándolo bien, tú te ibas a largar a las dos semanas y...

—No me interesa, adiós.

—Amor —Lupe llegó por un pasillo y se le abrazó al pecho. Era muy bajita y morena, muy guapa, tenía un aire a Kirsten, y observó con un poco de lástima

como se aferraba a él intentando marcar el territorio. Un territorio que, estaba segura, era invadido constantemente por otras mujeres—. Tu madre te llama.

—Ya voy, gracias. Giselle, dame un minuto...

—¿Puede alguien llamar a mi hermano, por favor?. No sé dónde se ha metido.

Lupe la miró con muy malas pulgas, agarró a su novio de la mano y se lo llevó. Ella sintió cómo se le caía el alma a los pies, porque había pensado que había encontrado algo diferente y valioso en ese tío tan increíble, pero se lo tragó y salió hacia una galería acristalada que rodeaba toda la casa, intentando recuperar un poco la calma.

Estaba lloviendo, pensó en la primera vez que lo había visto, y de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

En un mundo perfecto ella se habría quedado dos semanas más allí, o tres, o el resto del año, o lo habría invitado a Londres. Podrían haber empezado una relación seria, podrían haberse enamorado, haber sido muy felices, haberse comprometido, tenido hijos y vivir como las personas normales, pero no, eso no iba a tenerlo nunca porque su mundo perfecto no existía, los hombres que le importaban solían quedarse con otra que no era ella, y debía empezar a aceptarlo de una puñetera vez.

—¿Dónde estabas? Llevo quince minutos buscándote.

—¿Qué? —se giró hacia su hermano y comprobó que había recorrido varios metros de la galería—. Yo también estaba buscándote.

—¿Qué coño...? —Stellan levantó una mano para hacerla callar y los dos oyeron una discusión muy tensa entre Kirsten y Daniel. Su hermano hizo amago de irse, pero ella lo detuvo por el brazo.

—¿No le habías dicho que eras nuestro hijo? —inquiría Kirsten con voz contenida.

—No.

—¿Te acuestas con ella y no se lo dices?

—¿De qué coño estás hablando?

—Esta misma tarde me contó que había conocido a alguien y que creía que podía llegar a ser importante. Ese alguien eres tú, evidentemente, solo hay que ver cómo se ha puesto al verte aquí y con Lupe.

—Ya basta, no tengo porqué...

—Esa chica es caprichosa, inestable, frágil y vulnerable, cómo la mayoría de nuestros pacientes, es increíble que te relacionaras con ella y encima le ocultaras que eres nuestro hijo, como si no conocieras el material sensible con el que trabajamos aquí.

—Son personas, mamá, no material sensible.

—Esa pobre chica es una bomba de relojería, la han utilizado física y emocionalmente toda su vida, ella cree que es fuerte y autosuficiente, pero es mentira. Es débil, un soplido y colapsará.

—Tú no la conoces, ha ido a tus putas terapias por puro compromiso, no es esa mujer débil de la que hablas.

—La mayor tragedia de la señorita Erikson es ser tan guapa y deseable que todo el mundo hace lo que sea por tenerla, por llevársela a la cama o por conseguir su atención, y ella ha aprendido a relacionarse así con los demás, a través de su sexualidad, y tú, mi inteligente hijo, has hecho lo mismo que los otros hombres de su vida, utilizarla, porque tu deseo primó a su bienestar.

—No ha sido así...

—Giselle Erikson es un ser al que hay que reconstruir desde los cimientos, una causa perdida, y no quiero que te acerques nunca más a ella, jamás podrá darte una relación normal y estable. No puede, no sabe y nunca podrá, lleva demasiado tiempo fuera de control, tiene la cabeza y los principios trastocados, es un desastre, te volverá loco y no pienso consentirlo, así que ahora mismo te despedirás de ella para siempre.

—¡Vamos! —ordenó de pronto Stellan y ella se dio cuenta de que estaba paralizada y llorando como una idiota. ¿Cómo su propia terapeuta podía hablar de ella de ese modo?—. Giselle, vamos. ¡Giselle!

—Dios bendito ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

Kirsten Hopper abrió la puerta que daba a la galería y se los quedó mirando con la boca abierta. Daniel apareció en seguida, la apartó y trató de acercarse a ellos, pero Stellan Erikson, que era un tipo enorme de casi dos metros de estatura, y temible cuando se enfadaba, se giró y los señaló con el dedo.

—Como vuelvas a acercarte a mi hermana te rompo la cara, y lo mismo tú,

doctora Hopper, no intentes, nunca más, acercarte a nosotros o te demandaré.

Acto seguido miró a su hermana, ella asintió, la abrazó y corrieron juntos hacia el hotel sin hablar, no hizo falta. Llegaron allí, hicieron las maletas y abandonaron *Green Mountain* esa misma noche.

7

—Giselle, quieta, estás espectacular...

Dejó que Charlotte Tilbury en persona le repasara el maquillaje y luego caminó hacia la pasarela intentando no mover las alas, porque pesaban un montón.

Alguien le arregló la vaporosa capa blanca que arrastraría varios metros, le enderezaron el precioso sujetador cuajado de cristalitos, el bikini diminuto, y cerró los ojos. Estaba un año más en el prestigioso desfile de Victoria's Secret, se estaba consolidando como un ángel de la firma, esta vez nada menos que en Nueva York y, sin embargo, seguía todo el espectáculo como si le estuviera pasando a otra persona.

—Doce centímetros de tacón, no lo olvides.

Le dijo alguien al oído y ella avanzó hasta su posición sintiendo la música en directo y los aplausos. De pronto la adrenalina hizo su efecto y se emocionó, dio el primer paso y salió a la luz de los focos sonriendo de oreja a oreja, balanceándose con la pieza más importante del desfile, mientras un ejército de cámaras de televisión y de fotos immortalizaban el gran momento de la noche.

Al llegar a la mitad del recorrido se le ocurrió mover un poco los hombros al ritmo de la música y la gente estalló en una gran ovación que la llevó en volandas al final de la pasarela, donde guiñó un ojo y tiró besos a las cámaras antes de girarse como una campeona para volver hasta la cabecera de la misma, donde se encontró con sus famosas compañeras, con las que posó radiante para dar por acabada una gala mágica que se le había pasado muy rápido después de tantas horas de ensayos y ayunos.

—Hamburguesa, patatas fritas y aros de cebolla, por favor —pidió al camarero del Hotel Plaza, donde se había celebrado el desfile, y su hermano y su madre se echaron a reír— ¿Vosotros queréis algo?

—No, gracias ¿no tenemos que ir ahora al *after party*?

—Seguro que no habrá comida suficiente y me muero de hambre —miró el *backstage* lleno de gente y sonrió a unos invitados famosos mientras se colocaba las zapatillas de deporte—. Ahora me iría gustosa a correr un rato por Central Park.

—Vamos, yo te acompaño —susurró su madre en sueco y se le sentó al lado—. Ha sido un exitazo, tengo mil mensajes de Estocolmo, ¿te ha escrito tu padre?

—Supongo —miró por encima el móvil y vio cuarenta mensajes sin leer, alguno de su padre, que ahora vivía en París con su penúltima (porque nunca había una última) novia—. Sí que me ha escrito.

—Giselle, todo en orden ¿Puedo empezar mi noche libre?, mañana hay que madrugar y... —preguntó Mary, su ayudante (y mejor amiga desde el instituto) y ella le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—Diviértete, cariño, no apagues el móvil y nos vemos mañana.

—Ok, hasta mañana —le dio un beso en la mejilla, se despidió con la mano de todo el mundo y salió corriendo. Giselle miró a su madre y suspiró.

—Princesa, tenemos tu vestido aquí —Julien Macdonald, el diseñador más prometedor del momento, se le acercó con dos de sus ayudantes y el vestido de noche, ceñido y plateado, en una percha.

—No creo que me pueda subir a otros tacones.

—Tenemos unos de ocho centímetros ¿Cuánto mides con solo ocho centímetros?

—Uno ochenta y tres —se apresuró a contestar uno de los ayudantes—. Es perfecto para nuestro largo.

—Ok, estupendo, te lo dejamos aquí. En media hora salimos hacia el *after party*.

—Genial, pero después del *photocall* me largo porque estoy agotada y mañana cojo un avión a las nueve de la mañana.

—Por supuesto, angelito.

El diseñador se fue y ella se comió con ganas la hamburguesa, las patatas fritas y los aros de cebolla, antes de sacarse el albornoz y embutirse el

modelito que le quedaba literalmente como un guante, apenas se podía mover con algo de soltura, pero eso era lo de menos, parecía Rita Hayworth y eso era lo único que le importaba a todo el mundo.

—Hej, älskling —oyó a su espalda y se giró para ver quién la llamaba cariño, en sueco, en pleno Manhattan, y se encontró con su amigo Alex—. El ángel más angelical de todos.

—¡Hola! —se acercó y le pegó un abrazo, él la estrechó contra su pecho y le besó la cabeza—. Madre mía, que bien hueles siempre, señor Skarsgård.

—Lo mismo digo. He visto a tu madre y a Stellan en el bar charlando con unos japoneses.

—Están relacionándose, ya sabes lo entusiastas que son ¿Qué tal estás?

—No tan bien como tú —sonrió con esa dulzura suya y ella ladeó la cabeza—. No me llamas nunca, ¿cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Una semana. No te llamo porque no sé dónde andas metido. He oído que te has echado una novia muy famosa.

—¿En serio?, pues yo no he oído nada.

—Muy gracioso —observó como la cogía por las caderas y la pegaba a su cuerpo con propiedad. Era altísimo y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Hoy no, corazón, estoy en otra dimensión últimamente.

—¿Otra dimensión?, ¿no dejarás que me lleve a la cama a un ángel de Victoria's Secret después del desfile? ¿en serio? Eso es muy cruel.

—Lo siento, pero seguro que tienes otras opciones —se apartó mirando a su alrededor y él sonrió.

—¿Qué pasa?, ¿tienes a otro esperando?

—No.

—¿Entonces?

—Estoy con un nuevo plan de vida que incluye una especie de celibato.

—No, venga, no me pongas más cachondo.

—No, va en serio.

—¿Y eso? —se cruzó de brazos y entornó los ojos.

—Es un programa terapéutico nuevo. He dejado a mi sicóloga de siempre, estoy con una especialista oriental muy buena y trato de sanar muchos aspectos de mi vida, empezando por no irme a la cama con tíos buenos como tú a la primera de cambio.

—¿Qué?

—No soy una adicta al sexo ni nada parecido, no te asustes, simplemente he dado un giro más espiritual a mi vida y estoy fenomenal. ¿Qué tal tú? No paras de trabajar, macho, te veo en todas partes...

—¿Un giro más espiritual?, me parece perfecto, pero los extremismos siempre son malos ¿qué ha pasado?

—Pues... —miró a esa gente tan elegante, tan perfumada, y tan glamurosa que bailaba en el centro del *after party*, y pensó en Kirsten Hopper y en cómo la había definido aquella inolvidable noche en su casa de Portland—. No ha pasado nada, solo he buscado una nueva terapeuta, sabes que siempre he dependido de ellas.

—Y yo que lo siento, simplemente deberías vivir y disfrutar a tope, empezando por venirte conmigo.

—No...

—¡Alex! —unas chicas saltaron para subírsele a la espalda y él se echó a reír con su encanto habitual—. Vamos a una fiesta en casa de Anna Wintour ¿Te vienes, Giselle?

—No, gracias, no puedo, hace dos horas que debería estar en la cama, así que todo vuestro. Bombón —se acercó a ese espectacular dios escandinavo y le acarició la cara antes de darle un beso fugaz en los labios—. Ya tienes plan. Yo, en cuanto esté mejor, te llamo, lo prometo.

Lo dejó debatiéndose entre dos súper modelos y se fue a buscar a su hermano y a su madre, que parecían estar encantados en la fiesta. Se despidió de ellos, llamó a un coche, salió a la calle, donde un par de *paparazzis* le hicieron fotografías, y a los que sonrió amablemente hasta que apareció su transporte, y se subió pensando en lo guapo y sexy que era Alex, un tipo, por otra parte, con el que jamás una se podría plantear una relación seria y estable, que era su gran reto en ese momento.

Cerró los ojos y sintió el agotamiento que llevaba encima. Una semana con

ensayos, sesiones de fotos y entrevistas por el dichoso desfile de Victoria's Secret. Una oportunidad por la que la mayoría de las modelos mataba, pero que a la hora de la verdad era un trabajo duro y extenuante.

Sonrió pensando en su hermana Ingrid, que no podía aceptar aquello de ser modelo como un trabajo de verdad, y quiso verla a ella con tacones y cambiándose de ropa y de maquillaje mil veces al día mientras posabas en eternas sesiones de fotos o cruzabas pasarelas con vestidos que no siempre eran cómodos o bonitos, o que pesaban, como las alas de Victoria's Secret, y pareciendo siempre lozana, fresca y feliz.

Obviamente, aquello no era ir a una oficina de nueve a cinco, estar en un quirófano o picar piedra en una carretera, pero sí era un trabajo serio al que había que sumar, además, interminables horas de vuelo y noches de hotel que acababan por desquiciarte.

—Señorita Erikson, han dejado esto para usted —el recepcionista del hotel le acercó un paquete cilíndrico y ella frunció el ceño—. Las flores, las cestas de frutas y los bombones se los hemos subido a su suite, pero esto lo trajeron hace media hora.

—Gracias. Buenas noches.

Subió al ascensor cada vez más cansada, llegó a la suite y cuando abrió la puerta efectivamente se encontró con montones de rosas y regalos, además de cajas con ropa, zapatos, maquillaje o lencería, que la firma les regalaba por su participación en el desfile.

Entró esquivando la ingente cantidad de paquetes y bolsas primorosas y contestó al teléfono para hablar con su agente.

—Hola, Clare.

—¿Dónde te metes, Gigi?. Te he buscado por todas partes hasta que Alexander Skarsgård me ha dicho que te habías ido a dormir.

—Skarsgård —respondió, pronunciando bien el apellido, y puso el cilindro de medio metro sobre la cama, agarró la parte superior e intentó abrirlo.

—Como sea ¿Estas bien?

—Agotada.

—Lo sé, si quieres cambio la salida de mañana.

—¿En serio?

—Claro, te has portado como una campeona esta semana, te mereces un respiro. Cambio los billetes a las dos de la tarde ¿ok?, luego te mando un mensaje con los detalles de la confirmación, ahora a descansar.

—Gracias, guapísima. Buenas noches.

Tiró de la tapa y volcó el cilindro encima del edredón, de dentro cayó una especie de pergamino pequeñito y la mitad de un lienzo. Lo sacó entero, agarrando el papel más pequeño y lo leyó intentando desenrollar aquello que olía a pintura acrílica, óleo o algo parecido.

“No puedo dejar de pensar en ti. Tenemos una charla pendiente. Estoy en Nueva York, llámame e iré dónde me digas. Daniel Hopper”

El corazón le dio un vuelco, porque hacía casi tres meses que hacía un gran esfuerzo por no pensar en él, y en todo lo que había ocurrido en *Green Mountain*, y miró el número de teléfono sin intención alguna de llamarlo, tiró el papel al suelo y desenrolló el lienzo, que era bastante grande.

—Madre mía...

Susurró, viendo un retrato suyo espectacular, en tonos pastel, que era tan realista que parecía una fotografía.

Aparecía abrazada a uno de los cachorros de Mimi y sonreía al pintor con los ojos brillantes, muy feliz y relajada. Era una obra increíble, pero la soltó como si le quemara y la tiró también sobre la alfombra.

Respiró hondo con las manos en las caderas, intentando relajarse, y se desplomó en la cama con los brazos en cruz, bocabajo, con los ojos cerrados, oyendo en su cabeza otra vez las duras palabras de Kirsten Hopper: “La mayor tragedia de la señorita Erikson es ser tan guapa y deseable que todo el mundo hace lo que sea por tenerla, por llevársela a la cama o por conseguir su atención, y ella ha aprendido a relacionarse así con los demás, a través de su sexualidad... es un ser al que hay que reconstruir desde los cimientos y no quiero que te acerques nunca más a ella, jamás podrá darte una relación normal y estable. No puede, no sabe. Es un desastre”.

Se dio cuenta de que estaba llorando y se giró en la cama para mirar el techo. Hacía tres horas estaba encima de la pasarela más importante del mundo, cerrando el desfile más importante del mundo, siendo a la vez aplaudida,

admirada y deseada por cientos de personas y, sin embargo, ahí estaba, sola en una habitación de hotel, con un vestido carísimo que ni siquiera le gustaba, lloriqueando otra vez por las palabras de esa mujer que no había actuado ni como sicóloga ni como experta, que simplemente se había comportado como una madre neurótica a la que le aterraba que alguien tan horrible como Giselle Erikson se acercara a su guapo y talentoso hijo.

Stellan seguía queriendo denunciarla al colegio de sicólogos y terapeutas de Oregón por su comportamiento, por hablar así de su paciente a una tercera persona, rompiendo un montón de códigos éticos, pero ella no quería remover las cosas. Comprendía que había hablado la madre y no la especialista, y solo necesitaba enterrar el episodio y no volver a pensar nunca más en esa gente.

Lo cierto es que el golpe la había partido en dos y había llorado por la reacción de Daniel, que tampoco había actuado como ella hubiese querido, pero a la mierda con los dos, al menos aquello había servido para dar un giro a su vida y para buscar ayuda en personas que la entendían de verdad. Eso era lo único importante y no pensaba darle más vueltas.

Se levantó de la cama, se sacó el vestido, agarró el lienzo y la nota y los tiró en una papelera, volvió a la cama, puso la tele y se quedó dormida de inmediato.

8

—Me ha mandado ya tres cuadros, no sé si considerarlo acoso.

Su madre miró el lienzo abierto y tomó un sorbo de ponche sin atreverse a opinar. Giselle se cruzó de brazos y observó una vez más esa preciosa pintura de Daniel Hopper, donde ella aparecía de perfil, con el Monte Hood de fondo, con una apacible sonrisa que le daba un aire muy etéreo, muy mágico, y que le había llegado esa misma mañana a su apartamento de Estocolmo.

—Me mandó uno a mi hotel de Nueva York, otro al piso de Londres y este aquí ¿de dónde saca mis señas?

—Pues a mí parece una ofrenda de paz preciosa.

—¿Ofrenda de Paz?

—Te los manda con una nota proponiendo quedar para hablar, es un gesto amistoso, original y muy bonito que deberías tener en cuenta. Queda con él.

—En ninguna nota de las que adjunta pide disculpas, solo dice que quiere hablar. ¿Este tío quién demonios se cree que es?

—Yo lo llamaría y vería de qué quiere hablar.

—Tú es que eres una buenaza, mamá.

—Por una vez en tu vida deberías hacer caso a la buenaza de tu madre, coger ese teléfono y llamarlo. No pierdes nada.

—Fue muy feo lo que pasó en Oregón.

—Han pasado tres meses, no seas tan rencorosa.

—¿Rencorosa yo? ¿sabes acaso...?

—Solo sé que la que soltó pestes por la boca fue su madre, no este chico, así que tampoco es para crucificarlo. Habla con él y zanja el tema de una vez, no seas niña.

La dejó sola en la cocina y ella miró la cantidad de cacharros y platos que

estaban dispuestos para la comida de navidad. Era nochebuena y al día siguiente toda la familia estaría allí para repartir los regalos y ponerse hasta arriba de los manjares navideños preparados por su madre, y por su abuela, que era la que más disfrutaba de las fiestas.

Se acercó al ventanal de la cocina y se quedó mirando la nieve con la mente en blanco. No tenía muchas ganas de pensar, ni de dar más vueltas a lo que había pasado en *Green Mountain*, pero Daniel Hopper se lo estaba poniendo muy difícil si aparecía de cuando en cuando con sus paquetes cilíndricos y sus lienzos. Era un pesado tocapelotas y estaba empezando a enfadarse.

Agarró el teléfono móvil, buscó el papelito dónde venía su número y lo marcó suponiendo que estaría en Portland en navidad.

—Soy Giselle Erikson.

—¿Giselle? —preguntó con esa voz serena y ella sintió un pequeño pellizco en el estómago.

—Esta mañana he recibido tu tercer cuadro y quiero que me digas ahora mismo de dónde sacas mis direcciones y mi paradero. ¿Cómo sabías que estaba en Suecia?

—¿Qué tal estás?

—Contesta a mi pregunta.

—En tu ficha de *Green Mountain* aparecen todos tus datos y direcciones...

—¿Has robado información confidencial?

—Técnicamente no, porque soy yo el que lleva todo el archivo digital del complejo.

—La madre que te...

—Y saber tu paradero es solo cuestión de lógica —interrumpió.

—¿También mi hotel de Nueva York?

—Mi hermana era una de las productoras del desfile de Victoria's Secret y me dijo dónde alojabais las modelos.

—Muy bonito.

—Es la verdad.

—No sé si creerte.

—No tengo por qué mentir.

—No sé, a mí me parece que sueles mentir con facilidad.

—Yo nunca te he mentado, simplemente no te conté quienes eran mis padres, un dato personal que no suelo contar a ningún huésped de *Green Mountain*, y que existía Lupe, pero esa es otra cuestión.

—¿Otra cuestión?

—Giselle, tú eres una chica famosa, liberal y adulta, que iba a dejar Portland en dos o tres semanas, no tenía por qué contarte nada de mi vida personal.

—Yo a ti te conté cosas que no le he dicho a nadie.

—Esa fue tu elección, yo no te presioné...

—Vaya, que fácil es verlo así.

—Solo digo lo que pasó.

—En fin, no pienso discutirlo contigo. Solo te pido que dejes de enviarme cuadros porque los rompo todos, así que no malgastes tu tiempo conmigo.

—No me importa si los rompes, solo necesito que sepas como te veo yo.

—Ok, adiós.

—¿Pode...?

No lo dejó acabar y colgó lamentando haber llamado sin pararse a pensar que ahora, encima, iba a tener su número de teléfono personal porque había olvidado activar el sistema de llamada anónima. Una auténtica y soberana gilipollez.

9

—Hogar dulce hogar...

Oyó la voz y antes de poder enderezarse y reaccionar, sintió a Robert pegado a su espalda, sobándose contra su trasero y besándole el cuello con la boca abierta. Se puso tensa, se dio la vuelta con violencia y lo apartó de un empujón.

—¡No me toques!

—No te pongas así, palomita, solo estoy saludando.

—Aléjate de mí.

—Gigi...

Ella apartó la mirada de ese ser repugnante que tenía delante y luego la desvió hacia los guardias de seguridad del hotel que los observaban con atención, respiró hondo y giró hacia los ascensores para subir a su suite antes de acabar montando un escándalo en público.

—Solo quiero hablar contigo —le cortó el paso y ella se cruzó de brazos—. Tenemos muchos temas pendientes.

—Creo que voy a contratar escolta privada.

—Cuando estabas conmigo no la necesitabas.

—¿Qué tal está tu mujer, Robert? ¿ya ha dado a luz?

—Le queda muy poco, gracias por preguntar —se le acercó y ella retrocedió—. Te echo de menos y sé que tú a mí, no me hagas perder más el tiempo y subamos a la habitación ¿quieres?

—¿A mi habitación?

—¿Te estás haciendo la dura conmigo? Porque los dos sabemos adónde nos llevará esto.

—No voy a acostarme contigo, gilipollas ¿de qué vas?

—No te comportes como una cría caprichosa conmigo, Giselle, conmigo no. Entra al puto ascensor y subamos a tu suite ¡Ya!

—Eres lamentable —dio un paso atrás y lo observó con desprecio de arriba abajo. En realidad, nunca se había fijado en lo poco atractivo que era, con ese aspecto descuidado y decadente de un hombre que había vivido demasiado y demasiado mal—. ¿Ya te has tomado la Viagra y por eso te alteras tanto?

—Contigo no necesito la Viagra, palomita, sabes que me pones cachondo nada más verte. Vamos —la sujetó por la cadera, deslizó la mano y le apretó el trasero con violencia—. Te voy a follar hasta que...

—¡Suéltame!

—¡Giselle! Quieta, estás montando un numerito.

—¡Que no me toques, imbécil!

Lo empujó con las dos manos, él trastabilló y se recompuso con una cara de furia total. Nunca le había pegado, pero muchas veces había estado a punto, y ella había llegado a disfrutar de esos ataques de ira que siempre terminaban con unos encuentros sexuales extremos y duros de los que salía sintiéndose fatal.

—¡¿Qué ocurre aquí?!

La voz le pareció ajena en ese lugar y en ese momento, y se volvió hacia ella con el ceño fruncido, para mirar a la cara al hombre que de repente se puso delante de Robert Sarkisian con una autoridad inaudita.

Era alto, moreno y joven. Era fuerte y resuelto, era Daniel Hopper en persona, y observó con perplejidad como enfrentaba a Robert y éste retrocedía intimidado y completamente sorprendido.

—¿Qué te pasa, capullo? ¿no te das cuenta de que quiere que la dejes en paz?

—¿Y a ti quién coño te ha dado vela en este entierro?. Te estás confundiendo, amigo, y es mejor que no te metas dónde no te llaman. Giselle, ven aquí.

—Él único confundido aquí eres tú, amigo —recalcó la última palabra y estiró la mano hacia atrás para cogerla del brazo antes de girarse y mirarla a la cara— ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Conoces a este payaso? ¿te estás acostando con él? —chilló Robert y el gerente del hotel, acompañado por dos guardias de seguridad, se les acercaron muy serios—. Serás zorra, Giselle.

—¡¿Qué?!

Se adelantó para abofetearlo, pero no hizo falta porque Daniel fue más rápido, se volvió veloz y le asestó un puñetazo en plena cara que lo tiró al suelo de espaldas. Todo el *hall* del hotel ahogó un grito y los guardias lo contuvieron mientras alguien atendía a legendario Robert Sarkisian, que era incapaz de ponerse de pie sin ayuda.

—¡Soltadlo!, es mi novio y ese hombre me ha faltado al respeto no sé cuántas veces en cinco minutos —empujó a los guardias de seguridad y se agarró al brazo de Daniel—. Sacadlo de aquí si no queréis que llame a la policía y empiece a poner denuncias a todo el mundo.

—Señorita Erikson... —intervino el gerente.

—No sé cómo permite la entrada de ese individuo para que me acose en su hotel. Échelo a la calle o le juro por Dios que los demandaré y se enterará toda la prensa del país.

—Ahora sí que te vas a enterar, Giselle, ahora sí que voy a ir contra ti con todo lo que tengo. Venía en son de paz, pero tu amiguito acaba de cagarla medio a medio —chilló Robert, rojo por el esfuerzo—. Te voy a arruinar la vida.

—Señor, por favor —observó cómo lo sacaban a la calle, respiró hondo, porque estaba temblando como una hoja, y buscó los ojos oscuros de Daniel.

—¿Estás bien?

—Yo sí ¿y tú?

—Vamos... —lo agarró de la mano y se acercó a los ascensores, esperó con calma a que llegara uno, entró y se apoyó contra la pared metálica guardando silencio hasta que se cerraron las puertas— ¿Qué coño estás haciendo en Nueva York?

—Trabajo aquí.

—¿Ah sí? ¿desde cuándo?

—Diciembre.

—¿Y cómo sabías que yo estaba aquí?

—Leo la prensa, Instagram y tus redes sociales.

—No sé qué contestar a eso —lo calibró con los ojos claros entornados y él le sostuvo la mirada con serenidad y cara de inocente—. Gracias por intervenir, se me estaba llendo de las manos.

—Lo sé, es un tipejo peligroso.

—De lo peor —llegaron al *penthouse* dónde estaba su suite, salió al rellano, se dio la vuelta y lo miró.

—Estoy en Manhattan, vivo en el Midtown, puedo llegar dónde quieras en seguida, y lo haré si me llamas para hablar conmigo. Es lo único y lo último que te voy a pedir, Giselle, lo prometo.

—Bueno, ya que estás aquí ¿por qué no pasas y acabamos con esto? —soltó por impulso, y aún un poco conmocionada por la escena con Robert, y él asintió—. Mary, mi ayudante, se ha ido de compras y como habrás podido comprobar estoy sola. Es un buen momento para hablar.

—Muy bien, gracias.

—¿Quieres tomar algo?, ¿hielo para la mano? —observó de reojo como él se masajeaba los nudillos y tiró el abrigo y el bolso encima de un sofá.

—No, gracias.

—Yo me voy a tomar algo —puso el calentador del servicio de té y esperó a que estuviera listo para servirse una infusión. No quería admitirlo, pero había pasado miedo de verdad con Robert, que era capaz de violentarla sin mucho esfuerzo.

—¿Siempre se ha comportado así contigo?

—¿Robert?, no, no siempre, pero sí muchas veces, en cuanto no podía controlarme montaba en cólera y...

—¿Y tú cedías?

—A veces sí, a veces no.

—¿Y hoy hubieses acabado cediendo?

—Ya ves que no, pero... en fin, no es asunto tuyo. Dime de qué querías hablar conmigo.

—Hombre, está claro. Tu salida de *Green Mountain* no fue la más amistosa, ni la más agradable, y apenas puedo dormir desde entonces.

—Tú no tuviste toda la culpa.

—No, pero lo que haga mi madre, en parte, me hace sentir responsable.

—Mira, ¿sabes qué?, ya tengo olvidado todo aquello, me jodió, por supuesto, no estoy acostumbrada a abrirme a nadie y resulta que para una vez que lo hago de verdad, las dos personas en cuestión me fallan, pero no quiero, ni puedo, dar más vueltas al tema.

—Yo nunca traicioné tu confianza... espera —la vio sonreír y levantó una mano—. No te dije que mis padres adoptivos eran los Hopper porque no suelo decírselo a nadie en *Green Mountain*, los huéspedes entráis y salís, y a nadie le interesa saber quién soy o qué hago allí.

—Te estabas acostando conmigo.

—De forma completamente libre y saludable, no había nadie más que tú y yo allí, daba igual quienes fuéramos en nuestra vida normal.

—Esa era mi vida normal, tal vez la tuya no, pero la mía sí, y encima te conté cosas muy íntimas.

—Tienes toda la razón, me equivoqué y lo siento mucho. Yo tengo mis motivos, que son los que acabo decir, pero me equivoqué al no hablar claramente contigo. Lo hice muy mal y me arrepiento muchísimo, pero ya no puedo cambiar lo que pasó, solo puedo pedirte perdón e intentar enmendar de algún modo el daño que te pude hacer.

—Bueno...

—Mis hermanos y yo odiamos *Green Mountain*, colaboro con Kirsten y Bob porque me dejan tener allí mi taller y porque me gusta estar en el rancho, pero la pura verdad es que no llevo demasiado bien el trato con sus pacientes y mucho menos que esos pacientes sepan quién soy, prefiero mantener mi anonimato y así el trato funciona bien, bueno, funcionaba bien hasta que te conocí a ti.

—Solo bastaba decirlo con naturalidad, a mí me hubiese dado igual que fueras su hijo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, no es que sean el rey y la reina de Inglaterra —sonrió y él relajó los hombros e iluminó toda la suite con esa sonrisa cálida y preciosa que tenía.

—Lo gestioné fatal, lo siento.

—Lo peor es que me dejaste hablar pestes de ellos en tu cara.

—Mucha gente lo hace, no te preocupes.

—Me dio mucha vergüenza, aunque más vergüenza me dio oír a tu madre definirme como una mujer caprichosa y llena de problemas, un desastre, alguien al que no debías acercarte nunca más.

—Ella es dramática y exagerada, pero esa noche rebasó todos sus límites. Lo siento mucho.

—Ok, muchas gracias por insistir en mantener esta charla, te lo agradezco mucho, pero tengo un compromiso y en media hora vendrán mi estilista, mi ayudante y...

—Gracias por escucharme. Necesitaba hablar mirándote a los ojos y pedirte disculpas, o iba a acabar pegándome un tiro.

—No será para tanto.

—Aún no me puedo creer que alguien como tú estuviera conmigo, seguro que todo fue producto del aislamiento y tu cabreo constante por tener que quedarte allí, pero...

—No soy una extraterrestre, Daniel, estuve contigo porque me gustabas mucho y porque apareciste en el momento oportuno.

—Tú eres quién eres y yo soy quién soy, no soy idiota.

—Empiezas a tratarme como lo hace todo el mundo y voy a cabrearme de verdad.

—Ok, lo siento, solo intento ser sincero.

—Casi todos los hombres me tratan como a un artículo de lujo al que conseguir tirarse se convierte en el mayor logro de sus vidas, y ya sabes lo que opino al respecto.

—Yo no soy como los demás.

—Me alegro por ti —le sostuvo la mirada y suspiró— ¿Cómo está Lupe?

—La misma noche que te marchaste de *Green Mountain* rompimos, fue consciente de que esta vez era diferente y de que tú no eras una aventura más.

—¿O sea que no era la primera vez?

—No.

—... —guardó silencio sin saber qué decir y él dio un paso al frente.

—Tarde o temprano iba a ocurrir. Giselle... —hizo amago de tocarla y ella lo esquivó.

—En serio, tengo un evento dentro de dos horas y...

—¿Cómo estás? —buscó sus ojos y ella respiró hondo.

—¿Que cómo estoy?, estoy mejor. De hecho, gracias a las palabras de tu madre me he replanteado mi vida, he hecho algunos cambios y me siento muy bien así. No estoy de acuerdo con ella en muchas cosas, como en esa idea absurda que tiene de que utilizo mi sexualidad para relacionarme con los demás, eso es falso, injusto y deja claro que no me conoce en absoluto, pero, aparte de eso, presté atención y tomé nota. Cómo dice mi abuela: “no hay mal que por bien no venga”, y lo que opina Kirsten sobre mí me humilló y me hizo daño, pero acabó por despertarme.

—Siento tanto...

—¡Giselle! ¿estás bien?, el conserje me ha dicho que... —Mary entró sofocada en el saloncito y se los quedó mirando indistintamente—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, no te preocupes. Este es Daniel Hopper, el hijo de mi terapeuta de *Green Mountain*, pero ya se iba.

—Me dijeron que Robert...

—Sí, se comportó como un cerdo, pero afortunadamente Daniel andaba por aquí y me echó un cable.

—Gracias a Dios, vaya susto, tu hermano me dijo que si lo veíamos por Nueva York le avisara.

—Dejemos a Stellan en paz, ¿a qué hora viene el coche?

—Dentro de dos horas, los chicos están subiendo con la ropa y el calzado.

—Estupendo, acompaña a Daniel a la puerta, por favor, voy a darme una ducha.

—Claro —Mary miró a Daniel y él frunció el ceño un poco desconcertado—. Después de ti.

—Me ha alegrado verte, Giselle, y gracias por la oportunidad, ya sabes, de hablar.

—De nada, gracias a ti y saluda a tus padres de mi parte. Adiós.

—Ok, pero...

Lo dejó con la palabra en la boca, se metió en el dormitorio y cerró la puerta con el corazón encogido. Odiaba comportarse como una diva insufrible y distante, pero a veces no había otra opción.

10

—El libro se va a retirar, es injurioso y atenta contra la intimidad de mi hermana, cualquier juez...

—Hemos pagado una fortuna al señor Sarkisian por sus memorias —interrumpió el abogado de la editorial y Giselle lo miró por primera vez a la cara—, y lo hemos hecho después de estudiar minuciosamente las implicaciones legales.

—No sé qué implicaciones legales habéis estudiado, pero está claro que estáis cometiendo una cagada monumental.

El carísimo abogado que habían contratado para ocuparse del dichoso y vergonzoso libro de memorias de Robert Sarkisian, se estiró en la silla y miró a los representantes de la editorial arqueando las cejas.

—Confiesa un delito de estupro que, ya que él saca a la luz, nosotros llevaremos a los tribunales.

—En la mayoría de los países el delito prescribe cinco años después de que la supuesta víctima haya cumplido los dieciocho años y, en este caso, la supuesta víctima cumple hoy, precisamente, los veintisiete. Felicidades, señorita Erikson.

—Será hijo de puta —exclamó Stellan en sueco y todos lo miraron frunciendo el ceño, sin entender lo que estaba diciendo.

—Depende de dónde presentemos la demanda.

—Eso ya no es asunto nuestro, nosotros publicamos libros y este no lo vais a parar.

—Embargaremos la publicación y tendrás que comértelo con patatas, Charles, es una vergüenza.

—¿No os importa publicar a un abusador de menores? —preguntó su hermano y el editor se encogió de hombros.

—Ha jurado ante notario que fueron relaciones consentidas, de hecho, según él, se extendieron durante diez años.

—¿Relaciones consentidas por una persona en plenas facultades emocionales y síquicas?, porque cualquier siquiatra forense lo pondría en duda, teniendo en cuenta la relación de sometimiento y control que ese hijo de la gran puta mantenía conmigo desde que yo tenía dieciséis años.

Al fin se decidió hablar, se puso de pie y miró a todos los presentes con los ojos entornados. La mayoría eran hombres y no se atrevieron a mirarla a la cara.

—Intentad sacad el puñetero libro y yo os freiré a demandas, me da igual ganarlas o perderlas, mi objetivo ahora es hundir vuestra reputación —miró hacia la ventana y vio que estaba despejado y ventoso, un típico y precioso día primaveral en Londres—. Unos editores que publican literatura infantil y que, sin embargo, no dudan en publicar las memorias de un degenerado, de un abusador de menores confeso. Buenas tardes.

Salió de la sala de reuniones con mucha energía y miró a Mary para que la siguiera. Stellan salió detrás de ellas y cinco minutos después su equipo jurídico, que entraron en el ascensor sonriendo de oreja a oreja.

—Acaban de pedir calzoncillos limpios para todos —bromeó Ted Harrison y ella movió la cabeza—. Has estado brillante, Giselle.

—No lo pretendía, solo pretendo que se jodan por gilipollas. Menuda banda de impresentables.

—El juez Tommilson parará la tirada, no llegarán a las librerías, ni a las plataformas digitales.

—Vale y si no, los destrozaremos igualmente —Stellan asintió saliendo del edificio y ella se despidió de los abogados viendo llegar su coche, aunque antes se detuvo porque Ted Harrison la sujetó por el codo.

—Giselle, feliz cumpleaños.

—Muchas gracias, qué amable.

—Me gustaría invitarte a cenar —sonrió muy seductor y ella se quedó pensando en que, efectivamente, se daba un aire a John John Kennedy. El fallecido hijo del presidente estadounidense que, a ojos de Mary, era clavado a su elegante

letrado—. Podemos ir en el helicóptero del bufete donde quieras, me han dicho que te encanta Roma, puedo recogerte en tu casa dentro de una hora.

—Muchas gracias, pero ya tengo planes.

—No va contra ningún código de conducta que tu abogado te pida una cita.

—Solo he dicho que tengo otros planes.

—Lo sé, pero... —la observó con ojos brillantes y sin querer desvió los ojos hacia su blusa de seda abierta hasta el tercer botón, gesto involuntario que ella se tomó fatal—. Estoy prendado de ti desde que te vi jugar en Wimbledon hace diez años, tengo derecho a intentarlo.

—¿En serio?, ¿de verdad estás intentando ligar conmigo después de lo que he tenido que oír allí arriba?. Joder, tío, espero que seas más hábil litigando. Adiós.

—Giselle.

Susurró y ella le dio la espalda para subirse al coche. Seguro que era la primera vez que a ese niño bonito de Cambridge lo rechazaban, pero no le importó lo más mínimo. Era increíble que le saliera con eso en un momento así y lo quiso estrangular.

—¿Te ha pedido una cita? —interrogó Mary y ella asintió poniéndose el cinturón de seguridad.

—Puedo pedir un cambio de abogado —comentó Stellan abriendo su portafolios.

—No, déjalo, me da igual, dicen que es el mejor en su campo. ¿Nos vamos a comer?

—Tu madre e Ingrid están en Kensington de compras y en media hora nos esperan en el restaurante de Harrods.

—¿Vamos a comer en Harrods? —interrogó su hermano frunciendo el ceño y ella sonrió.

—A mamá le encanta comer allí y a mi me da igual.

—Ok, pues como unos putos turistas. Genial.

—No seas cascarrabias.

—Es nuestro cumpleaños, Gigi, podríamos haber escogido un sitio con más

glamur.

Giselle le acarició la pierna y se concentró en mirar el atestado tráfico de la City de Londres, dónde estaba la dichosa editorial que le había comprado a Robert Sarkisian los derechos de sus memorias.

“Sus memorias”, era de una arrogancia tal escribir unas memorias a los cincuenta y tres años, y sin haber hecho nada considerable en la vida, que se había reído un buen rato cuando la llamó para contarle el asunto, sin embargo, la risa se había desvanecido cuando dos semanas después su agente se había enterado de que el libro en realidad hablaba sobre ella, su carrera y su jugoso romance, que había empezado cuando no era más que una cría.

Robert, divorciado, casado con una nueva esposa de veinte años, padre ya de cuatro hijos y en la ruina total (o eso decía) después de que ella lo apartara de su vida y de sus negocios, había optado por contar con pelos y señales su historia de amor, su despertar al sexo de la mano de un tipo maduro y experto como él, sus encuentros sexuales, a veces salvajes y en público, sus peleas, sus reconciliaciones, sus distanciamientos, sus romances con otros hombres famosos, la relación con sus padres... en resumen, se atrevía a hablar de ella casi en primera persona y la dejaba como una loca obsesiva y vengativa que lo había abandonado en la cuneta cuando él se había enamorado de otra mujer.

El primer manuscrito había llegado a sus manos y casi vomita leyéndolo, lo que provocó que emprendiera acciones legales inmediatas contra él.

Por su parte Robert, que empezó a salir en la prensa y en la tele adelantando el contenido del libro, la presionó para quedar y le dijo mirándola a los ojos que había decidido vender sus memorias después de cómo lo había humillado en Nueva York, cuando ese novio suyo lo había insultado y dado un puñetazo en el *hall* de un hotel. Eso había propiciado su venganza, pero estaba dispuesto a retirar el manuscrito si se desnudaba y le hacía una buena mamada esa misma tarde en su casa.

—Iba en son de paz a Manhattan, palomita —le dijo mirándola de arriba abajo—, pero el imbécil que te tiras metió la pata y tú no me diste mi lugar. ¿No sabe acaso ese gilipollas quién soy yo?

—¿Y quién eres tú?

—Lo sabes perfectamente. Venga, ábrete la blusa y enséñame lo que tienes para

mí, seguro que te has puesto lencería de chantilly ¿verdad, princesa? Siempre te ha encantado calentarme en público.

—Mira, Robert, he venido para que intentes razonar, pero como veo que sigues siendo un capullo integral, te advierto de que mis abogados no permitirán que saques tu libro, tendrás que devolver el adelanto a la editorial y si no lo haces, te arruinaré igualmente, porque te demandaré por injurias, calumnias y por intromisión a mi intimidad, por cientos de miles de libras, tú eliges.

—Si nos vamos ahora a tu casa, te desnudas y me haces una buena mamada, estoy dispuesto a reconsiderarlo. Después nos vamos una semanita a Dubái, me compensas por todos estos meses en el dique seco y en paz.

—Tú a lo tuyo ¿no? ¿Qué piensa tu mujercita de todo esto?

—Ella no opina, no todas las mujeres son unas zorras manipuladoras y marimandonas como tú, Giselle.

—Mmm, genial.

—Dame lo que quiero, y tú deseas más que a nada en el mundo, y ya hablaremos del puñetero libro.

—Estupendo, o sea: una mamada, una semana de desenfreno en Dubái y supongo que también dinero.

—Eso es, chica lista, primero voy a follarte hasta que me aburra, y después te diré la suma que vas a ingresar en mi cuenta sin rechistar, o tendrás que atenerte a las consecuencias y ver como todo el mundo lee los detalles más íntimos y escabrosos de tu puta vida.

—Gracias. ¿Lo tienes todo, Jeff? —se puso de pie y buscó con los ojos a Jeff Peters, el detective privado que había contratado el bufete para el caso. El chico, que estaba justo en la mesa de al lado, también se levantó y asintió con una media sonrisa—. Perfecto, esto va a quedar genial en los tribunales, Robert. Adiós.

—Ningún tribunal aceptará una grabación hecha de forma ilegal, no seas estúpida, Giselle.

—No importa, la adjuntaremos igualmente, aunque antes, gilipollas, la haré pública en todas partes. Serás *trending topic* en el mundo entero y a ver cómo se lo explicas a tu mujer y a tus hijos.

Acto seguido salió del restaurante muy satisfecha y sus abogados fueron a saco contra él, aunque él los ignoró y, lo peor de todo, no informó de sus intenciones a la editorial y a última hora, a una semana de que el libro saliera a la calle, habían tenido que mantener una reunión con ellos para intentar llegar a un acuerdo. Desde luego, Robert Sarkisian las había cagado de todas, todas, y ahora su editorial tenía un marrón encima que no sabían cómo solucionar.

—Perfecto, Jason ya ha embarcado —comentó Stellan llegando a Harrods y Giselle le prestó atención—. Mañana por la mañana lo tendremos aquí.

—¿Y qué opina Andrew de que venga? —preguntó Mary.

—Está un poco celosillo, pero, por otra parte, le pone un montón conocer a mi ligue americano. Seguro que se caen genial.

—Vaya, qué suerte, Dave a mí me mataría.

—¿Jason? ¿qué Jason? —preguntó Giselle entrando en el elegante centro comercial.

—El de *Green Mountain*.

—¿Viene a Londres?, no me habías contado nada —de inmediato pensó en Daniel y sintió un pellizco en el estómago.

—Sí, viene a montar la exposición de un amigo y le he ofrecido quedarse en mi casa.

—¿En serio?, vaya, pues me gustaría saludarlo.

—Organizaré algo para que lo veas. Mirad, allí están esas dos.

Levantó la cabeza para saludar a su madre y a su hermana, y recordó una vez más los ojos oscuros, la piel tostada y la sonrisa cálida de Daniel Hopper, del que no había vuelto a tener noticias desde su último encuentro en Nueva York, hacía ya tres meses.

Tras el incidente con Robert, su charla y todo lo que habían aclarado, no había dejado de pensar en él ni un solo día. Ni uno solo, y le gustaba recordar la intimidad y la buena energía que habían compartido.

Ya no quería acordarse de su madre y de su dura salida de la clínica, prefería no pensar en eso, y había decidido recordarlo con ternura y algo de añoranza porque ese tío, tal vez, había sido el único hombre en muchos años

que le había removido un montón de cosas, y no eran cosas físicas, que también, sino otras cosas muchísimo más importantes y que la habían hecho, a pesar de todo, muy feliz.

11

Salió de Green Park, donde las hamacas estaban ya llenándose de gente para comer tomando el sol, y cruzó Picadilly a las malas, no esperó el semáforo y se metió corriendo en Mayfair para callejear un rato antes de entrar en casa. Había salido a hacer *footing* sola hasta Westminster y había vuelto con los cascos puestos, muy relajada, porque hacer ejercicio era lo único que la salvaba de toda esa locura que la rodeaba.

Estaban acabando mayo y la agenda la tenía repleta de compromisos, también familiares, porque estaban organizando una gran fiesta de cumpleaños para su madre en julio, en Estocolmo, y aquello ya parecía una boda real con tantos preparativos y tantos invitados, encima lo del puñetero libro de Robert, y la prensa, que ya empezaba a acosarla para interesarse por su opinión al respecto.

—Hola —se detuvo a dos calles de su casa para contestar a su abogado, paró el cronómetro y se dobló para intentar recuperar el ritmo respiratorio.

—Giselle ¿te pillo en mal momento?

—No, vengo de correr, dime —levantó los ojos y se fijó en el local donde se había detenido: una primorosa galería de arte de esas que se veían de tanto en tanto por las calles de Mayfair.

—Han paralizado la publicación del libro, se ha embargado la primera edición en papel, la digital y hemos pedido la destrucción de los ejemplares y del manuscrito electrónico.

—¿En serio? —sonrió y se asomó para mirar los cuadros que se vislumbraban a través del enorme y precioso ventanal de la galería—. Me alegro mucho.

—Es una noticia maravillosa, ese tipo no se podía salir con la suya. El informe de los peritos es demoledor, conminan a que se retiren los capítulos dedicados a ti si quieren publicar la biografía, pero si los retiran no queda libro, así que no ha habido dudas por parte del juez, tampoco por parte de la editorial, que

ahora mismo está cortando cabezas a diestro y siniestro.

—Vaya, muchas gracias y enhorabuena.

—Ahora llamo a tu hermano.

—Mil gracias, en serio, es gran un alivio.

—Lo sé... Giselle, deberíamos celebrarlo.

—Claro, claro, díselo a Stellan y lo organizamos, ahora estoy hasta arriba de... un momento... —de pronto vio dos cuadros que le sonaron un montón y no pudo evitar abrir la puerta y entrar en la galería para comprobar de qué iba la exposición que anunciaban en la puerta—. Tengo que dejarte y mucha gracias otra vez.

—Gise...

Oyó que decía Ted Harrison, pero no le importó, le agradecería eternamente que retiraran el libro y todo lo demás, pero en ese momento no podía pensar en eso.

Entró en el local, que olía a vainilla y estaba fresquito y bien iluminado, y se acercó a dos de los cuadros que presidían la exposición.

—Lo siento, señorita, pero la inauguración es esta tarde. Mañana estaremos abiertos al público.

—¿Eh?, perdón, lo siento, yo... —se sacó las gafas de sol y miró a la encargada con cara de disculpa, descubriendo que estaba rodeada de cuadros de Daniel Hopper—. ¿Quién es el artista?

—Es un artista estadounidense, desconocido aún en Inglaterra, pero, como le digo, no inauguramos hasta esta tarde. Mañana, si quiere, será un placer recibirla.

—Son de Daniel Hopper ¿verdad?

—¿Lo conoce?

—Sí y me encanta —se giró buscando algo concreto y vio dos acuarelas donde aparecía ella, una de perfil y otra de espaldas, y el corazón le dio un vuelco.

—¿No tiene invitación para la inauguración?

—Lamentablemente no, ¿puede darme una?

—Es una inauguración privada, pero si me deja sus datos, y tenemos un hueco, podría avisarle para hoy o para que venga a visitarnos otro día.

—Estupendo, vivo aquí al lado, así que puedo pasarme en cualquier momento.

—Me dice su nombre y un email de contacto, por favor —sacó un boli y miró su carpetita.

—Giselle Erikson y mi email es...

—¿Giselle Erikson? —la chica la miró con atención y movió la cabeza con una sonrisa—. Claro, lo siento, señorita Erikson, no la había reconocido.

—Ya, con estas pintas —se miró la ropa de deporte y se tocó la gorra—. Vengo de correr y ha sido una gran sorpresa ver por casualidad los cuadros de Daniel Hopper aquí.

—Es un artista maravilloso, estamos muy ilusionados con ser los primeros en traerlo a Londres y, no se preocupe, la anoto en la lista invitados, será un placer que venga esta tarde con un acompañante.

—Mil gracias ¿Está Daniel en la ciudad?

—No me han confirmado nada, pero en principio creo que no, él vive...

—En Nueva York, lo sé, muchas gracias. Nos vemos esta tarde.

Salió de la galería muy animada y se puso en marcha para volver a casa y anular todo lo que tenía para esa tarde. No pensaba perderse la inauguración y quería comprar algunos cuadros. Él no lo sabía, pero ella había recuperado los retratos que le había enviado hacia meses y los tenía enmarcados en su dormitorio. Le encantaba verlos, le encantaba como la había pintado, y se había convertido en su mayor fan.

—No me puedo creer que no me hayas dicho que Daniel Hopper exponía aquí, a dos manzanas de mi casa, y que vengas a la inauguración sin avisarme.

—¡¿Qué?! —Stellan dio un salto y se giró hacia ella abriendo mucho los ojos—
¿Qué haces tú aquí?

—Me enteré por casualidad de lo que estaba pasando y conseguí un par de invitaciones.

—No pensé que te interesara nada de ese tío.

—No soy rencorosa y en Nueva York me dio una explicación plausible. Ya no

estoy enfadada con él y me gusta mucho su trabajo. Hola, Andrew.

—Hola, Gigi, estás espectacular, como siempre.

El novio de su hermano la miró de arriba abajo y le dio un beso en la mejilla. Lo cierto es que se había cambiado dos veces de ropa antes de decidirse por un sencillo vestidito de cóctel, y no se podía creer lo nerviosa que estaba.

En teoría, Daniel Hopper ni siquiera estaba en Londres, pero la sensación de tenerlo cerca había ido en aumento desde que había visto la galería y tenía mariposas en el estómago, lo cual era muy agradable. Miró a Mary y le acarició el brazo antes de dejarla con su hermano y con Andrew para ir a ver sola y tranquilamente los cuadros de la segunda planta que, según el catálogo, eran los más grandes y valiosos de la exposición.

Llegó arriba, la chica de la mañana la saludó con mucho aspaviento, le puso una copa de champagne en la mano y le agradeció que diera algo de publicidad al evento. Una petición directa y honesta que no dudó en satisfacer, porque, aun en contra de todos sus principios, se hizo un *selfie* junto al cartel de la muestra y lo colgó en su Instagram saltándose a su *community manager*, a Mary, a su agente y a todos los demás.

—Vaya, es precioso.

—Aún no tengo ofertas sobre él.

—Apúntame a mí, Grace, por favor, y el vertical de la escalera —asintió, mirando el cuadro de dos por dos que era un hermoso paisaje del bosque que rodeaba *Green Mountain*, por el que había corrido tantas veces y donde había tenido un inolvidable encuentro romántico con Daniel, y suspiró—. Me encanta.

—Perfecto.

—Voy a repasar los otros una vez más y... —miró el reloj, ya llevaba una hora y media ahí y ya era más que suficiente—, y me voy. Se me ha hecho un poco tarde.

—Tenemos una cena ahora en Covent Garden, si quieres venir, estaríamos encantados...

—Mil gracias, pero no puedo, mañana cojo un avión muy temprano.

—Muy bien, te dejo sola.

—Gracias, Grace.

Caminó hacia el final de ese enorme salón, que ocupaba toda la segunda planta del local, para mirar otra vez dos cuadros que le gustaban, y se entretuvo en una obra de las grandes, que era un maravilloso paisaje de Manhattan, muy realista, que se imaginó presidiendo su despacho de la fundación.

Era espectacular, te hipnotizaba y no te podías separar de él. Respiró hondo y siguió admirando los detalles, percibiendo que alguien se había acercado y se estaba mostrando tan interesado como ella en la obra, así que decidió moverse y bajar corriendo a buscar a Grace, pero no pudo, porque la voz suave y con acento estadounidense que le habló desde su derecha la dejó clavada en su sitio.

—Es el más nuevo y no sé si es de mis favoritos.

—Pues a mí me encanta.

Movió la cabeza y le sonrió. Daniel Hopper, vestido con vaqueros, una camiseta beige y una chaqueta de punto del mismo color, la miraba con las manos a la espalda.

Sus preciosos ojos oscuros, su sonrisa cálida y acogedora, el pelo suelto y revuelto, y esa actitud suya tan serena, que la dejó de inmediato fuera de juego. Dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Qué hace Giselle Erikson con una copa de champagne? —estiró la mano y se la quitó.

—No sé, me la dieron cuando llegué y no supe dónde dejarla —observó como la ponía en el poyete de la ventana y suspiró—. Qué alegría verte, todo el mundo pregunta por el artista.

—Hay un montón de prensa en la puerta y solo preguntan por ti.

—¿En serio? —se asomó a la ventana y pudo ver en la calle, que era bastante estrecha, a varios reporteros esperando con las cámaras en la mano—. Joder, lo siento, no sé cómo acaban encontrándome, claro que...

—Lo pusiste en Instagram, lo vi hasta yo.

—Menuda mierda.

—¿Menuda mierda?, es perfecto, no podría tener una publicidad mejor. Muchas gracias.

—Bueno, si sirve de algo.

—¿Qué tal estás, Giselle? —se apoyó en la pared y la miró con una media sonrisa.

—¿Cómo estás tú?. Esta exposición es la bomba, tu trabajo es espectacular y me han dicho que esta galería es de las más vanguardistas de Londres. Enhorabuena.

—Bueno, ha ido todo muy rápido, acabo de aterrizar de Nueva York, vengo desde el aeropuerto ¿sabes?, y aún no lo asimilo. Dame un poco de tiempo.

—¿Acabas de llegar?

—Tenía trabajo, Jason vino antes con los cuadros.

—¿Jason?, claro, si está en casa de mi hermano, pero ninguno me dijo que eran tus cuadros. Serán cabrones.

—Lo son... —se echó a reír y ella siguió el gesto sin poder apartar la vista—. Supongo que pensaban que no soy santo de tu devoción.

—Eso es agua pasada.

—¿En serio?

—Claro.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Daniel! —de pronto apareció Grace taconeando y los interrumpió, Giselle se apartó y observó como él reaccionaba y le prestaba atención—. Ya veo que os habéis saludado, me alegro, pero tengo a mucha gente que quiere conocerte.

—Ya, yo... —la miró y Giselle le sonrió.

—Baja y atiende a tu público, luego te veo.

—No te vayas —le clavó los ojos oscuros y ella asintió.

—Me quedo hasta que acabes, te doy mi palabra de honor.

Le guiñó un ojo y desapareció con Grace, que se lo llevó para presentarle a la gente que llenaba el local. Ella esperó un rato y también bajó para buscar a su hermano y a sus amigos, y se pudo deleitar observándolo de lejos, con ese aire apacible y suave que desprendía a cada paso, hablando con sus admiradores,

explicando su obra y desenvolviéndose con tanta seguridad.

Era un artista estupendo y de pronto se sintió muy orgullosa de él, aunque apenas lo conocía, y se acordó de Kirsten, que era una madre protectora y un poco loca, pero una madre al fin, que solo había querido proteger a ese hijo suyo tan especial y deslumbrante arrastrándola a ella por el suelo, pero con la única intención de defender a su retoño. Algo que seguramente nadie le podría reprochar jamás.

—¿Estás seguro de que es hetero?

—Sí —estaba convenciendo Stellan a uno de sus amigos y ella los miró sonriendo.

—No puede ser verdad, es demasiado artista, demasiado guapo y tan dulce. Quiero a ese cowboy para mí.

—Nació en Costa Rica —apuntó Giselle cogiendo un vaso de agua de una bandeja.

—Pero se crio en Oregón, un cowboy por los cuatro costados, mirad como le quedan los vaqueros...

—Si tú lo dices.

—El caso es que no me creo que sea hetero.

—Lo es.

—Ay, Stellan, calla ya.

—Es la pura verdad, se acostaba con ella —señaló a Giselle y ella asintió.

—Todo el mundo se acostaría con ella, eso no me vale. Voy a preguntarle —Los dos observaron cómo se iba detrás de Daniel y se echaron a reír.

—Qué cabezota. ¿Te vienes a cenar con nosotros, Gigi?

—No sé, ya se me ha hecho muy tarde.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Y?

—Nada, todo normal.

—¿Todo normal?. Se te cae la baba con ese tío, te he estado espiando.

—No es verdad.

—Te conozco mejor que nadie en el mundo, a mí no me puedes engañar, pequeña —la agarró por el cuello para besarle la cabeza y se detuvo cuando Daniel Hopper se les acercó un poco agobiado.

—No os habéis ido, estupendo ¿podéis sacarme de aquí? Esto empieza a ser claustrofóbico.

—Vamos, tío.

Asintió Stellan y llamó con la mano a Andrew, a Jason y a Mary, que se acercaron en seguida, recogieron sus chaquetas y salieron a la calle por la puerta principal, donde se encontraron con varios *paparazzis* que dispararon las cámaras en cuanto la reconocieron.

Giselle no se amilanó y, como solía hacer, los saludó con la mejor de sus sonrisas, caminando detrás de su hermano, que siempre hacía de pantalla.

Anduvieron un par de metros y de repente se acordó de Daniel Hopper, se giró hacia él y lo vio encendiendo un cigarrillo y entornando los ojos por culpa de los *flashes*, lo esperó, le ofreció la mano y él se la cogió con total naturalidad.

—¿Tu novio, Giselle?!, ¿es tu novio?!

Gritaron los reporteros, pero ella no respondió, feliz por sentirlo tan cerca. Le apretó la mano y él devolvió el gesto besándole los dedos.

12

—Jamás creí que alguien te pudiera obnubilar de esa manera, jamás imaginé que no te importara que tu trabajo se viera ensombrecido por...

—No está ensombrecido por nadie, Kirsten, no seas injusta, gracias a ella no se habla de otra cosa por aquí.

—Porque todo el mundo habla del nuevo juguete de Giselle Erikson, un novio desconocido que pinta cuadros. Podrías hacer tartas y te prestarían la misma atención, y no me llames Kirsten, que soy tu madre.

—Ok, ok, es imposible hablar contigo.

—Llevas dos meses en Europa, te necesitamos aquí, ¿qué pasa con tu trabajo, Daniel?

—Puedo trabajar desde cualquier parte y, como tú bien sabes, llevo toda mi vida deseando darle prioridad al arte, esta es mi gran oportunidad de...

—Quieres darle prioridad a ella, que dentro de nada te desechará como a un pañuelo de papel.

—Me encanta tu nivel de confianza y optimismo, madre. Te voy a dejar.

—El sexo no lo es todo, cariño, no lo es, mira...

—Adiós.

Le colgó y miró la hora, las diez de la noche y empezaba a ponerse en sol en Estocolmo.

Los días eran larguísimos en Suecia en pleno mes de julio y volvió a la casa de Greta, la madre de Giselle, para seguir disfrutando en la terraza trasera de una animada partida de Trivial con todos los hermanos Erikson, que se habían reunido en Estocolmo para celebrar el sesenta cumpleaños de la matriarca, una mujer bellísima, adorable y muy cariñosa, que lo había recibido con los brazos abiertos.

Salió al jardín y se encontró a Giselle saltando de felicidad porque acababa

de ganar la partida a sus hermanos. Estaba preciosa vestida con un pantaloncito de deporte corto, una camiseta sin mangas y descalza, el pelo sujeto en una coleta alta y nada más. Ella era hermosa, era como un ángel, pero al natural era mucho más que eso, y sintió cómo se le disolvía el corazón de amor cuando lo miró con sus ojazos celestes y le sonrió.

—Nos merecemos la revancha —protestó Magnus, el hermano mayor, mirando a su mujer—, pero esta vez que sea individual, los equipos son una mierda.

Todo el mundo se echó a reír y empezaron a hablar en sueco muy rápido, él no entendió nada, pero sonrió igualmente sentándose al lado de Giselle, que estiró los brazos, lo agarró por el cuello y le dio un beso en los labios.

—¿Qué quería tu madre?

—Saludar —se perdió en sus ojos transparentes y le acarició la mejilla.

—¿Sólo saludar?, has vuelto muy serio.

—Con Kirsten siempre es igual, no te preocupes.

—Vale ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien.

—Perfecto. A ver, ¿quién quiere beber algo más?

Se puso de pie y se fue a la cocina seguida por sus cuatro perros, que la seguían a todas partes, de la nada aparecieron dos gatos y también se fueron detrás de ella, que no dudó en coger a uno para comérselo a besos. Daniel respiró hondo y oteó el horizonte desde aquella terraza que tenía unas vistas espectaculares hacia el Mar Báltico, estaba como en el paraíso, y así se sentía.

Tras su encuentro fortuito en la galería de Londres no se separaron más. Llevaban dos meses juntos, aunque al principio más como amigos que como otra cosa.

La misma noche del reencuentro Giselle los invitó a su casa, los atendió de maravilla y se mostró muy atenta con él, pero cuando llegó la hora de irse le explicó que no estaba preparada para tener una relación, que estaba intentando tomarse las cosas con calma y que, a pesar de que él le seguía gustando una barbaridad, no lo iba hacer perder el tiempo, porque no estaba lista para salir con nadie.

Aquello lo alteró aún más. Desde que la conocía no había hecho otra cosa que

desearla, estaba loco por esa mujer inalcanzable con la que había compartido más en dos semanas, que en cuatro años con su ex. Algo los unía de una forma brutal, algo los convertía en una sola persona y no pensaba renunciar a eso si existía la más mínima posibilidad de reconquistarla, así que decidió quedarse una semana más en Londres como un buen amigo, para asentar aquella relación extraordinaria que tenían, y que se había destrozado hacía ocho meses.

Como ella era la chica más generosa que había conocido en toda su vida, de repente todo su mundo se llenó de luz. En cuestión de horas se volcó con él y con su trabajo, consiguió entrevistas y reuniones con pasantes de arte, con galeristas, dio a conocer su trabajo a sus famosos y ricos amigos, se esforzó por dar publicidad a su obra y encima procuró hacerles, a él y a Jason, su estancia en Londres lo más comfortable posible.

No volvieron a gastar dinero y tanto ella como su hermano, que era otro tío increíble, los acogieron como a su familia. Nunca le podría agradecer esos primeros días mágicos en Inglaterra, que pronto se convirtieron en semanas, porque desde Londres surgieron citas en otras ciudades del Reino Unido, en París y por supuesto en Estocolmo. Ella decía que solo había dado el primer empujoncito, pero la verdad es que con semejante estrella al lado la vida se te facilitaba de una forma extraordinaria.

Al mes de estar en Londres, viéndose de forma regular, ella dio un paso atrás y le dijo que le tocaba volar solo porque no quería que su nombre empañara su verdadero talento.

—Eres un artista maravilloso, Daniel, todo el mundo está fascinado con tu trabajo, y yo me retiro porque no quiero que luego te relacionen solo conmigo, no quiero perjudicarte y luego estas cosas pasan factura. La prensa y...

—Te quiero.

Le soltó él, dio un paso al frente, la agarró por el cuello y le pegó el beso que llevaba semanas queriendo darle. Ella se lo devolvió sonriendo sobre sus labios y lo abrazó muy fuerte.

—No digas eso.

—Es la verdad, y te quiero no solo por todo lo que estás haciendo por mí, te quiero porque eres tú, una inspiración para mí, para tanta gente, porque eres preciosa y dulce, generosa y la mujer a la que más he deseado en toda mi vida.

—Daniel...

—Me da igual esperarte un año o dos, tengo paciencia y no pienso rendirme contigo.

—Te he echado tanto de menos.

—Entonces ¿qué estamos esperando?

Se la llevó a su dormitorio, cerró la puerta de una patada y la tiró encima de la cama, ella se echó a reír y abrió los brazos para recibirlo. Antes de darse cuenta le estaba mordiendo los pezones, mientras le rompía las braguitas y la penetraba sin sacarte ni las botas.

La deseaba tanto que no se desnudó, no tenía tiempo para eso, solo la dejó a ella tibia y desnuda encima del edredón y la penetró con ansiedad y locura, y con esa lujuria desatada que no inhibía ni escondía delante de ella, porque con Giselle era libre de hacer lo que realmente quería, lo que realmente le apetecía, sin pensar en lo correcto o lo propio, y eso no tenía precio.

Después de ese reencuentro no se separaron más, se mudó a su casa y desde entonces, hacía un mes, vivía en un estado de borrachera total, loco de amor por esa mujer maravillosa con la que nunca tenía suficiente, aunque ella se lo daba todo, porque era cariñosa y atenta con todo el mundo, pero en la intimidad era generosa, caliente y extremadamente sensual, algo que lo mantenía en un limbo amoroso que no había aspirado a tener ni en sus mejores sueños.

Un mundo feliz que sus padres no aprobaban desde Oregón, porque a sus ojos había abandonado demasiadas cosas para poder vivir así: un trabajo bien pagado, el rancho, sus amigos, su familia y hasta a Lupe, que seguía viendo a su madre con regularidad, en un intento inútil por volver a llevarlo al redil.

Lo que no sabían ellos, que se habían pasado toda su existencia diciéndole a los demás cómo debían mejorar sus vidas, es que la suya estaba justo donde debía estar, porque el trabajo bien remunerado lo tenía esclavizado, odiaba cada vez más el rancho y a sus huéspedes, no tenía tiempo para ver a su familia y amigos, y a Lupe la había dejado de querer hacía muchos años, muchísimo antes de conocer a Giselle Erikson, aunque había seguido con ella por inercia y por una mal entendida lealtad.

Ya tenía treinta y tres años, era libre, no tenía ningún compromiso con nadie y llevaba un par de años intentando enfocar su carrera solo en el arte. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo salvo sus padres, en realidad salvo su madre, que profesionalmente podría ser una innovadora, pero que a nivel familiar era la clásica madre aterrada por perder a sus polluelos de vista.

Kirsten Hopper solo aspiraba a tener a sus hijos cerca, emparejados con las personas que ella creía apropiadas, guiando sus carreras y sus aspiraciones, aunque todo eso no lo había podido lograr jamás, porque sus hijos mayores no lo habían consentido y el pequeño, o sea él, tampoco, y eso la tenía rabiosa y frustrada en Portland, desde donde no paraba de llamar para intentar arruinarle sus ilusiones y su amor por Giselle.

—¿Te piensas quedar a vivir en Londres, Daniel? —preguntó Ingrid, la hermana de Giselle, sacándolo de sus pensamientos y él asintió— ¿Y tu trabajo en el mundo de los videojuegos?

—Lo puedo hacer desde cualquier rincón del mundo, mientras haya WiFi, claro.

—Londres es un buen sitio para vivir —apuntó Stellan—. Es, y siempre será, el centro del universo.

—Eso es Nueva York, hermanito.

—Sería para John Lennon —Stellan se echó a reír y se levantó para ayudar a Giselle, que venía con una bandeja llena de bebidas—. Lo importante aquí es su arte y en Inglaterra está arrasando.

—Lo importante aquí es que se quiere quedar con Gigi —susurró Ingrid—, y eso ya tiene mérito.

—¿Qué? —Giselle los miró a todos.

—Dice Daniel que se queda a vivir en Londres.

—¿En serio? —lo miró a él entornando los ojos y él asintió, aunque aún no habían tenido tiempo de hablar de eso— ¿De verdad?

—Claro.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces habrá que celebrarlo.

13

—Cierra la gala como está, no quiero más cachorros de la jet set y de la aristocracia europea pululando por ahí. No tienen un duro y solo traen problemas.

—Claro —contestó Andrea, la relaciones públicas de su fundación, y ella asintió mirándose en un espejo, estaba prácticamente desnuda, rodeada de un montón de gente y no la dejaban ni hablar por teléfono tranquila.

—Ya sabes lo que pasó el año pasado con esa chusma y no donaron ni un céntimo, solo fueron por la barra libre.

—Ya te digo, aún tengo pesadillas con todo el alboroto. No te preocupes, Giselle, la lista queda cerrada así. ¿Cuándo vuelves de Ibiza?

—A tiempo, estaré dos o tres días y luego me voy a Suecia, te veo dentro de dos semanas, tú tranquila.

—¿Qué tal tu chico?

—Él, perfecto, trabajando mucho, se va esta noche a Nueva York y ya lo echo de menos.

—No me extraña, es un encanto.

—Lo es.

—¿Viste ayer la entrevista de Robert Sarkisian ...? los inversores empiezan a preocuparse. Mucha gente me ha preguntado si piensas hacer algo.

—No veo sus entrevistas, pero sé de qué van y dile a los inversores que es un mentiroso y que cada vez que abre la boca tiene interpuesta una demanda, que no se preocupen, ya se cansará, al menos eso espero.

—Ok, muy bien, mañana hablamos.

—Gracias por todo, Andrea, un beso.

Colgó y regresó al centro del estudio donde el artista y diseñador sueco

Gustav Cedergen estaba confeccionando un bikini de cinta aislante sobre el cuerpo de su compañera, otra modelo sueca que había accedido a hacer esa sesión de fotos con la prenda de moda del año, las cintas de colores con las que podías ir completamente desnuda por la calle, o por la pasarela, provocando un pequeño escándalo, revuelo que Gustav adoraba.

Se sacó el albornoz y se quedó solo con el tanga plateado que le habían dado, suspiró observando el trabajo de su compatriota, que estaba tapando las zonas estratégicas del cuerpo de Agatha, y pensó en Daniel, que a esas horas estaba encerrado en el estudio pintando.

Se habían pasado un mes de vacaciones por las Islas Baleares y las griegas, disfrutando muchísimo, pero llegado septiembre había vuelto al trabajo con sus videojuegos y su pintura. Tenía un montón de compromisos profesionales, ella también, y se veían poco, pero lo suficiente como para estar cada día más unidos y enamorados, aunque ella aún no se lo había dicho, no le había dicho que lo quería porque no se sentía cómoda hablando de esas cosas, prefería demostrarlo con hechos, pero era consciente de que él empezaba a impacientarse por su silencio.

Miró el teléfono móvil con la intención de llamarlo, pero dos asistentes le hicieron abrir las piernas y los brazos para empezar con el diseño de su bikini. Cerró los ojos y pensó en todo lo que había cambiado su vida desde hacía poco más de cuatro meses, desde que se habían reencontrado gracias a sus cuadros, y no se habían vuelto a separar.

Su terapeuta le había aconsejado dejarse de miedos, de desconfianzas e intentarlo con él, y al principio se había mostrado muy prudente, pero en cuánto le puso un dedo encima no pudo parar y se entregó a una época de amor y pasión que jamás había experimentado antes.

Estaba feliz, enamorada, Daniel era lo mejor que le había pasado en la vida, y experimentar aquello la hizo comprender que lo que había vivido con Robert Sarkisian no había sido ni remotamente algo parecido al amor, había sido lujuria y dependencia, pero jamás amor, ni respeto, ni ternura, y saberlo con certeza la destrozó.

Afortunadamente, estaba fuerte y en plenas facultades, y remontó en seguida para seguir viviendo a tope con Daniel Hopper, que además de ser adorable, guapo, sexy y cariñoso, era un artista estupendo, un tipo serio y profesional,

muy inteligente, un hombre brillante que la deslumbraba día tras día con su personalidad. Estaba orgullosa de él, lo amaba y esperaba ser capaz de decírselo cuanto antes.

Lástima que todo aquel buen momento que le estaba regalando la vida, y que se merecía tras tantos años de trabajo y desamor, continuaba empañado por Robert que, furioso por el asunto de sus memorias, la había demandado pidiéndole ingentes cantidades de dinero por daños y perjuicios, por despido improcedente, por daños morales, por mil motivos que se dedicaba a contar en entrevistas cutres, en periódicos y televisiones, haciéndola parecer una ninfómana sin escrúpulos ni corazón.

Todo su discurso se sostenía en sus historias sexuales, en sus conquistas fuera de la cancha, en sus celos enfermizos, en mostrarla como una loca mimada y llena de problemas que había tonteado con todo. Jamás especificaba con qué, pero insinuaba cosas que sus abogados le obligaban a rectificar de inmediato.

Era una guerra interminable que la estaba empezando a volver loca, porque Daniel también se volvía loco, y no quería que sufriera por ella o, peor aún, que acabara haciendo algo que le arruinara la vida, porque cada vez que pasaba algún episodio de esos, él juraba que lo iba a partir en dos en cuanto lo tuviera delante. Y no eran amenazas vanas, ella lo sabía, y eso no la dejaba dormir tranquila.

—Té verde con hierbabuena —Mary se acercó con un vaso enorme de su bebida favorita y le acercó la pajita a la boca—. Vaya, estás maravillosa, pareces una diosa griega.

—En pelota picada, esas cintas no se pueden considerar nada...

—Pues no y no me hace ni pizca de gracia —Daniel apareció de la nada en el estudio y se le acercó con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido—. Por favor, Giselle.

—¡¿Qué?! —se echó a reír, pero él continuó serio—. Es arte, estas cintas son...

—¿Necesitas esto?, ¿en serio? Toda esta mierda parece un calendario para camioneros.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—Es trabajo.

—¿Trabajo? Me parece que sería hasta más honesto que este tío te fotografiara desnuda, que es lo que realmente quiere hacer.

—Oye, chaval... —Gustav Cedergen se levantó del suelo y se puso las manos en las caderas. Daniel dio un paso hacia él y lo miró desde su altura.

—De chaval nada, soy Daniel Hopper, su novio.

—Enhorabuena, pero estamos trabajando ¿sabes? Giselle, manda a tu semental a casa ¿quieres? —se dirigió a ella en sueco y ella entornó los ojos.

—No es ningún semental al que mande a nada, no seas capullo, Gustav.

—A mí me hablas en cristiano, chaval —puntualizó Daniel sin moverse y el diseñador lo ignoró y se dirigió otra vez a ella en sueco.

—Oye, preciosa, te comprometiste a hacer este posado, he traído a veinte personas de tu confianza para tenerte a gusto, no me vengas ahora con gilipolleces porque a este mocoso le dé por ponerse celoso ¿No sabe con quién coño se acuesta?

—¿Y tú sabes con quién coño estás hablando? —se deshizo de las manos de los ayudantes y se le acercó cada vez más cabreada—. Este puto posado lo hago gratis y por deferencia a ti, así que no te atrevas a faltarme al respeto.

—Nadie te está faltando al respeto, solo digo que si está con una súper modelo debería asimilar que hacéis estas cosas.

—Mira, tío, ¿sabes qué? Haz tus puñeteras fotos de una vez y así nos podemos ir.

—No pienso hacer nada con el niño bonito este mirándome con cara de asesino, dile que te espere abajo.

—Ya te ha dicho su nombre.

—Me da igual, es él penúltimo y ya dura demasiado, así que dentro de nada no nos hará falta acordarnos de su nombre.

—Serás...

—Nos conocemos, Gigi, así que no me emociona nada que ahora tengas un novio joven y guapo, a ver si llega a navidades y entonces volvemos a hablar.

—¡¿Qué?!

—Y te digo otra cosa, Robert Sarkisian sería un cabrón, pero sabía sacarte partido.

—Vete a tomar por el culo.

Le soltó en inglés, se dio la vuelta, agarró el albornoz, se lo puso y miró a Daniel, que estaba tenso y algo desconcertado, pero que se mantenía firme en su lugar, como un cowboy de las películas antiguas, gesto que la emocionó muchísimo.

Se le acercó y lo cogió de la mano para salir de ahí sin despedirse.

14

—Gustav quiere matarte...

Celia Newman, una de las pocas amigas de verdad que tenía en el mundo de la moda, se sentó en el suelo abriendo una botella de champán y Giselle la miró y se encogió de hombros.

—Ya sé que te da igual, Gigi, pero ese tío es un peligro público, ya te está poniendo a parir por ahí.

—Es igual, ya estoy acostumbrada, mira el ensañamiento de Robert, que no me deja en paz. No sé cuántas veces lo he visto esta semana en la portada del The Sun.

—Por Dios, qué repelente, siempre te dije que no me gustaba nada y que te la iba a acabar jugando —George, su maquillador, estiró las piernas y pidió una copa de champán—. En este puto mundo nuestro poca gente vale la pena.

—Por eso nuestra Giselle se ha buscado un buen amor fuera de nuestro puto mundo —Celia le guiñó un ojo y ella sonrió pensando en Daniel, que había salido a tomar una copa con unos amigos estadounidenses que estaban de paso en Londres—. Menudo bomboncito tu cowboy, es guapo y sexy, y...

—¿Dónde está?

—Ha salido con unos amigos.

—¡Mirad!

Joselyn, su estilista, con su ayudante y Mary, entraron en su salón cargadas de ropa y cajas de zapatos, y todos se pusieron a aplaudir. De hecho, el motivo principal de ese encuentro en su piso de Londres era ver la primera colección de Joselyn como diseñadora, y tanto ella como Celia se levantaron de la alfombra muy animadas para empezar a probarse los modelitos.

—Guau, es espectacular —cogió un vestido largo y lo acarició con placer—. Seda salvaje, me encanta.

—Es el vestido de novia con el que quiero cerrar el desfile, Gigi, y sería

perfecto que lo llevaras tú.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—¿Y yo? —Celia se puso las manos en las caderas.

—Tú lo abres y así consigo deslumbrar a todo el mundo.

—Genial, vamos, sácalo todo.

Joselyn y su ayudante empezaron a desplegar los vestidos encima de los sofás y Mary se sirvió una copa de champán viendo cómo ella se desvestía y se quedaba en braguitas para esperar a que le dieran la primera pieza de la colección. Había mucha ropa y se probó varios trajes y zapatos, a la par que George tomaba notas y comentaba los detalles del posible maquillaje.

Una noche muy divertida que de repente quedó suspendida en el aire cuando oyó la voz de Daniel a su espalda.

—¿Hola? —preguntó, más que saludó, y ella le sonrió sacándose un vestido estilo vintage lleno de perlitas.

—¡Hola!, vuelves pronto. Todavía queda algo de cena y hay champán y cervezas ¿quieres tomar algo?

—No, gracias —la escrutó de arriba abajo y ella se miró así misma. Estaba en *topless* y no hizo nada por cubrirse, aunque él la miraba con ceño fruncido—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron todos y Giselle agarró una camiseta y salió detrás de él.

—¡Daniel! —entró en el dormitorio y lo vio tirando la chaqueta al suelo— ¿Pasa algo?, ¿estás bien?

—No sé, me cuesta acostumbrarme a ver a mi novia desnuda delante de todo el mundo, habitualmente, incluso en el salón de su casa.

—Las modelos siempre nos desnudamos delante de todo el mundo. No puedo vestirme y desvestirme entre traje y traje, sería una pérdida de tiempo y una locura. Todos los de ahí fuera están acostumbrados a...

—Yo no estoy acostumbrado, lo siento.

—Vale... —respiró hondo y observó en silencio cómo se quitaba los zapatos y se tiraba encima de la cama agarrando el mando a distancia—. Ya casi hemos

terminado, no tardaré mucho... ¿qué tal están tus amigos?

—Bien, gracias.

—Oye ¿te has cabreado de verdad? Porque si es así tenemos un problema.

—¿Ah sí?

—Sí, porque si estás conmigo tendrás que acostumbrarte a que me desnude delante de otras personas, que me cambie en medio de un ejército de diseñadores, modelos, maquilladores o fotógrafos, o que salga ligera de ropa encima de una pasarela. Lo del otro día con los bikinis de Gustav Cedergen pasa, porque ese tío es un borde y un maleducado, pero ya está, ya es suficiente, no puedo estar lidiando contigo cada vez que...

—¿Ya es suficiente? —interrumpió con el ceño fruncido y Giselle respiró hondo.

—No quiero discutir contigo por esto, es mi trabajo, las cosas funcionan así y es mejor que le quites importancia o te pasarás la vida cabreado.

—Soy un ser humano.

—Lo sé, pero eres un ser humano inteligente, sensible, razonable y un artista. No me vengas precisamente tú con estas chorradas o acabaremos fatal.

—Todo el mundo cree que acabaremos fatal, así que, que sea lo que Dios quiera.

—Daniel...

Lo miró a los ojos y se le llenó el corazón de ternura. Era tan guapo, y tan sensible, tan especial y único, que apartó la tensión y se subió a la cama, se le acercó gateando, se le montó encima y le acarició la cara con las dos manos, luego se inclinó y le dio un beso que él respondió sujetándola por el cuello.

—Normalmente no salgo ni medio segundo con un hombre celoso, porque con mi trabajo su vida, y de paso la mía, se pueden convertir en un infierno, sin embargo, contigo estoy dispuesta a todo, incluso a soportar que no laves demasiado bien algunas cosas, pero, cariño, tienes que empezar a poner algo de tu parte y relajarte o...

—O acabaremos fatal, ya lo sé...

—No, o vas a sufrir gratuitamente porque no puedo dejar mi trabajo, no puedo

y no quiero. Esta es mi vida y estoy feliz de compartirla contigo, pero solo si eres capaz de aceptarla con naturalidad.

—Cualquier tío llevaría fatal que...

—Es trabajo, Daniel, solo trabajo.

—Ok —le acarició los muslos—. Ok, lo sé, solo dame un poco de tiempo.

—Sé, que si existe alguien capaz de dar normalidad a todo esto eres tú, que eres el tipo más sereno e inteligente que conozco, además, yo soy la persona más fiel del universo. Que no me importe enseñar mi cuerpo, que es una parte intrínseca de mi trabajo, no significa que sea una irresponsable, solo significa que para mí es un acto natural...

—No me preocupa que tú me seas infiel, lo que de verdad me jode es que ya bastante tengo con saber que hay millones de gilipollas que te desean cuando te ven en un desfile, en una valla publicitaria o en una revista, como para encima tener que verte desnuda en tu entorno laboral o aquí, en el salón de tu casa durante una cena con tus amigos.

—Ok —se acordó de Robert Sarkisian, que disfrutaba precisamente con el hecho de que ella fuera el objeto de deseo de los demás, y lo mucho que a ella incomodaba eso, y miró a Daniel a los ojos—. Lo entiendo, tal vez en tu lugar sentiría lo mismo y lo tendré en cuenta. Ahora, no le demos más vueltas ¿quieres?

—No le doy más vueltas, pero es un impulso irrefrenable. No llevo muy bien ese mundo de desparpajo y exhibicionismo que te rodea ¿sabes?... soy de Portland —soltó una risa y ella sonrió de oreja a oreja.

—Vale, poco a poco —suspiró—. Me encanta verte sonreír... —se le acercó y lo besó mirándolo a los ojos.

—Te amo, Giselle.

—Schhh...

Lo besó otra vez y él intentó tomar el mando, pero no lo dejó. Se sacó la camiseta y bajó la boca por su pecho, cubriéndolo con el pelo suelto, y le lamió el abdomen y el ombligo hasta que notó que una erección gigantesca estaba a punto de romper sus vaqueros. Le abrió los botones con calma, le bajó los calzoncillos y se inclinó para lamer su pene con parsimonia,

tranquilamente, a la par que él se deshacía en suspiros y quejidos de placer. Era delicioso tenerlo a su entera disposición y lo lamió, mordisqueó y comió con ganas hasta que él eyaculó al borde del abismo, agarrándola con fuerza por el pelo.

—Vale, señor Hopper, voy a acabar la prueba, despido a la gente y vuelvo contigo ¿me esperarás despierto?

—¿Tú qué crees?

15

—Madre mía...

Levantó la cabeza y un dolor descomunal le partió el cráneo en dos. Cerró los ojos y respiró hondo intentando situarse: estaba en Ibiza, llevaban dos días de trabajo en la playa y estaba agotada porque los cambios de ropa, de maquillaje y las sesiones de fotos habían sido interminables.

Ok, era eso y tal vez algo de resaca, aunque ella no bebía alcohol, pero sí recordó que habían salido a tomar algo a un *beach club* y tal vez... ¡mierda! Se incorporó de golpe y corrió al baño a vomitar recordándolo todo: Robert Sarkisian había aparecido allí por sorpresa y la había perseguido y acosado, habían discutido, luego se habían calmado, le había jurado que iba en son de paz y finalmente, para no empeorar más las cosas, había acabado tomado algo con él, en un intento vano por firmar un armisticio. ¿También se habían besado?... se miró y vio que estaba completamente desnuda, y no recordaba cómo demonios había regresado al hotel, cómo se había sacado la ropa y cómo se había dormido en aquella cama gigantesca con vistas al Mediterráneo.

Regresó al dormitorio sujetándose a la pared, porque se sentía fatal, y miró todo con ojo clínico. Al menos estaba sola, aunque una imagen fugaz de Robert tocándola le provocó un principio de infarto.

No, no, por favor... susurró y buscó un albornoz, localizó su teléfono móvil y llamó a Mary.

—Cielo ¿tú volviste conmigo al hotel anoche?

—Sí y te dejé hablando con Robert en el bar, me dijiste que todo iba bien y que solo necesitabas aclarar algunas cosas con él ¿por qué?

—Porque acabo de despertarme con una resaca de campeonato, desnuda en la cama, y no recuerdo absolutamente nada.

—¿En serio?

—Creo que me acosté con él.

—Buenos, vosotros...

—¡No!, ahora no dejaría que me tocara ni en sueños —pensó en Daniel, que estaba en los Estados Unidos resolviendo unos temas de trabajo y su mudanza definitiva a Londres, y se le cayó el alma a los pies—. Madre mía, Daniel...

—A ver ¿qué síntomas tienes, Giselle?

—Una resaca o algo parecido, nunca he tenido una, pero me duele la cabeza horrores, he vomitado, tengo el cuerpo revuelto y no recuerdo absolutamente nada. No sé lo que hice anoche.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Pues... —rememoró su encuentro con Robert en la terraza de ese *beach club* y luego cómo la abordaba, primero con mal talante y después con mucha amabilidad, muy cariñoso, coger un taxi para ir al hotel juntos y ya nada más—. Lo último que puedo recordar es estar hablando con Robert en el bar del hotel.

—Puedo dar fe de que no tomaste alcohol en toda la noche, como siempre, yo estaba contigo ¿Recuerdas pedir algo en el bar con él delante?

—No...

—Ok, vístete y no te duches, te voy a llevar a un hospital.

—¿Qué?! ¿¿por qué?!

—No quiero ponerme en lo peor, pero todo esto me huele fatal. No tendrías porqué tener una resaca, ni amnesia, y prefiero que comprobemos algunas cosas.

Mary le colgó y ella se fue a duras penas de vuelta al cuarto de baño, muy mareada y ya asustada, con una sensación de agobio creciente en el pecho, se inclinó en el lavabo y devolvió mucho rato, luego se incorporó, se lavó la cara y se sentó en el suelo para marcar el número de teléfono de Daniel, pero él no contestó.

Le dejó un mensaje de voz, se abrazó las piernas y se echó a llorar.

16

—Sé lo que pasó, Giselle, me encontré con ese impresentable saliendo de tu suite, vanagloriándose de haber pasado la noche contigo. Eran las ocho de la mañana y tú estabas desnuda en la cama, así que, por favor te lo pido, si tienes algo de compasión y respeto por lo que siento por ti, déjame en paz y no me vuelvas a llamar. No quiero saber nunca más nada de ti. Adiós.

Colgó el teléfono y se tapó la cara con las dos manos. Acababa de llegar a Nueva York y en cuanto había encendido el móvil le entraron al menos veinte llamadas perdidas de Giselle, y un montón de mensajes, así que, tras pensárselo bien, decidió llamarla y dejarle claro que no quería volver a verla en lo que le restara de vida.

Lamentablemente, estaba fuera de cobertura y tuvo que optar por un mensaje de voz, porque no quería alargar más la agonía y necesitaba soltárselo todo de una maldita vez.

Se levantó del suelo y se acercó a la ventana para mirar la calle. Hacía calor, a pesar de estar ya en octubre, y amenazaba tormenta, así que abrió de par en par las ventanas para que el aire entrara en el apartamento y le diera algo de consuelo, pero no funcionó.

Cerró los ojos y se vio otra vez en ese pasillo del Hard Rock Hotel Ibiza, llegando como un imbécil para sorprender al amor de su vida y quedarse con ella unos días, porque llevaban unas semanas muy duras de trabajo y se habían visto poco, así pues, en un arranque romántico había cogido el primer vuelo a Madrid y de ahí a Ibiza en unas catorce horas de periplo cruzando medio planeta para encontrársela desnuda en la cama, después de haber pasado la noche con el cabronazo de Robert Sarkisian, el tipo que más daño le había hecho en toda la vida, pero al que, al parecer, ella no podía olvidar.

Jamás podría quitarse del cuerpo la sensación que experimentó al verlo salir de la habitación cerrándose la camisa y descalzo, con esa pinta de sátiro playboy de los años setenta que tenía, con su calva, sus bigotes, el sudor en la

frente, la ropa de lino arrugada y la sonrisa despreciable que le dedicó cuando lo descubrió con cara de idiota de pie en medio del pasillo.

—Vaya, vaya ¿a quién tenemos aquí? Creo que llegas un poco tarde, muchachote.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí?

—Tú qué te crees, disfrutando con mi princesa. Nos echamos mucho de menos ¿sabes?

—No puede ser cierto.

—¿Qué no?, échale un vistazo y verás lo satisfecha que la he dejado. A esa solo yo le sé dar lo que necesita.

—Serás hijo de puta —intentó agarrarlo y él se escabulló.

—Mira, tío, no tengo nada contra ti, tú solo eres uno más en la extensa lista de conquistas de Gigi. Ella es así, la conozco. Elige, consume, se divierte y luego me llama a mí, que soy el que le enseñó todo eso que sabe y que vosotros, los de paso, disfrutáis tanto, para que vuelva a su cama.

—Cabrón.

—En serio, no te agobies y sigue con tu vida o te va a destrozar, como a todos los demás. No vale la pena, es una zorrita caprichosa y se cansa pronto, anoche estaba como una perra en celo y me dijo que es porque se aburre mucho contigo.

Antes de que siguiera hablando le pegó un puñetazo y lo tiró al suelo con la nariz rota, pero él ni siquiera se molestó en defenderse y se echó a reír mientras se arrastraba por la pared hacia el ascensor.

—Ya de cría era una calentorra, le va el rollo, le encanta el sexo y tú, mi querido cowboy, no estás a su altura, nunca lo estarás y lo sabes mejor que nadie.

Lo siguiente fue verlo entrar en el ascensor y desaparecer como un puto cobarde, que es lo que era. Él giró hacia la suite, entró despacio y se encontró a Giselle boca abajo, completamente desnuda sobre la cama. Las sábanas estaban revueltas y ella dormía profundamente, con el pelo rubio y largo tapándole la cara.

Era una imagen hermosa, como esculpida en mármol, una mujer preciosa, tan

perfecta, tan femenina, y tan satisfecha...

No atinó a despertarla, miró a su alrededor y respiró hondo, volvió sobre sus pasos y salió de allí queriendo matar a alguien, queriendo tirarse por un acantilado por idiota, ingenuo y estúpido.

Todo su entorno había puesto en duda su relación con esa diosa de las revistas, con esa mujer que aún siendo anónima hubiese sido inalcanzable, y él la había defendido a capa y espada porque creía conocer a Giselle, creía conocer de verdad a la chica sencilla y cariñosa que amaba, a esa que odiaba que la trataran como a un trofeo, como a un cuerpo perfecto o una cara perfecta, la chica que adoraba a los animales, a su familia, y que ponía toda su energía en una fundación dedicada a los niños.

Esa mujer que era profesional y seria, respetuosa y familiar, tolerante y apasionada, esa chica por la que habría dado su vida sin dudarlo... sin embargo, estaba claro que se había equivocado y todos los demás tenían razón: Nunca debió aspirar a tener en exclusiva a alguien como Giselle Erikson, nunca debió perder el norte y alejarse de la realidad porque, cómo bien le dijo Sarkisian, que era indudablemente quién mejor la conocía, él nunca iba a estar a su altura y tenía que aceptarlo.

La evidencia lo destrozó, la infidelidad lo partió en dos, pero tuvo la energía suficiente para coger un avión y volver de inmediato a los Estados Unidos. Aún tenía cosas pendientes en Londres, pero no pensaba volver, al menos por un tiempo, y llamó a su pasante y a su galerista de allí para decirles que el viaje a Nueva York se alargaba sin fecha de retorno.

La vibración del móvil lo hizo saltar y vio que era Giselle la que llamaba, pero no le respondió, no pensaba hacerlo nunca más. Lo último que necesitaba en ese momento era oír su voz y sus explicaciones vacías, porque él había visto lo que había visto y no necesitaba saber nada más.

En general, se consideraba un tipo tolerante, comprensivo y apacible, nada complicado, pero reconocía que la deslealtad y la infidelidad no entraban en su cabeza, era celoso por naturaleza (al menos con ella) y no pensaba pasar por alto lo que había ocurrido: se había acostado con otro, con el impresentable Robert Sarkisian, y eso no lo podría perdonar jamás.

Dejó sonar el móvil y acabó de recoger sus cosas, se metió bajo la ducha

y cuando salió vio que tenía un montón de mensajes. Los borró sin leerlos, ni escucharlos, y cuando el aparato empezó a vibrar otra vez lo sumergió en una jarra de agua que tenía en la cocina.

Repasó por última vez el apartamento, apagó la electricidad, agarró las maletas, el ordenador, sus trastos de pintor y salió cerrando la puerta. Bajó a la calle y un coche lo estaba esperando para llevarlo al aeropuerto y de ahí directo a Portland, donde esperaba curar las heridas, olvidar a Giselle Erikson, y toda la mierda que la rodeaba, para siempre.

—¿Qué haces tú aquí?

Kirsten Hopper, con toda esa soberbia y esa mala leche que tenía (y que disimulaba a diario para atender a sus pacientes) se acercó por su derecha moviendo teatralmente su túnica de seda. Giselle se giró hacia ella y frunció el ceño sin esforzarse en parecer amable o educada.

—Quiero hablar con Daniel, estoy esperando a que alguien vaya a buscarlo.

—¿Has venido hasta *Green Mountain* solo para buscar a Daniel? Veo que no hemos aprendido nada.

—¿Perdona?

—No deberías andar persiguiendo a un amante, Giselle, pensé que eso te había quedado claro, pero ya veo que no.

—Mira, Kirsten...

Se pasó una mano por la cara intentando no tirarse a su cuello y respiró hondo. Llevaba muchas horas sin dormir, después de vivir uno de los peores días de su vida, estaba agotada, cabreada, dolida y preocupada por Daniel, así que no pretendía perder el tiempo con ella y menos aún estropear las pocas posibilidades que tenía de que alguien allí le facilitara la cosas y fuera a buscarlo.

—Solo he venido para hablar con Daniel, no pienso enzarzarme en una disputa inútil contigo. Ya sé que no me soportas, me quedó claro hace meses, pero esto no tiene nada que ver contigo, así que, por favor, ¿puedes dejar que alguien intente localizarlo y le diga que estoy aquí?

—Ven... —le hizo un gesto y se la llevó hacia su consulta, Giselle miró a Mary y le pidió que la esperara en el *hall*—. Dani no está aquí y aunque estuviera, no dejaría que te acercaras a él, ya bastante daño le has hecho alejándolo de su vida y de nosotros, como para permitir que vuelvas a engatusarlo y...

—Yo no he alejado a tu hijo de su vida ni de ti, Kirsten, él ya estaba en Nueva York cuando...

—Viniste aquí, te acostaste con él y lo volviste loco desapareciendo dolida y ofendida por lo que escuchaste en mi casa. De hecho, esa misma noche rompió con su prometida y decidió mudarse a Nueva York.

—Tiene treinta y tres años, es un hombre adulto, yo...

—Tú no sabes cómo es Daniel, es un chico único, un artista, con una sensibilidad que no podrás proteger jamás porque no lo quieres. Necesita de su madre, necesita de su familia, a sus amigos, su estabilidad en Portland.

—Estoy enamorada de él, él de mí, sé cómo es, y creo que la que de verdad no lo conoce eres tú. Daniel es un hombre hecho y derecho, un artista sí, y sensible, pero un hombre estable y fuerte que sabe vivir solo y tomar sus propias decisiones.

—¿Qué coño sabrás tú de estabilidad y fortaleza?. Mírate, en el fin del mundo persiguiendo a un amante que también te dejó tirada.

—¿Sabes qué?, mi hermano te quiso denunciar al colegio de sicólogos de Oregón por tu mala praxis, por desvelar secretos profesionales a terceras personas y por referirte a mí en términos humillantes y muy poco compasivos, y yo no se lo permití porque di por hecho que solo eras una madre preocupada que no pensaba lo que decía, sin embargo, ahora, mirándote, con esa maldad y ese desprecio que tienes en los ojos, me da que eres así con todo el mundo, que no soportas a las personas que venimos aquí para pedir tu ayuda, que no nos entiendes y no eres compasiva con nadie. Supongo que por eso cobras esas cifras desorbitadas por recibirnos y atendernos, porque en el fondo nos desprecias.

—Ya estamos otra vez con tus opiniones livianas, Giselle. Quéjate, sigue quejándote y criticándolo todo, tú, que no eres más que una mujer que utiliza su cuerpo y su sexualidad para ganar dinero. Vergüenza debería darte opinar de los demás, pero ya sabemos que te consideras una chica especial que se lo merece todo, no obstante, querida, aquí sabemos que no te lo mereces todo y a mi hijo no te acerques nunca más o...

—¿O qué? ¿lo vas a castigar sin postre? ¿Tú dónde te sacaste el título de sicóloga?, en serio, eres de lo peor —se giró hacia la puerta, dispuesta a entrar

a las malas en el complejo y ella la detuvo.

—Si Dani te dejó es que ya se ha dado cuenta de cómo eres, ten algo de dignidad y déjalo en paz.

—Ten algo de dignidad tú y deja a tu hijo tomar sus propias decisiones.

—Por lo visto ya las tomó y te dejó tirada en Europa, a pesar de tu dinero, tu fama y tu puto mundo de fantasía.

—Oye ¿en serio eres así o te trabajas esto de parecer una malvada bruja de cuento?

—¡Fuera de aquí!, no eres nadie para hablarme en ese tono, maldita mocosa maleducada. Fuera y no vuelvas a molestar a mi familia. ¡Fuera! ¡Seguridad!

Se puso a chillar, Giselle salió del despacho un poco intimidada y se encontró con Mary flanqueada por dos guardias jurados. Nunca antes había visto seguridad en ese sitio y frunció el ceño desconcertada, se volvió para buscar el pasillo que la podía llevar a la zona trasera del rancho y en ese momento, anticipándose a sus impulsos de entrar corriendo, Kirsten se le cruzó en el camino gritando y gesticulando completamente fuera de sí.

—¡John, llama a la policía!, ¡ahora! Te voy a acusar de allanamiento y de acoso, Giselle Erikson, te voy a meter un puro que te vas a cagar. Ni todo tu dinero, ni tu fama, ni tu puta...

—¡Ya basta!, ya es suficiente —el doctor Bob Hopper apareció en el *hall* y se dirigió a su mujer con los ojos entornados y muy enfadado— ¿Qué diantres estás haciendo, Kirsten?

—No te metas en esto, Bob, no va contigo.

—¿Ah no? y ¿con quién va, pues?

—Con Daniel, acabo de llegar de España y necesito hablar con él —intervino Giselle, viendo por el rabillo del ojo que Kirsten estaba a punto de cogerla por los pelos para sacarla ella misma de allí—. Dejó su piso de Nueva York y su casera me dijo que se había vuelto a Oregón. Llevo mil horas viajando y solo quiero, por favor, que alguien le avise que estoy aquí.

—No, no entrarás a esta casa, no...

—Calla, Kirsten, por el amor de Dios —refunfuñó el arquitecto emocional y se le acercó a ella sacándose las gafas—. Lo siento, querida, pero Dani no está

aquí, primera noticia que tenemos de que haya vuelto a Oregón.

—¿Cómo dice? —se giró hacia Kirsten y ella levantó la barbilla y miró hacia otro lado.

—Hace días que no sabemos nada de él, pero puedes llamar a sus hermanos, ellos, tal vez...

—Madre mía —buscó una silla y se desplomó tapándose la cara con las dos manos— ¿No podías decírmelo desde un principio?, ¿por qué me haces esto, Kirsten?, ¿por qué?

—Porque eres la última persona que quiero en la vida de mi hijo. No deberías estar aquí.

—Perfecto, señores, doctores o como tenga que llamarlos —Mary dio un paso y se les puso delante—. Lamentamos las molestias, ya nos vamos —agarró a Giselle de la mano y la arrastró hacia la salida—. Y lamento mucho más el trato que nos han dado, antes y ahora, hablaremos a nuestros amigos y conocidos de *Green Mountain*, a todos los millones de seguidores de Giselle y hasta a la prensa, será un placer contar a todo el mundo cómo funcionan las cosas por aquí. Buenas tardes.

Giselle la miró con agradecimiento y la siguió hasta la entrada principal sin ninguna energía en el cuerpo, vio cómo se dirigía al coche de alquiler con decisión y muy fresca, a pesar de llevar el mismo agotamiento que ella encima, y quiso correr y abrazarla, pero no le dio tiempo porque a lo lejos oyó que alguien la llamaba a gritos. Se volvió y vio a Jason.

—¡Madre mía! ¿qué hacéis aquí?, acabo de enterarme por casualidad... ¿Estás bien?, ¿Giselle?

—¿Sabes dónde está Daniel? —lo miró y se echó a llorar, pero no dejó que la consolaran y volvió a preguntar— ¿Lo sabes? Salió de Ibiza hace más de cuatro días con una impresión muy equivocada, está sufriendo por mi culpa, está dolido conmigo... necesito hablar con él, Jason, por favor ¿puedes ayudarme a encontrarlo?

—Está en su apartamento de Portland, acabo de hablar con él, está encerrado trabajando y no me dijo nada de Ibiza.

—Muchas gracias —dio un paso y lo abrazó muy fuerte.

—¿De dónde venís?

—Ibiza, Madrid, Nueva York... ha sido un viaje largo, pero si me dices dónde está ese apartamento, habrá valido la pena.

El mismo Jason se puso al volante y las llevó a Portland, al piso de Daniel, donde estaba encerrado trabajando y dónde ella esperaba poder explicar todo el infierno que llevaba soportando desde hacía casi cinco días.

Después de despertar en muy malas condiciones y sin acordarse de nada de lo que había pasado en su vida durante unas horas, Mary la llevó a un hospital y le hicieron una serie de pruebas ginecológicas para descartar una violación, que era lo que su ayudante se temía. Afortunadamente, no se percibía actividad sexual, le dijeron, pero aún así le hicieron pruebas toxicológicas en las que tampoco apareció nada extraño, salvo rastros de alcohol, que ella no consumía jamás.

La médico de guardia, muy amable, hizo un parte y llamó a la policía para que presentara una denuncia, porque a medida que pasaban las horas y se iba despejando su cabeza, más certeza tenía de que Robert la había drogado y había abusado de ella.

En una hora tenía a la policía delante, que a su vez llamó al consulado sueco y a sus abogados en Londres, y se armó un pequeño revuelo. Todo empezó a salirse de quicio, pero no le importó, y siguieron adelante con la denuncia, más aún cuando le explicaron que muchas drogas para someter a alguien, como la famosa burundanga, no dejaba rastro, así que un análisis de sangre hecho unas pocas horas después de la agresión, podía dar negativo perfectamente.

A mediodía la mandaron al hotel, dónde la policía ya estaba haciendo preguntas, a las cuatro de la tarde Stellan apareció en Ibiza movilizando a todos sus contactos en la isla y en España, y a las nueve de la noche recibió el mensaje de voz de Daniel, donde rompía con ella y le hablaba de su encuentro con Robert Sarkisian en la puerta de su suite. Fue horroroso oír aquello y de desplomó en el suelo con el corazón hecho trizas, pero gracias al cielo su hermano estaba allí, oyó el mensaje y lo puso en manos de la policía.

Increíblemente, una llamada tan terrible y dolorosa para ella, sirvió para que pusieran en circulación una orden de detención inmediata contra Robert Sarkisian. Las autoridades españolas actuaron muy de prisa y, contra todo

pronóstico, se lo encontraron aun en Ibiza, disfrutando en una discoteca como si tal cosa, sorprendido por la denuncia y alegando que habían pasado la noche juntos por mutuo consentimiento, como otras tantas veces.

Él pasó esa madrugada en el calabozo de la Guardia Civil, y ella sin dormir intentando hablar con Daniel para darle una explicación y contarle todo lo que había pasado, pero no tuvo ningún éxito. Al día siguiente Robert pasó a disposición judicial y quedó libre con cargos y con la retirada del pasaporte, y ella, autorizada por la policía, se fue al aeropuerto con Mary y pusieron rumbo a los Estados Unidos.

Lo demás le parecía un mal sueño, de aeropuerto en aeropuerto hasta conseguir llegar a Manhattan y presentarse en el apartamento de Daniel, del que obtuvo la dirección gracias a Grace, la galerista de Londres, porque en realidad no sabía dónde vivía su novio en Nueva York.

Allí la casera, que salió a la calle al ver que tocaba demasiado el timbre, le explicó que el señor Hopper había dejado el piso definitivamente para volver a Oregón. El ánimo se le vino abajo de golpe, se hundió de nuevo, pero no se rindió, pasaron la noche en un hotel y regresaron al aeropuerto para coger un vuelo hasta Portland, donde alquilaron un coche para ir hasta *Green Mountain*. Un esfuerzo que casi se vuelve inútil por culpa de Kirsten.

Afortunadamente, la suerte no la había abandonado del todo y Jason, el adorable Jason, estaba en el rancho y se había apiadado de ella.

—¿Qué haces aquí?

Fue el saludo de Daniel cuando abrió la puerta distraído y se la encontró de pie en el rellano, ella forzó una sonrisa y él frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Tenía que hablar contigo —ahogó un sollozo e hizo amago de entrar, pero él no se movió y le impidió el paso—. Llevo muchos días viajando para poder hablar contigo en persona, por favor, solo quiero sentarme y charlar.

—No tengo nada que hablar contigo y no sé que coño haces en mi casa.

—Daniel...

—Te dejé bien claro que quiero que me dejes en paz, Giselle.

—Ok, ok, mira, nada de lo que pasó en Ibiza...

—No me interesa nada de lo que pasó en Ibiza, ya he pasado página.

—No es lo que tú te crees, en absoluto, Robert...

—No pienso volver a oír hablar de ese tipo —la interrumpió haciendo amago de cerrar la puerta—. Vete con él y vivid juntos vuestra vida, que sois tal para cual.

—Daniel, por favor —se echó a llorar y él se detuvo—. No pasó nada con él, yo te quiero, ¿cómo puedes pensar que podría tener algo con él?, ¿cómo puedes...?

—¿Ahora me quieres?, es la primera vez que me lo dices. Un poco tarde, me temo.

—Sé que estás enfadado y dolido, lo sé, yo también lo estaría, pero dame una oportunidad para hablar, déjame pasar dos minutos y explicártelo todo, por favor.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí, pero no hacía falta. Adiós.

—Daniel, por favor...

—¡¿Qué coño quieres?! ¿qué coño necesitas?, ¿te gusta jugar conmigo y por eso no puedes dejarme en paz?, ¿disfrutas teniendo a un pobre gilipollas como yo a tus pies? ¿No tienes compasión, Giselle? ¿Eres tan tremendamente egoísta que no puedes comprender cómo me siento? ¿cómo me sentí viendo a ese tipo salir de tu dormitorio?

—Yo...

—Pasaste la noche con ese impresentable y yo jamás, ¿me oyes?, jamás podré volver a tocarte, ni a mirarte a la cara, ni siquiera puedo hablarte, así que vuelve a casa. Aquí ya no hay nada más para ti.

—Daniel.

Le cerró la puerta en las narices y ella dio un paso atrás temblando de arriba abajo. Le costó recomponerse y reaccionar, y a punto estuvo de volver a llamar a la puerta, pero no lo hizo, no pudo, y retrocedió hasta llegar a las escaleras, respiró hondo y las bajó corriendo hacia la calle.

18

—¿Estás bien?

Preguntó la presentadora y ella asintió respirando hondo y cuadrando los hombros. Estaba en Estocolmo, en televisión, en un programa de máxima audiencia hablando por primera vez de Robert Sarkisian, de su pasado juntos y del grave incidente en Ibiza, que le iba a costar pasar un buen tiempo en la cárcel. Tenía a medio país, y al resto del mundo gracias a las redes sociales, pendientes de su entrevista, pero prefirió ignorarlo, no pensar en eso, y miró a la periodista con calma.

—¿Por qué hablas ahora, Giselle?

—Se ha levantado el secreto del sumario, está a punto de empezar un juicio y antes de que él venda su historia, necesito contar la mía.

—Todo ha pasado muy rápido.

—Para mí no, estos últimos cuatro meses han sido los peores de mi vida.

—Lo sé y lo siento, Giselle, pero fue detenido y acusado muy rápido.

—Gracias a la policía española, que ha hecho un trabajo extraordinario.

—¿Qué ocurrió a partir de su detención en Ibiza?

—Una vez detenido las cámaras de seguridad del hotel dejaron claro el estado en el que me llevó desde el bar a mi suite, casi a rastras, y cómo me metió en la habitación contra mi voluntad, porque yo no estaba en condiciones de decidir nada, ya estaba prácticamente inconsciente. También tuvo que entregar su teléfono móvil y en él se encontraron imágenes y videos míos desnuda y en situaciones sexuales en las que no participo —carraspeó y se miró las manos—, pero en las que se me reconoce. Esa fue su perdición, documentar la noche que me había preparado allí, lejos de mi entorno habitual.

—¿Se ha probado que lo preparó todo con tiempo y alevosía?

—Sí, al parecer llevaba meses esperando su oportunidad.

—¿Con qué motivo hizo todo esto?

—Él dice que por venganza y por dinero, pretendía chantajearme con esas imágenes. Su móvil fue económico, o eso asegura, aunque obviamente fue algo mucho más personal, pretendía humillarme y destrozar mi vida, nada más, porque él sabe que yo jamás hubiese cedido ante un chantaje.

—¿Es verdad que tu familia y tú, aparte de este juicio en España, tenéis previstas más demandas en su contra?

—Sí, por daño moral, por estupro y abuso de menores, por injurias, calumnias e intromisión en mi intimidad. Ya lo hemos demandado en Inglaterra y en Suecia, y pretendemos que alguna de estas causas prospere. Tengo tiempo y paciencia para llegar hasta el final.

—Te has convertido en una activista muy comprometida del movimiento *Me Too*, pero has salido del armario hoy, por así decirlo, para ayudar a más personas en tu posición...

—Sí, es importante que las mujeres, y también los hombres, denunciemos si somos víctimas de abusos, físicos o psicológicos, que no guardemos silencio y, por doloroso que sea para mi familia y para mí, hoy he querido contar mi caso, hacerlo público y demostrar de esta manera que existen armas legales para defendernos. Es fundamental denunciar y no callarse, y yo no pienso callarme más. Durante años pensé que la relación de sometimiento que mantenía Robert Sarkisian era mi responsabilidad, porque yo había consentido en todo momento estar con él, pero lo que conseguí comprender con el tiempo es que una menor de edad, manipulada y dominada por un adulto, no puede consentir nada. Ese individuo se aprovechó de su posición de poder para abusar de mí y de mi confianza, y volvió a hacerlo hace cuatro meses en un hotel de Ibiza, cuando no dudó en drogarme para someterme a su voluntad con el único fin, según su propia declaración, de chantajearme y ganar dinero.

—¿Es verdad que existen otras posibles víctimas de Robert Sarkisian?

—Eso parece, incluso su segunda mujer acaba de declarar que empezó a mantener relaciones sexuales con él cuando apenas tenía quince años, dentro del ámbito familiar, porque es la hermana pequeña de su primera esposa. Podría ser un depredador y si alguien quiere denunciarlo, este es el momento.

—Eres muy valiente, Giselle ¿te has sentido apoyada llevando todo esto en

secreto?

—Por supuesto, y si hasta esta misma noche lo había ocultado es porque había un secreto de sumario que había que respetar, y sí, afortunadamente, no he estado sola con toda esta carga, mi familia, mis amigos más cercanos, la gente que de verdad me quiere y no dudó de mi palabra en ningún momento, me ha apoyado muchísimo y agradeceré eternamente su amparo y cariño. Gracias a mis padres estoy hoy aquí y gracias a las personas que quiero sigo en pie, porque ha sido muy duro —oyó los aplausos y tragó saliva.

—¿Es verdad que te estás apartando del mundo de la moda y la vida pública?

—Poco a poco, porque ya no tengo tanta energía como antes para trabajar y viajar tantísimo, y mi fundación me tiene muy ocupada. Sigo en el mundo de la moda, pero con más pausa, estos últimos cuatro meses ya te he dicho que han sido difíciles y he necesitado parar un poco el ritmo y tomar distancia.

—¿Sabes que acabas de poner en marcha una revolución?. Esta entrevista te pondrá en los titulares muchos días.

—Soy consciente y no me importa si esto sirve para apoyar al movimiento *Me Too* y a todas esas personas que necesitan ayuda para denunciar y liberarse.

—Gracias, Giselle.

Anggie, la presentadora, se puso de pie y extendió las dos manos para darle un abrazo muy emotivo que ella devolvió un poco tensa, porque tampoco quería convertir aquello en un circo de compasión por la pobre niña prodigio a la que le habían destrozado la vida. No se trataba de eso, porque no se sentía una víctima, y desapareció del plató agarrándose a su madre y a Mary, que la estaban esperando para sacarla de allí cuanto antes.

Se subió al coche y de pronto se relajó y se echó a llorar, más aún cuando Mary, Tablet en mano, empezó a leer la infinidad de muestras de apoyo y cariño que había suscitado su entrevista, que iba camino de convertirse en la más vista en Suecia en los últimos treinta años.

—Ya tienes doscientos mil *likes* en Instagram en una hora de entrevista. Madre mía, esto es increíble y ya tengo un montón de llamadas perdidas de la prensa inglesa y estadounidense.

—Pues déjalo para mañana, por favor, ahora me muero de hambre y quisiera cenar tranquila.

—Todo el mundo nos espera en casa, esto hay que celebrarlo —le recordó su madre apretándole la mano y ella asintió, resignada.

Había sido una buena idea hablar de una vez por todas y desahogarse. Era fundamental que la gente popular diera la cara y denunciara, y no se arrepentía de haber aceptado contar sus intimidades en televisión, pero visto el revuelo que empezó a montarse a su alrededor, un agujero en el centro del pecho se le abrió y calibró, por una vez, si no estaba cometiendo un error llevando a cabo esa cruzada personal contra gentuza como Robert Sarkisian que, por otro lado, estaba deseando hablar y ponerla a parir en todas partes, así que seguro que no se había equivocado.

El chaparrón pasaría pronto y ya podría retomar su vida más liviana y sintiéndose muchísimo mejor.

Sintiéndose muchísimo mejor, repitió, mirando la lluvia que caía a raudales sobre Estocolmo. Estaban a mediados de febrero y hacía cuatro meses que Daniel Hopper le había cerrado la puerta de su casa en las narices, a pesar de lo cual no podía dejar de pensar en él. Cuatro meses desde que había vuelto hecha trocitos a Londres desde Portland, cuatro meses desde que su vida se había derrumbado y se había convertido en una sucesión de declaraciones y comparecencias delante de la policía o ante abogados y jueces, descubriendo las horribles intenciones de Robert, viendo fotos y videos de contenido sexual de los que no recordaba nada, aceptando que había sido víctima de muchas cosas y de muchos abusos físicos y psicológicos, víctima de la maldad más abyecta de un hombre abyecto como Robert Sarkisian, cuyo único fin en la vida había sido utilizarla.

Afortunadamente, que todo el proceso se hubiera llevado a cabo en España y no en Suecia, había facilitado que pudiera mantenerse el secreto del sumario y a la prensa de su país al margen. Hubo rumores e intentos de filtrarlo, sobre todo por parte de Robert, que quería sacar provecho también de su desgracia, pero se consiguió contener hasta que la fecha del juicio se hizo pública y las peticiones de cárcel por parte del fiscal, que iban desde los seis a los doce años por varios delitos, llegaron a los periódicos que, a su vez, mientras ella estaba en la televisión, las estaban publicando en sus ediciones digitales.

Para su familia aquella petición de pena era una minucia, y lo era porque

con los beneficios penitenciarios y demás, Sarkisian podría salir a la calle mucho antes de lo aceptable, pero eso a ella ya le daba igual, el daño estaba hecho y lo que de verdad le compensaba era verlo al descubierto, defendiéndose con mentiras lamentables, en evidencia delante de su familia, de sus colegas y de toda esa gente a la que había engañado toda su vida.

Ahora era un delincuente confeso y cuando saliera de la cárcel no iba a tener país donde esconderse, porque Stellan estaba decidido a perseguirlo judicialmente hasta el final de sus días.

Ese era su mayor triunfo, y el hecho de que habían salido otras chicas del ámbito del tenis dando la cara para denunciarlo. Al parecer, Giselle Erikson no había sido ni de lejos su única víctima, había varias, y que ella diera el primer paso estaba sirviendo para desmontar su *modus operandi*. Como bien le dijo un policía español: Robert Sarkisian era un depredador sexual y ella había sido la única que había conseguido sacarlo de la circulación.

—Daniel Hopper al teléfono —Stellan le puso su móvil delante y ella frunció el ceño tomando un bocado de la hamburguesa que su madre le acababa de preparar.

—¿Qué quiere?

—Y yo qué sé.

—Vale.

Agarró el teléfono y respiró hondo pensando en esos ojos oscuros y dulces que había añorado hasta la exasperación durante los últimos cuatro meses, en su calor y en su sonrisa, pero espantó el momento de flaqueza y respondió con total naturalidad.

—Hola.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Buenas noches ¿qué tal estás, Daniel?

—¿Por qué no...? No puede ser que me dejaras al margen de algo así.

—Cogí cuatro vuelos para no dejarte al margen de algo así y me cerraste la puerta en las narices, no sé qué más podía hacer.

—Decírmelo, joder, decírmelo en cuanto te abrí la puta puerta.

—Estaba agotada, destrozada y no podía más, tú madre me acababa de gritar y de echar a patadas de *Green Mountain*, llevaba mil horas viajando y no tuve los reflejos para reaccionar como tú necesitabas, Daniel. Lo siento mucho.

—Más lo siento yo, joder, Giselle, yo... —se echó a llorar y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se giró hacia el salón y observó a su familia bebiendo y comiendo tan felices, y decidió que ni una lágrima más.

—Tengo que colgarte, estamos de celebración aquí, hemos tenido unas semanas complicadas y necesito despejarme un poco. Adiós.

—Si lo hubiese sabido, si... jamás hubiese dicho lo que dije, jamás te hubiese dejado sola con esto, tú sabes lo que significas para mí... Giselle...

—Es inútil llorar sobre la leche derramada, Daniel, déjalo.

—No puedo dejarlo ¿cómo voy a dejarlo?

—Si he podido hacerlo yo, seguro que tú también puedes. Tengo que colgar.

—Escucha, perdóname. Perdona por haberme comportado como un imbécil, pero estaba furioso, dolido, hecho trizas, me sentía traicionado. Estaba muerto de celos y todo aquello me cegó, me cegó y no pude ver más allá. Me comporté como nunca lo hubiese hecho en condiciones normales y te pido perdón. Lo siento muchísimo, Giselle.

—... —guardó silencio y respiró hondo—. Comprendo que era una situación dolorosa para ti, sé que estabas sufriendo por mi culpa y por eso crucé medio mundo para darte una explicación, aunque no me dejaste dártela. Soy consciente de cómo te sentías en ese momento, así que no tienes que explicarme nada, no hay nada más que hablar, en serio, déjalo. Gracias por llamar.

—No puedo olvidarlo y dejarlo pasar, acabo de ver por televisión que tú, que...

—Lamento que te enteraras así, pero...

—No puedo con esto, Giselle.

—¿Qué más quieres que te diga?.

—Puedo soportar que me insultes y me digas que me porté como un cabrón contigo, que fui un cretino inseguro y estúpido que te dejó sola en el momento más difícil de tu vida. Que tengo una madre horrible, que no merezco nada de

ti, mucho menos tu perdón, dime lo que sea, pero no me trates así.

—¿Así? ¿cómo?

—¿Con esa cortesía tan pulcra y tan... sueca?.

—¿Qué? —no pudo evitar sonreír y bufó moviendo la cabeza.

—Te he querido como nadie te va a querer jamás, estoy enamorado de ti, y lo estaré hasta el final de mis días, Giselle. Me porté de la peor manera posible contigo, así que márame si quieres, y moriré feliz por ti, pero no me trates como si fuera un puto desconocido.

—Yo...

Se quedó sin argumentos y caminó hacia la terraza para alejarse del bullicio de la familia. Nunca nadie le había reprochado ser contenida y educada, y creía estar actuando bien al intentar olvidar todo lo que había pasado, aunque en el fondo de su corazón, era verdad, seguía llorando de impotencia y frustración por cómo la había tratado justo cuando más lo necesitaba, así que tragó saliva y habló con el corazón en la mano.

—Me sentí agredida una vez más por tu madre en *Green Mountain*, y creo que es una persona horrible a la que no quiero ver en lo que me reste de vida, y sí, me partiste el corazón en mil pedazos cuando me echaste de tu casa sin dejarme hablar, porque llevaba veinte horas viajando solo para darte una explicación. No te comportaste conmigo como yo necesitaba, ni reaccionaste como yo esperaba. Me sentí abandonada y sola, frustrada, me pasé tres meses llorando por ti, pero nunca te he odiado, ni he dejado de ponerme en tu lugar, ni he querido matarte, ni insultarte —se echó a llorar—. No puedo, ni nunca podré porque eres una de las mejores personas que ha pasado por mi vida y, si necesitas un perdón, ya está, ya lo tienes. Ahora déjame en paz.

—Te amo —también se echó a llorar y Giselle se secó las lágrimas con la manga del jersey—. Dame otra oportunidad.

—Han pasado demasiadas cosas entre nosotros.

—¿Y si empezamos de cero?

—Eso es imposible.

—No es imposible, solo se trata de voluntad.

—Ojalá ...

—¡Gigi! ¿estás bien?, ven a cenar, papá dice que se marcha en media hora —su hermana se le acercó y la agarró por el brazo—. Deja el puñetero teléfono, ya es suficiente por hoy. Cuelga o lo cuelgo yo.

—Ahora voy. Daniel, lo siento, tengo que dejarte, ya hablaremos en otro momento. Adiós.

—No pienso rendirme contigo.

Susurró y le colgó, ella miró a Ingrid y la abrazó para volver juntas a la mesa, con una sensación de alivio y de tranquilidad muy agradable en el pecho.

—“Mujer desnuda con collar”, esta obra representa a la segunda esposa de Picasso, Jacqueline Roque, y me encanta, es una de las joyas de la corona de la Tate Modern ¿Te gusta Picasso?

Giselle asintió mirando de soslayo al espontáneo que se le había puesto al lado y dio un paso a la derecha para alejarse de él, que iba de punta en blanco para asistir a la gala benéfica de primavera de su fundación, que ese año se celebraba el 27 de febrero y en la Tate Modern Gallery de Londres.

—¿Has estado en el Museo Reina Sofía de Madrid?, ahí está lo mejor de Picasso, también en Nueva York, aunque ahora en Málaga...

—Sí, he estado en el Reina Sofía y en el MoMA, si me disculpas...

Se apartó de él y miró el teléfono móvil. No tenía ninguna llamada de Daniel. Él había dicho que no pensaba rendirse con ella, pero cuatro días después de su última conversación telefónica seguía sin llamar. Increíble, pensó, aunque más increíble era estar pendiente del teléfono como una adolescente.

Su llamada, después de su entrevista estelar y las semanas que llevaba encima, le había removido muchas cosas. De pronto había vuelto a estar en conexión con algo, con alguien, con él, y a pesar de todo lo que se movía a su alrededor, de la prensa, las noticias, las especulaciones, el próximo juicio de Robert Sarkisian (que campaba a sus anchas en libertad con cargos, dando entrevistas y haciendo declaraciones) el trabajo y el trajín normal de la vida cotidiana, él había conseguido despertar una lucecita muy cálida en su alma, y esperaba ansiosa a que se volviera a manifestar.

La vida ya era bastante dura, y a veces muy solitaria para ella, llevaba unos meses muy malos y era normal que cualquier contacto humano la conmoviera y, como decía Jazmín, su terapeuta, su abstinencia sentimental y física de tantos meses la estaba convirtiendo en una persona más lúcida, más consciente de lo que quería y necesitaba, y mucho más permeable, por eso se sentía así, inquieta, mirando el móvil todo el tiempo, como una cría, pero seguro que se le iba a pasar, solo tenía que respirar hondo y ya lo superaría.

—Gigi, hemos abierto el photocall, por favor, vente para hacer unas fotos con tu familia —Mary la agarró del brazo y la sacó de la sala de exposiciones para llevarla al photocall, dónde había muchísima prensa pegada a la pretensiosa alfombra roja que se les había ocurrido desplegar.

—Buenas tardes...

Saludó a todos los fotógrafos y sonrió, como siempre, agarrada al brazo de su hermano, de su hermana y de su madre, que estaban guapísimos esa noche. Se acercó a los periodistas y contestó algunas preguntas sobre el juicio de Robert Sarkisian y muchas sobre su fundación, que ya había abierto un nuevo programa de becas de estudios para niñas en Oriente Medio y la India, también dos humildes, pero eficientes, polideportivos en Bolivia, y que pretendía llevar un programa de alimentos y educación a Siria, que era el proyecto más ambicioso en el que estaban trabajando en ese momento.

Muchas buenas noticias que la distrajeron más de media hora entre pregunta y pregunta, sin perder el buen talante y viendo por el rabillo del ojo como muchos amigos famosos, y no tan famosos, pasaban por su espalda elegantísimos y posando en la alfombra roja antes de entrar al espacio dónde tenían preparada una cena y una subasta.

La noche se presentaba brillante, tenían muchísima cobertura de medios gracias al “*Affair Sarkisian*” como lo llamaba la prensa y, por primera vez en seis años de existencia, la Fundación Giselle Erikson iba a conseguir romper todas las previsiones de recaudación.

—Si hacemos el reportaje te prometo un cinco por ciento de las ganancias globales de mi próxima colección —le susurró al oído Gustav Cedergen, el diseñador, cuando bajó del escenario tras dar un discurso y presentar personalmente la subasta—. Me dejaste tirado por un hombre, Gigi, ahora no me puedes decir que no.

—Te dejé tirado por faltarme al respeto a mí y a ese hombre que, oh casualidad, en ese momento era mi novio, Gustav.

—Y tal como predije ya no lo es. Vamos, Gigi, los bikinis Cedergen están hechos para tu cuerpazo y tu fundación se llevará un buen pellizco, no te imaginas lo bien que estamos funcionando.

—Y yo que me alegro —se detuvo y lo miró a los ojos—, pero no voy a posar

con tus cintas adhesivas, ni medio desnuda, nunca más. Esa etapa ya pasó para mí, aunque te lo agradeceré públicamente si das una buena donación a la fundación, de eso no tengas dudas.

—Giselle...

Lo oyó protestar a su espalda, pero lo ignoró y siguió saludando a los amigos y conocidos, a los benefactores y a los patrocinadores, que estaban disfrutando del buen ambiente, la comida y la bebida, que corría a raudales gracias a las tres mil libras que costaba el cubierto, miró la hora y pensó en coger el abrigo y largarse ya, porque estaba agotada y en realidad no pensaba ir al club que Stellan se había empeñado en reservar para continuar la juerga hasta la madrugada.

Se escurrió hacia una zona menos expuesta, pasó a dar un beso a su padre, a su novia y a su terapeuta, que estaban sentados juntos, y miró una vez más el teléfono móvil, donde tenía ocho mil mensajes y llamadas, pero ninguna de los Estados Unidos, se le hizo un pequeño vacío en el estómago y se giró buscando a Alexander Skarsgård, que había llegado tarde y bien acompañado. Necesitaba agradecer su presencia y despedirse de él, pero antes entró otra vez a la sala donde estaba Picasso para tomar aire y dejar de oír voces y risas a su alrededor, se puso delante de “La Mujer desnuda con collar” y el teléfono le vibró en el bolsito.

—Hola, Giselle, siento molestarte, pero ha habido un incidente esta mañana con Robert Sarkisian y pensé que querrías saberlo.

—Hola, Paul, ¿qué ha pasado ahora?

—Joder, si debes estar en la gala. Lo siento, llevo un día de locos y no sé ni qué hora es.

—Es igual, puedo hablar, dime qué ha pasado.

—Se ha encontrado con un amigo tuyo en el aeropuerto de Nueva York y la cosa se desmadró bastante.

—¡¿Qué?! Y... —parpadeó confusa— ¿Qué hace en Nueva York?

—Está en libertad con cargos, puede moverse con un permiso especial y fue a Nueva York por la muerte de su madre, pero esa no es la cuestión, Giselle, la cuestión es que ya está contando a la prensa que mandas a tus “novios” para acosarlo y atentar contra su integridad física.

—¿Qué?!, ¿qué novios?, ¿qué tengo yo que ver con todo eso?. Estoy en Londres.

—Lo sé, pero está aprovechando el tirón y...

—¿Con quién se encontró? —interrumpió y respiró hondo.

—Con un tal Daniel Hopper. El atestado dice que se cruzaron en la zona de salidas y el señor Hopper le dio un puñetazo y le saltó varios dientes. Afortunadamente, los consiguieron separar, pero los insultos y las amenazas continuaron. Sarkisian no presentó cargos en ese momento, pero ahora amenaza con demandarlos a él y a ti... me ha llegado el informe hace unas horas, pero no lo había podido ver... ¿Giselle?

—Sí, estoy aquí —se puso las manos en las caderas y pensó en la escena con un punto de satisfacción porque, aunque era contraria a la violencia física, por supuesto, un buen puñetazo era justo lo que ella soñaba con propinar a Robert si lo volvía a tener delante.

—¿Conoces al señor Hopper?

—Sí.

—Si lo conoces dile que se prepare, porque una denuncia por agresión es algo muy serio.

—Lo sé, pero mejor será que Robert se ocupe de lo suyo, que sí que es algo realmente serio. Dile a su abogado que, si osa ir contra Daniel Hopper, se las tendrá que ver conmigo y eso no le conviene en absoluto. Aún le puedo hacer más daño.

—Bien, se lo diré.

—¿A qué hora pasó eso?

—Esta mañana en Nueva York, no sé —leyó el email que le habían enviado y asintió—. Nueve de la mañana hora local, tres de la tarde hora de Londres.

—Ok, muchas gracias, Paul. Voy a tratar de averiguar qué pasó, pero yo no me preocuparía, solo dile al abogado lo que te he dicho y seguro que todo se queda así.

—Muy bien, hasta luego.

—Adiós.

Colgó con el estómago un poco revuelto y marcó el número de Daniel, pero no le contestó, y se quedó pensando en que sus intenciones eran muy nobles, y las agradecía, pero que actos como ese solo podían perjudicarlos y dar alas a Robert Sarkisian para salir en la prensa y seguir con su pequeño circo de escándalos. No era una buena idea bajar a su nivel, y volvió a marcar para explicárselo, pero volvió a saltar el buzón de voz.

Bueno, ya hablaría con él, pensó y miró el cuadro de Picasso decidiendo no contarle a nadie lo sucedido en Nueva York, esa noche no, y se giró hacia la salida con la cabeza gacha, hasta que la presencia de alguien la hizo detenerse y levantar los ojos.

—Hola...

Daniel Hopper en persona, vestido con vaqueros y una americana azul, camisa blanca y el pelo recogido, la estaba mirando con los ojos oscuros brillantes y una media sonrisa en la cara. Era igual que una aparición y tuvo que parpadear dos veces para verlo bien, mirarlo de arriba abajo y comprender que sí, que era él el que estaba allí, en uno de los pasillos de la Tate Modern de Londres.

—Te estaba llamando —le enseñó el móvil, con las piernas de lana, y él frunció el ceño.

—¿A mí?, ¿por qué?

—Por lo de esta mañana en el aeropuerto.

—¿Acaso nos conocemos?

—¿Qué? —sonrió y lo vio acercarse con su estupenda estampa y la mano extendida.

—¿Qué tal?, me llamo Daniel Hopper, tengo treinta y tres años. Nací en Costa Rica, pero me adoptaron un par de médicos estadounidenses y me llevaron a vivir a Portland cuando tenía seis meses. Tengo tres hermanos, Jerryka, James y Holly, me dedicaba a diseñar videojuegos, aunque ahora mucho más a pintar. No tengo casa fija, pero he decidido mudarme definitivamente a Londres. Estoy soltero y me gustan el campo y los animales... ah... y tengo unos padres un poco insoportables, más bien una madre un pelín insufrible, pero ese no es un problema, porque la sé contener bastante bien.

—Encantada —sonrió y movió la cabeza estrechándole la mano.

—¿Y tú eres...?

—¿Yo?

—Me suena mucho tu cara.

—Vaya.

—Venga, háblame de ti.

—Me llamo Giselle Erikson y nací en Suecia, tengo veintisiete años y también tres hermanos, Magnus, Ingrid y Stellan, vivo en Londres por trabajo y me gustan el deporte, los animales y el campo. Me dedicaba al tenis y últimamente mucho más a la moda, aunque eso también está cambiando. Tengo una vida complicada y muy ocupada en la que estoy intentando poner orden. Estoy soltera y no caigo muy bien a las madres insufribles.

—Un placer conocerte.

—Gracias.

—¿Crees que es posible empezar de cero?, porque yo creo que sí...

—Daniel...

—Tú haz un ejercicio de voluntad, yo haré todo lo demás.

—Está bien.

—Perfecto.

Estiró la mano, la sujetó por el cuello y la estrechó contra su pecho, muy fuerte y mucho rato sin decir nada, sin hablar, mientras ella cerraba los ojos y se perdía en su aroma y en ese calor que desprendía tan acogedor y que había echado tantísimo de menos.

EPÍLOGO

—Sabía que sería otro niño, tenía cara de niño.

Kirsten Hopper se sentó en la terraza y miró hacia el Báltico tomando un sorbo de té, tan relajada y feliz, encantada con esas vacaciones en Suecia, dónde la habían invitado muy generosamente, porque las relaciones con su nuera y con su hijo no eran las más óptimas, ni las más sencillas, y seguramente nunca llegarían a serlo.

—Sí, es cierto —apuntó su madre y Giselle le sonrió y miró Daniel, su hijo de un añito, que gateaba feliz entre las piernas de los adultos—. Dos chicos en casa, será estupendo.

Giselle asintió, sonrió al bebé, que le devolvió la sonrisa con esos ojazos oscuros iguales a los de su padre, se agachó para comérselo a besos y después regresó a la cocina para preparar más té y su fruta, porque ya era la hora de merendar.

Entró en su acogedor y desordenado salón, porque aquello parecía una guardería caótica, y se acarició la tripa pensando en contratar más ayuda antes de que llegara el segundo niño, que vendría al mundo dentro cuatro meses. Había sido una verdadera sorpresa un segundo embarazo tan pronto, apenas eran conscientes del cambio que supondría aquello, y había llegado la hora de ir tomando decisiones o acabaría volviéndose loca.

Pasó a la cocina y puso el agua a calentar, sacó el bizcocho del horno, que había hecho con sus propias manos, y sintió la lluvia contra los cristales. Una tormenta en condiciones, pensó y sonrió feliz, como solía estar últimamente, feliz y animada. Abrió la ventana y el aire fresco la reconfortó de inmediato.

Llevaban viviendo en esa casa un año, la habían comprado cuando supo que estaba embarazada y se habían instalado en ella unos días antes del nacimiento de Dani. Era un sueño de propiedad, estaba muy cerca de su

familia y se sentían dichosos allí, juntos y enamorados, con un gran taller para Daniel y mucho espacio para los tres. En realidad, no podía pedir más a la vida, no podía porque todo estaba encajando como siempre había soñado, pensó mirando hacia el mar, respiró hondo y se limpió las lágrimas con un paño de cocina.

Las hormonas la hacían llorar por todo, aunque especialmente de felicidad.

Daniel Hopper había vuelto a su vida ese 27 de febrero en la Tate Modern Gallery de Londres y no se habían separado nunca más. La había sostenido con fuerza y calma durante el juicio de Robert Sarkisian, la había apoyado en su decisión de retirarse del foco mediático cuando aquello pasó, cuando Robert fue a la cárcel y la prensa siguió persiguiéndola, y estuvo allí cuando quiso iniciar una nueva vida más tranquila en Estocolmo.

Había sido un roble al que aferrarse y un amor al que entregarse con pasión. Lo amaba con toda su alma y quedarse embarazada casi en seguida había sido la mayor y más afortunada sorpresa de sus vidas. El pequeño Daniel, que era el vivo retrato de su padre, había venido a colmar de amor un hogar ya repleto de amor y desde su nacimiento no paraba de dar gracias al cielo por todo lo que tenía.

Era feliz, trabajaba muchísimo en su fundación y en diversas causas sociales, se había convertido en una abanderada del *Me Too* en Suecia y en el mundo de la moda y el deporte, y se consideraba una madraza, una que disfrutaba del amor de su vida, con el que aún no se había casado porque no necesitaban papeles para ser felices, y con el que había fundado un hogar hermoso y apacible como él, que era dulce y cariñoso, sereno y fuerte. El mejor hombre del mundo por el que, incluso, había sido capaz de tolerar y aceptar a su insufrible madre, una Kirsten Hopper firme en sus convicciones, pero una abuela que vivía pendiente de su nieto y de su adorado hijo menor y que, afortunadamente, vivía lejos.

—Mi amor ¿qué haces? —se le acercó por la espalda y la rodeó acariciándole la tripa—. Yo preparo la merienda, ¿dónde está Daniel?

—Con las abuelas, y no te preocupes, tú sigue trabajando.

—Necesito un respiro. Ven aquí —la giró para mirarla a los ojos—. Eres la embarazada más guapa, y más sexy, del planeta.

—Muy amable —le sujetó la cara y le dio un beso fugaz en los labios—. Ha llamado Jason y dice que la exposición está quedando maravillosa, podríamos ir mañana por la mañana a ver la galería, seguro que a tus padres les gusta la idea.

—Lo que quieras —se acercó y le pegó un beso húmedo y delicioso que ella respondió mordiéndole la lengua—. Vaya...

—¿Lo has sentido? Te ha dado una patada, su primera patada. Bebé ¿cómo estás? —se acarició la tripa y Daniel se inclinó para besarle el ombligo—. ¿Has reconocido a papá?

—Ha reconocido a papá, por supuesto que ha reconocido a papá, ¿verdad, hijo mío? Te amo —se incorporó y la besó otra vez mirándola a los ojos.

—Yo también te quiero.

—Perfecto, señorita Erikson y ahora yo me voy a ocupar de esa merienda. Siéntate en la terraza y descansa un poco ¿quieres?, ahora voy.

—Vale, pero no tardes mucho.

Lo dejó pasando la fruta por la licuadora y salió a la terraza con el té y el bizcocho en una bandeja. Toda la familia se había puesto a resguardo de la lluvia en la zona techada y observó como Stellan estaba con Dani en brazos, haciéndolo girar y gritar de felicidad. El pequeño adoraba a su tío y su tío se moría por él, así que siempre que andaba por Estocolmo dejaba que lo mimara y lo malcriara un rato.

Desvió los ojos y observó a su madre charlando muy a gusto con Bob Hopper, que era un hombre despistado y un poco caótico, pero un siquiatra brillante y muy interesante, al que había ido conociendo y queriendo poco a poco gracias a sus hijos, porque todos los hermanos Hopper lo adoraban. Siempre lamentaría haberse hecho una imagen equivocada de Bob por culpa de su pomposo y extravagante título de “arquitecto emocional”, denominación creada por Kirsten para *Green Mountain*, y que él también se tomaba a risa.

Sirvió las tazas de té y le llevó una a Kirsten, que estaba ensimismada observando el paisaje con uno de sus gatos en el regazo. Ella la miró y le regaló una sonrisa.

—Mañana, si queréis, podemos ir a ver la galería, ya está casi todo colocado y así Daniel puede ver cómo está quedando.

—Han trabajado muy rápido.

—Sí, Jason es estupendo.

—Quien iba a imaginar que ese chico... —movió la cabeza con cara de incredulidad— acabaría siendo comisario artístico.

—Bueno, estudió bellas artes con Daniel y ha seguido trabajando duro y...

—No es una crítica, es solo un comentario.

—Y yo no he dicho lo contrario —se puso a la defensiva en seguida, pero, siguiendo la política de Daniel (y la de todos sus hermanos), sonrió y pasó de ella— ¿Alguien quiere un té?, Daniel trae ahora el café.

—Aquí está todo —él apareció con la cafetera en una mano y el cuenco de fruta en la otra y buscó a su hijo con los ojos—. Dani, tu merienda, ven aquí, cariño.

—Yo se lo doy —se apresuró a decir Stellan sentándose con él a la mesa y Giselle le puso el babero besándole la cabecita.

—¿Seguirá lloviendo? —Daniel la abrazó por la espalda y le besó el cuello.

—Yo creo que sí, pero nunca se sabe.

—Tengo una idea.

—¿Qué? —estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Tenemos al personal bajo control ¿por qué no me acompañas al estudio y te enseñe una cosa?

—Vale.

Se giró muy seria y lo miró a los ojos comprendiendo en seguida que la invitación no era nada profesional, ni santa, y se echó a reír abrazándose a su pecho, él la estrechó fuerte y luego se la llevó hacia la parte trasera de la casa, la metió en su estudio y cerró la puerta de una patada.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero ahora publica por primera vez la SERIE DIVAS, serie romántica dedicada a esas mujeres fuertes, ricas y famosas, muy independientes y con mucha decisión, que viven el amor a su manera.

Después de CHLOE, la historia de una mundialmente famosa actriz de Hollywood, viene GISELLE, ambientada en el mundo del deporte y la moda, y PAISLEY, la historia de una exitosa cantante de rock.

